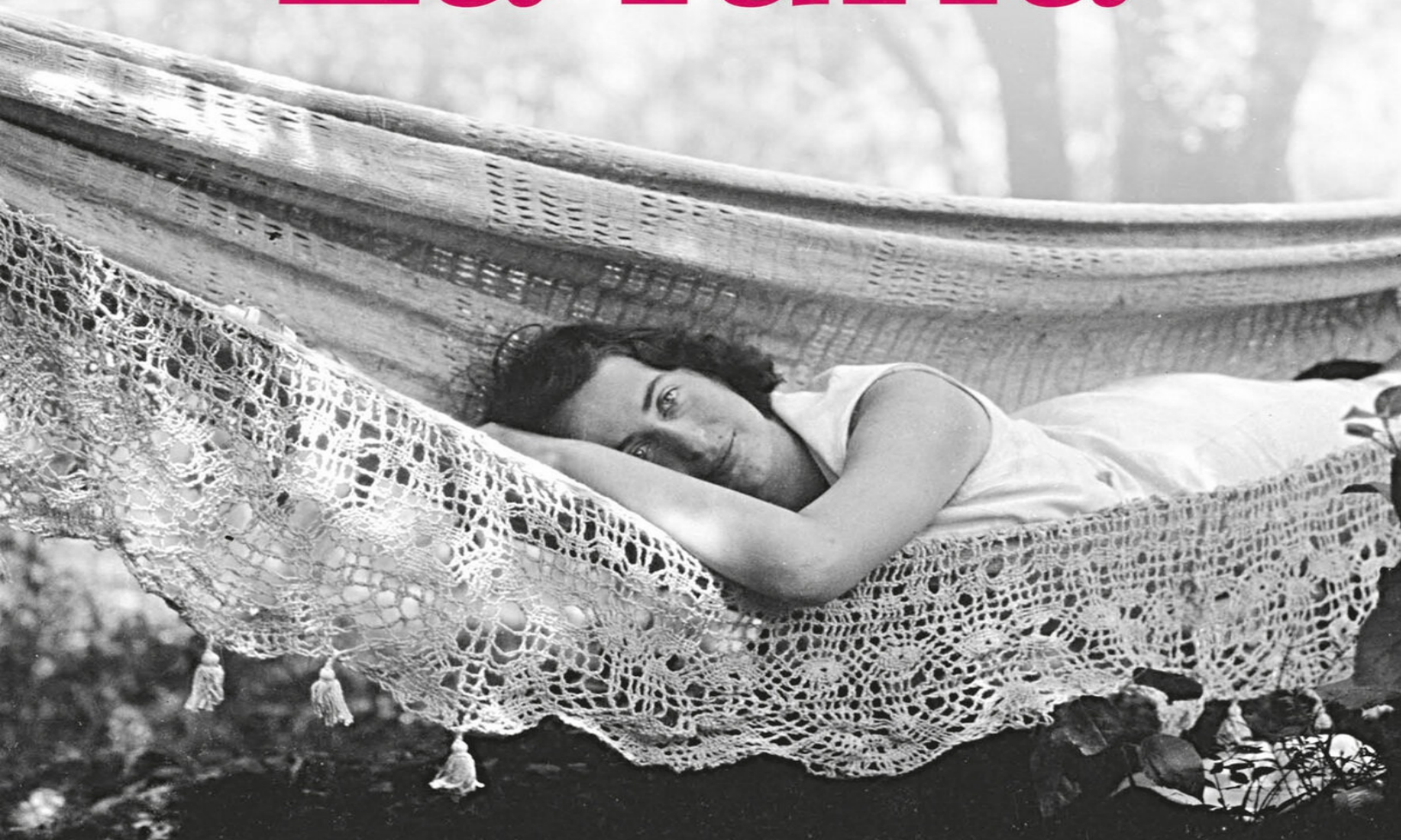


SILVINA
OCAMPO

La furia



Lumen

La furia

y otros cuentos

Silvina Ocampo

Edición al cuidado de Ernesto Montequin

Lumen

narrativa

La liebre dorada

En el seno de la tarde, el sol la iluminaba como un holocausto en las láminas de la historia sagrada. Todas las liebres no son iguales, Jacinto, y no era su pelaje, créeme, lo que la distinguía de las otras liebres, no eran sus ojos de tártaro ni la forma caprichosa de sus orejas; era algo que iba mucho más allá de lo que nosotros los hombres llamamos personalidad. Las innumerables transmigraciones que había sufrido su alma le enseñaron a volverse invisible o visible en los momentos señalados para la complicidad con Dios o con algunos ángeles atrevidos. Durante cinco minutos, a mediodía, siempre hacía un alto en el mismo lugar del campo; con las orejas erguidas escuchaba algo.

El ruido ensordecedor de una catarata que ahuyenta los pájaros y el chisporroteo del incendio de un bosque, que aterra a las bestias más temerarias, no hubieran dilatado tanto sus ojos; el antojadizo rumor del mundo que recordaba, poblado de animales prehistóricos, de templos que parecían árboles resacos, de guerras cuyas metas los guerreros alcanzaban cuando las metas ya eran otras, la volvían más caprichosa y más sagaz. Un día se detuvo, como de costumbre, a la hora en que el sol cae a pique sobre los árboles, sin permitirles dar sombra, y oyó ladridos, no de un perro, sino de muchos, que corrían enloquecidos por el campo.

De un salto seco, la liebre cruzó el camino y comenzó a correr; los perros corrieron detrás de ella confusamente.

—¿Adónde vamos? —gritaba la liebre, con voz temblorosa, de relámpago.

—Al fin de tu vida —gritaban los perros con voces de perros.

Éste no es un cuento para niños, Jacinto; tal vez influida por Jorge Alberto Orellana, que tiene siete años y que siempre me reclama cuentos, cito las palabras de los perros y de la liebre, que lo seducen. Sabemos que una liebre puede ser cómplice de Dios y de los ángeles, si permanece muda, frente a interlocutores mudos.

Los perros no eran malos, pero habían jurado alcanzar la liebre sólo para matarla. La liebre penetró en un bosque, donde las hojas crujían estrepitosamente; cruzó una pradera, donde el pasto se doblaba con suavidad; cruzó un jardín, donde había cuatro estatuas de las estaciones, y un patio cubierto de flores, donde algunas personas, alrededor de una mesa, tomaban café. Las señoras dejaron las tazas, para ver la carrera desenfrenada que a su paso arrasaba con el mantel, con las naranjas, con los racimos de uvas, con las ciruelas, con las botellas de vino. El primer puesto lo ocupaba la liebre, ligera como una flecha; el segundo, el perro pila; el tercero, el danés

negro; el cuarto, el atigrado grande; el quinto, el perro ovejero; el último, el lebel. Cinco veces la jauría, corriendo detrás de la liebre, cruzó el patio y pisó las flores. En la segunda vuelta, la liebre ocupaba el segundo puesto, y el lebel siempre el último. En la tercera vuelta, la liebre ocupaba el tercer puesto. La carrera siguió a través del patio; lo cruzó dos veces más, hasta que la liebre ocupó el último puesto. Los perros corrían con la lengua afuera y con los ojos entrecerrados. En ese momento empezaron a describir círculos, que se agrandaban o se achicaban a medida que aceleraban o disminuían la marcha. El danés negro tuvo tiempo de levantar un alfajor o algo parecido, que conservó en su boca hasta el final de la carrera.

La liebre les gritaba:

—No corran tanto, no corran así. Estamos paseando.

Pero ninguno la oía, porque su voz era como la voz del viento.

Los perros corrieron tanto, que al fin cayeron exánimes, a punto de morir, con las lenguas afuera, como largos trapos rojos. La liebre, con su dulzura relampagueante, se acercó a ellos, llevando en el hocico trébol húmedo que puso sobre la frente de cada uno de los perros. Éstos volvieron en sí.

—¿Quién nos puso agua fría en la frente? —preguntó el perro más grande—, y ¿por qué no nos dio de beber?

—¿Quién nos acarició con los bigotes? —dijo el perro más pequeño—. Creí que eran las moscas.

—¿Quién nos lamió la oreja? —interrogó el perro más flaco, temblando.

—¿Quién nos salvó la vida? —exclamó la liebre, mirando a todos lados.

—Hay algo distinto —dijo el perro atigrado, mordiéndose minuciosamente una pata.

—Parece que fuéramos más numerosos.

—Será porque tenemos olor a liebre —dijo el perro pila rascándose la oreja—. No es la primera vez.

La liebre estaba sentada entre sus enemigos. Había asumido una postura de perro. En algún momento, ella misma dudó de si era perro o liebre.

—¿Quién será ese que nos mira? —preguntó el danés negro, moviendo una sola oreja.

—Ninguno de nosotros —dijo el perro pila, bostezando.

—Sea quien fuere, estoy demasiado cansado para mirarlo —suspiró el danés atigrado.

De pronto se oyeron voces que llamaban:

—Dragón, Sombra, Ajax, Lurón, Señor, Ajax.

Los perros salieron corriendo y la liebre quedó un momento inmóvil, sola, en el medio del campo. Movié el hocico tres o cuatro veces, como husmeando un objeto afrodisíaco. Dios o algo parecido a Dios la llamaba, y la liebre acaso revelando su inmortalidad, de un salto huyó.

La continuación

En los estantes del dormitorio encontrarás el libro de medicina, el pañuelo de seda y el dinero que me prestaste. No hables de mí con mi madre. No hables de mí con Hernán, no olvides que tiene doce años y que mi actitud lo ha impresionado mucho. Te regalo el cortapapel que está sobre la mesa de luz, junto al cenicero; lo dejé envuelto en un papel de diario. No te gustaba porque no te gustaban las cosas que no eran tuyas. Preferías tu cortaplumas.

Me iré para siempre de este país. Mi conducta te habrá parecido extraña, aun absurda, y tal vez seguirá pareciéndote absurda después de esta explicación. No importa, nada me importa ahora. La fidelidad me ha dejado un hábito leve, cuyas últimas manifestaciones aparecen, por lo menos, en el deseo que tengo de explicarte en estas páginas muchas circunstancias difíciles de aclarar. Me siento como esos escolares holgazanes que no se esmeran demasiado en escribir una composición sumamente abstrusa y cuyas faltas no serán perdonadas. Nunca te interesaste mucho por mis tareas literarias como yo no me interesé por tus tareas profesionales. Sabes muy bien lo que pienso de tus colegas, por honestos y abnegados que sean. Me asqueaban sus reuniones, sus diálogos obscenos. Me acusas de ser exigente. Admití que tuvieras cierta superioridad sobre ellos, por ejemplo, la de ser más sensible; sin embargo, tú sabes que ésa no era ni siquiera la mínima virtud a la cual aspiraba mi exigencia; que yo te considerara superior a esa gente tampoco debía halagarte. Mi modo de pensar te distanciaba de mí, como tu distracción, en lo que atañe a la literatura, me distanciaba de ti. Aun de flores, aun de música hablábamos con rencor. ¿Recuerdas las láminas del refectorio donde conocimos el nombre de las azaleas? ¿Recuerdas las *Canciones Serias* de Brahms?, ¿los *Madrigales* de Monteverdi? ¿Recuerdas todo lo que nos indujo a la discordia? Todo, hasta esa frase afectada que me dijiste un día en el Jardín Botánico: «No me gustan las flores. Ahora sé que nunca me gustaron». Las cosas de la vida que más me interesaban eran los problemas que no llegaba a desentrañar y que te parecían absurdos: cómo había que escribir, en qué estilo, qué temas había que buscar. Nunca llegaba, desde luego, a un resultado satisfactorio; veía, en cambio, tu satisfacción ante el deber cumplido, lo que te daba a veces cierta dignidad envidiable y efímera. Soportabas privaciones, molestias, pero eras más feliz que yo. Por lo menos tu alegría lo pregonaba cuando llegabas como un perro sediento a tomar agua. Yo vivía en la duda, en la insatisfacción. Salía de mi trabajo para esconderme en las páginas de un libro. Admiraba a los escritores más dispares, más antagónicos. Nada me parecía bastante elaborado, bastante fluido, bastante mágico; nada bastante ingenioso, ni bastante

espontáneo; nada bastante riguroso, ni bastante libre.

Conté a unos amigos un argumento que se me había ocurrido y por el ademán que hicieron supe que no les conmovía ni les interesaba. En cuanto empezaba a contarlo, el calor o el frío no los dejaba respirar, algunos tenían que atender un llamado telefónico, otros recordaban que habían perdido algo importante. Apenas me escuchaban, apenas fingían escucharme. Peor que tu indiferencia me resultaba la indiferencia profesional de ellos. Con ellos tampoco me entendía.

¿Cómo inventé ese argumento? ¿Por qué me cautivó tanto? No sabría decirlo. Varias veces traté de empezar a escribir. Al principio me detenía la imposibilidad de encontrar los nombres de los protagonistas. En el mes de enero, cuando Elena tuvo aquel desmayo y volvimos de la isla en la lancha, que providencialmente nos llevó hasta el club, empecé los primeros párrafos. Te sometere la lectura de algunos de ellos. Comencé a escribir con entusiasmo, tanto entusiasmo que al final de la semana, cuando podíamos pasar los días como nos placía al aire libre, en vez de nadar o de remar con ustedes, me escondía detrás de las hojas, en el silencio en que me sumían los problemas literarios a los que estaba abocada mi vida. Ustedes, tú y Elena, me miraban con reticencia, pensando que la locura no me acechaba, sino que yo la acechaba para mortificar al prójimo. Entre las volutas de humo de tus cigarrillos me mirabas con odio, mientras acariciabas a un perro porfiado que siempre te esperaba, que esperaba ser tuyo porque no tenía amo. En lugar de mirarte o de mirar a Elena yo prefería estudiar el paisaje. Varias veces me preguntaste si estaba dibujando, pues el movimiento de mi cabeza cuando yo escribía parecía el de un dibujante. Otras personas me lo habían dicho; me enfurecí porque me lo dijiste tú. Entre las volutas de humo de tus cigarrillos me mirabas con desdén, pero con desdén forzado. No comprendo qué era lo que nos unía. Nada, nada que no fuera desagradable. Mi trabajo no te inspiraba ningún respeto: decías que había que trabajar por el bien de la humanidad y que todas mis obras eran patrañas o modos abyectos de «ganar dinero». Me sorprendía el tono de tu voz, tus vocablos ramplones. Usabas las palabras sin discernimiento y con mucha candidez. Yo te perdonaba porque sabía que era una afectuosa manera de enfurecerme. A veces pensaba que tenías razón. Muchas veces pienso que los demás tienen razón, aunque no la tengan.

Como recordarás, fue en el mes de enero cuando empecé a escribir mi relato. Una noche, visualmente la más hermosa que existió para mí, esperamos tu cumpleaños hasta las cinco de la mañana, tendidos en el pasto del recreo del Delta. Vimos amanecer. Cuando me hablaste de tus problemas, yo apenas te escuchaba. Mentalmente componía mis frases y a veces las esbozaba en la libreta que Elena me había regalado. Porque me las señalabas, no miraba las estrellas que se hundían en el agua cuando pasaban los botes, ni la primera luz del alba, ni las nubes que, según decías, dibujaban un murciélago gigantesco. Buscaba la soledad. No admitía que dirigieras mi atención: quería descubrirlo todo por mi cuenta. Me fascinaba el abstracto placer de construir personajes, situaciones, lugares en mi mente, de acuerdo con los cánones efímeros que me había propuesto. Aquella escena, sin embargo, me sirvió de punto de partida para mi historia. Siempre

me costó inventar paisajes y por ese motivo el que estaba viendo me sirvió de modelo. A esa misma hora, en un lugar parecido, Leonardo Moran comienza a escribir su despedida y refiere cómo concibió el proyecto de suicidarse. ¿Qué es lo que motiva su resolución? Nunca llegué a determinarlo, porque me parecía superfluo, fastidioso de escribir. Su mayor desventura es su estado de ánimo. Muchas cosas estorban a Moran, lo ligan a la vida. Para llegar a su fin tiene que lograr que los acontecimientos se barajen de modo que nada lo detenga, ningún afecto, ningún interés humano. Después de muchos papeles que se rompen, de objetos que se pierden, de afectos que se desechan, la vida se aligera. Las baldosas rojas del patio humedecidas por la lluvia ya no lo enternecen, y si lo enternecen será agradablemente. Los vidrios donde se refleja el cielo otoñal y las estatuas rotas ya no tienen el poder de conmooverlo, y si lo conmueven será para entretenerlo. Las personas son como cifras y se distinguen unas de otras pintorescamente. Las fastidiosas predilecciones no existen ya en su corazón.

Yo vivía dentro de mi personaje como un niño dentro de su madre: me alimentaba de él. Créeme, me importaba menos de mí que de él. Era más grave para mí lo que a él le sucedía que lo que a ti y a mí nos sucedía. Cuando caminaba por las calles pensaba encontrarme en cualquier esquina con Leonardo, no contigo. Su pelo, sus ojos, su modo de andar me enamoraban. Al besarte imaginé sus labios y olvidé los tuyos. Si sus manos se parecían a las tuyas era sólo por el tacto; la forma era más perfecta, el color distinto, el anillo que llevaba era el que me hubiera gustado regalarte. Mis sueños, en vez de poblarse de imágenes, se poblaban de frases, frases que olvidaba en la vigilia.

Leonardo Moran, después de perder su empleo, trata de destruir los últimos lazos sentimentales y pregunta a un retrato de Úrsula: *¿No tendré suficiente valentía para complicar nuestro destino, enmarañarlo de tal modo que mi actitud te obligue a despreciarme, a rechazarme, a alejarte de mí?* El retrato contesta, su boca articula palabras que no me parecieron ridículas. El tono falsamente sublime de mis frases o la impresión de haber cometido un plagio, me indujo a abandonar el relato. Tal vez la vida me requería con más insistencia.

Cuando quería escribir, algo se interponía para impedírmelo. Úrsula y Leonardo se hundían en el olvido. La compra de un par de zapatos, el desorden de mis libros, mis amigos más lejanos, las cosas más nimias, me perturbaban. La vida volvía a cautivar mi atención con su trivialidad mágica, con sus postergaciones, con sus afectos. Como si saliera de un sótano húmedo y oscuro volví al mundo. Yo quería explicarte que la luz me sorprendía: tanto me había alejado de ella. Yo quería explicarte que el espectáculo azul de un cielo con glicinas me dolía.

Tuve momentos de felicidad, de fidelidad; no sé si coincidieron con los tuyos. Pero la felicidad se volvió venenosa. Con usura, contaba lo que me dabas y lo que yo te daba, queriendo siempre ganar en el cambio. Mi amor adquirió los síntomas de una locura. ¿Me afligí con razón porque realmente me engañaste? Esas cosas se saben cuando es demasiado tarde, cuando uno deja de ser uno mismo. Te amaba como si me pertenecieras, sin recordar que nadie pertenece a

nadie, que poseer algo, cualquier cosa, es un vano padecimiento. Te quería únicamente para mí, como Leonardo Moran quería a Úrsula. Aborrecí la sangre celosa y exclusiva que corría por mis venas. Maldije la cara hermética de mi abuelo paterno, en el daguerrotipo, porque me pareció culpable de todos mis pecados, de todos mis errores. Te aborrecí porque me amabas normalmente, naturalmente, sin inquietudes, porque te fijabas en otras personas. Te pedí una suma de dinero, que sabía que no podías conseguir, para que algo prosaico rompiera el lirismo de nuestros diálogos; de igual modo te hubiera clavado un puñal o te hubiera quemado los párpados con un hierro candente mientras dormías, pues tu inocencia se asemejaba un poco al sueño y mi acto al crimen. Como si alguien me hubiera hipnotizado, recuerdo que llegué a tu casa al final de una tarde de abril. Crucé el patio. Pensé que ninguno de mis actos dependía de mi voluntad. Por una de las puertas entreabiertas vi a tres hombres barbudos, frente a una mesa, escuchando la voz de un escribano que leía el texto de una escritura. La voz aflautada resonaba en los corredores. El escribano se parecía a Napoleón. Entré en tu cuarto. Acababas de vestirme. Te pedí el dinero, con una violencia que te sorprendió. Protesté por tu indiferencia. Te dije que alguna mezquindad quedaba en el fondo de tu alma falsamente generosa, si te ofendía tanto mi reproche. Al mover una silla rompiste involuntariamente el respaldo y reproché la violencia de tu actitud en el momento más difícil de mi vida. Conseguí que en mis ojos brillaran lágrimas. Te dije que eran mis primeras lágrimas. Te hablé de mi juventud. Deploré que me llevaras tantos años. Sonreíste levemente, con esa levedad que tanto me agradaba. Me vi en tu espejo. Hacía frío, el frío me envejecía. Con el trozo de madera en la mano, te sentiste culpable. Querías saber para qué quería el dinero. Apreté los labios para expresarte mi aislamiento. Volví a mirarme en tu espejo, para asegurar mi presencia. Cuando salí de tu cuarto las plantas húmedas del patio nos anunciaron que la persona que las había regado seguramente nos había oído. Me reí de tus ojos circunspectos. Los vecinos, la opinión de tus vecinos te preocupaba. Todo lo achacabas a los deberes de tu profesión. En el largo corredor quisiste besarme y por primera vez rehuí tu abrazo.

Aquí citaré uno de los párrafos del relato que despertará tus recuerdos como una fotografía malograda, de esas que se pierden o que se rompen o que se conservan si son de una persona muerta. *Junto al embarcadero, un sauce dejaba caer sus ramas sobre el agua en que flotaban botellas, pescados, frutas podridas. Úrsula me miraba con un rencor atónito. A través del humo de su cigarrillo sonreía con una ironía que yo, sin necesidad de mirarla, adivinaba, porque la conocía demasiado. Las casas de la costa opuesta tenían las persianas cerradas. Úrsula me dijo que mirara las estrellas que se hundían en el agua cuando cruzaba una lancha. Hacía frío. Los grillos seguían con su canto el dibujo del agua. Qué fácil me parecía morir en ese instante; ser de mármol, de piedra, como la que sentía bajo mis pies desnudos. Qué fácil, mientras olvidaba los lazos que me unían a ciertas personas.*

—Somos un compendio de contradicciones, de afectos, de amigos, de malentendidos —me decía Elena. Sin duda, pensando en mí agregaba—: Somos monstruos. Cuando estoy contigo soy

distinta, muy distinta de cuando estoy con Amalia o con Diego. Somos también lo que hacen de nosotros las personas. No queremos a las personas por lo que son, sino por lo que nos obligan a ser.

Frecuentemente, con la esperanza de parecer más cruel, repetía las mismas frases con variantes confusas. Yo empezaba a tener por ella el sentimiento más difícil de controlar: el odio mezclado a una leve compasión. La compadecía porque te quería del mismo modo que yo. Muy pronto me irritaron la indiferencia y la dulzura aparente con que respondía a tus lamentos, a tus mentiras. Ella acumulaba rencores, rencores que la rodeaban como los gatos horribles que adoraba. Era fácil llegar a ese estado, tolerando silenciosamente mi conducta. Nadie destruyó con más firmeza un afecto. Nadie fue tan dócil como Elena a un distanciamiento, ni siquiera tú. Creo que se vinculó realmente a ti cuando empezó a odiarme; así lo sospecho ahora. Hasta ese momento todo había sido un juego. Yo facilitaba los encuentros de ustedes. Los dejaba siempre solos, en el dramático final de nuestras disputas. Tenía que despojarme de todo lo que enriquecía mi vida, para llegar impunemente, naturalmente al suicidio. Quedaban siempre muchas cosas y siempre me parecía muy valioso lo único, lo último que me quedaba. Algún cariño me ligaba a Elena: el amor como el odio no es siempre perfecto. Con ella fui más implacable que contigo. En su casa, en un diálogo furtivo, revelé a su familia sus más íntimos secretos. Me reí de sus rubores, humillándola. Despojada de esos secretos apenas existía. Con frialdad escuché sus insultos y no contesté a la carta que me envió pidiéndome explicaciones. Me cubrí de vergüenza. Provoqué palabras vulgares en los labios de mi padre, palabras que no me perdonó; de ellas deduje que prefería verme en la tumba, con un epitafio pérfido deplorando mi prematura muerte. Había perdido mi empleo, malogrado mis estudios, vendido algunos de sus mejores libros, por eso me maldijo. No te contaré las peripecias que tuve con las cuestiones de mi empleo. Ya te llegarán los rumores. Mucha gente dejó de saludarme. L. S. no quiso recibirme en su casa.

Durante tres días me encerré en mi cuarto. Nadie me vio, nadie intentó verme. Ya llegaba el momento de mi liberación. Impunemente podía quitarme la vida. Cuando Hernán entró en mi cuarto, por un instante pensé que todo el plan se derrumbaba. Dos veces, tímidamente, llamó a mi puerta. Me traía un cartucho de bombones. Frente a mi mesa, me perdí en la lectura casual de un libro y no levanté los ojos hasta que pronunció mi nombre, extendiendo la mano con los dedos manchados de tinta. Mirando las manos donde se concentraba siempre su vergüenza, le dije que no me molestara. Protestó y, al ver mi impavidez, retrocedió unos pasos; él estaba a punto de llorar; reí, reí diabólicamente, con la risa que a un niño puede parecerle diabólica. Me preguntó por qué me reía y le contesté que me reía de él, de sus manos. Tiró el cartucho al suelo; sus ojos parecieron encenderse, balbuceó una palabra que no entendí.

—¿Vas a llorar? —le pregunté—. Sería aún más gracioso.

Ya me odiaba para siempre. Con la cara muy pálida salió del cuarto. Cerró la puerta.

Salí de casa. El desprecio, no el odio, pesaba sobre mí, purificaba mi resolución. Cuando

llegué a la calle, una gran tranquilidad me invadió. Me senté en el banco de una plaza. Saqué algunos papeles de mi bolsillo, los leí: *Vi un mundo claro, nuevo, un mundo donde no tenía que perder nada, salvo el deseo del suicidio que ya me había abandonado. No volverás a verme. Encontrarás mi anillo en el fondo de este sobre y esa maldita medallita con un trébol que ya no tiene ningún significado para mí. Eras todo, lo que más amé en el mundo, Úrsula, y no sé qué otras personas, qué otras cosas podré amar ahora que el mundo ha llegado a ser para mí lo que nunca fue ni pensé que sería: algo infinitamente precioso.* No sé si la frase final de mi relato, que por un capricho ya había escrito antes de terminar sus primeras páginas, corresponderá también a la parte final de mi vida: *A veces morir es simplemente irse de un lugar, abandonar a todas las personas y las costumbres que uno quiere. Por ese motivo el exiliado que no desea morir sufre, pero el exiliado que busca la muerte, encuentra lo que antes no había conocido: la ausencia del dolor en un mundo ajeno.*

Después de copiar algunos párrafos rompí las hojas. No sé si al romperlas, rompí un maleficio. Que tú no te llames Úrsula, que yo no me llame Leonardo Moran, aún hoy me parece increíble «porque el que ve ha de ser semejante a la cosa vista, antes de ponerse a contemplarla». Al abandonar mi relato, hace algunos meses, no volví al mundo que había dejado, sino a otro, que era la continuación de mi argumento (un argumento, lleno de vacilaciones, que sigo corrigiendo dentro de mi vida). Si no he muerto, no me busques y si muero tampoco: nunca me gustó que miraras mi cara mientras dormía.

El mal

Una noche rodearon la cama contigua con biombos. Alguien explicó a Efrén que su vecino estaba agonizando. Ese vecino perverso no sólo le había robado la manzana que estaba sobre la mesa de luz, sino el derecho a gozar de la protección de esos biombos, en cuya otra faz había seguramente pintadas flores y figuras de querubes. Esta circunstancia oscureció la alegría de Efrén. Asimismo, con sábanas y frazadas para cubrirse, estaba en el paraíso. Veía de soslayo la luz rosada de los ventanales. De vez en cuando le daban de beber; tenía conciencia del alba, de la mañana, del día, de la tarde y de la noche, aunque las persianas estuvieran cerradas y que ningún reloj le anunciara la hora. Cuando estaba sano solía comer con tanta rapidez que todos los alimentos tenían el mismo sabor. Ahora, reconocía la diferencia que hay hasta en los gustos de una naranja y de una mandarina. Apreciaba cada ruido que oía en la calle o en el edificio, las voces y los gritos, el ruido de las cañerías, de los ascensores, de los automóviles, de los coches de caballos que pasaban. Cuando sentía necesidad de orinar tocaba el timbre; mágicamente aparecía una mujer, con blancura de estatua, trayendo un florero de vidrio que era una suerte de reliquia y esa misma mujer, con ojos etruscos y uñas de rubí, le ponía enemas o lo pinchaba con una aguja como si cosiera un género precioso. Una caja de música no era tan musical, el pecho de una santa o de un ángel tan buenos como la almohada donde recostaba la cabeza. Cosquilleos agradables le corrían por la nuca, bajaban por la columna vertebral a las rodillas. Pensaba: era la primera vez que podía pensar: «Qué precio tiene un cuerpo. Vivimos como si no valiera nada, imponiéndole sacrificios hasta que revienta. La enfermedad es una lección de anatomía». Soñaba: era la primera vez que podía soñar. Juegos de billar, una pipa, el diario leído minuciosamente, viajes breves, mujeres que le sonreían en un cinematógrafo, una corbata roja, lo deleitaban.

En sus delirios tenía presciencias del futuro; las visitas de los domingos, que se enteraron de su don, acudían al hospital para acercarse a su cama y oír las predicciones.

Advirtió que los biombos no rodeaban la cama del vecino, sino la suya, y quedó complacido.

Los pies ya no le dolían de tanto caminar, ni la cintura de tanto estar agachado, ni el estómago de pasar tanta hambre. Divisaba el patio con palmeras y palomas, en cada ventanal. El tiempo no pasaba porque la felicidad es eterna.

Los médicos dijeron que iban a salvarlo. Retiraron los biombos con flores y querubes. A su juicio, los médicos eran bribones. Saben dónde se aloja la enfermedad y la manejan a su gusto.

El organismo tal vez oye los diálogos que rodean la cama de un enfermo. Efrén tuvo pesadillas por culpa de esos diálogos.

Suñó que para ir al trabajo tomaba un colectivo y después de sentarse advertía que el colectivo no tenía ruedas, que bajaba del colectivo y tomaba otro que no tenía motor y así sucesivamente hasta que se hacía de noche.

Suñó que estaba en la peletería, cosiendo pieles; las pieles se movían, gruñían. Al cabo de un rato, en el cuarto donde trabajaba, varias fieras, con aliento inmundito, le mordían los tobillos y las manos. Al cabo de un rato, las fieras hablaban entre ellas. Él no entendía lo que decían porque hablaban en un extraño idioma. Comprendía finalmente que iban a devorarlo.

Suñó que tenía hambre. No había nada que comer; entonces sacaba del bolsillo un trozo de pan tan viejo que no podía morderlo con los dientes; lo remojaba en agua, pero continuaba igual; finalmente, cuando lo mordía, sus dientes quedaban dentro del único pan que había conseguido para alimentarse. El camino hacia la salud, hacia la vida, era ése.

El organismo de Efrén, que era fuerte y astuto, buscó un lugar en sus entrañas para esconder el mal. Ese mal era una fortuna: con subterfugios, encontró manera de conservarlo el mayor tiempo posible. De ese modo Efrén durante unos días, con el sentimiento de culpa que inspira siempre el engaño, volvió a ser feliz. La hermana de caridad le hablaba de sus hijos y de su mujer, inútilmente. Para él, ellos estaban dentro de la libreta del pan o de la carne. Tenían precio. Costaban cada día más.

Sudó, se agachó, sufrió, lloró, caminó leguas y leguas para conseguir la tranquilidad que ahora querían arrebatárle.

El vástago

Hasta en la manía de poner sobrenombres a las personas, Ángel Arturo se parece a Labuelo; fue él quien bautizó a este último y al gato, con el mismo nombre. Es una satisfacción pensar que Labuelo sufrió en carne propia lo que sufrieron otros por culpa de él. A mí me puso Tacho, a mi hermano Pingo y a mi cuñada Chica, para humillarla, pero Ángel Arturo lo marcó a él para siempre con el nombre de Labuelo. Éste de algún modo proyectó sobre el vástago inocente, rasgos, muecas, personalidad: fue la última y la más perfecta de sus venganzas.

En la casa de la calle Tacuarí vivíamos mi hermano y yo, hasta que fuimos mayores, en una sola habitación. La casa era enorme, pero no convenía que ocupáramos, según opinaba Labuelo, distintos dormitorios. Teníamos que estar incómodos, para ser hombres. Mi cama, detalle inexplicable, estaba arrimada al ropero. Asimismo nuestra habitación, se transformaba, los días de semana, en taller de costura de una gitana que reformaba, para nosotros, camisas deformes, y los domingos en depósito de empanadas y pastelitos (que la cocinera, por orden de Labuelo, no nos permitía probar) para regalos destinados a dos o tres señoras del vecindario.

Para mal de mis pecados, yo era zurdo. Cuando en la mano izquierda tomaba el lápiz para escribir, o empuñaba el cuchillo, a la hora de las comidas, para cortar carne, Labuelo me daba una bofetada y me mandaba a la cama sin comer. Llegué a perder dos dientes a fuerza de golpes y, por esa penitencia, a debilitarme tanto, que en verano, con abrigos de invierno, temblaba de frío. Para curarme, Labuelo me dejó pasar toda una noche bajo la lluvia, en camión, descalzo sobre las baldosas. Si no he muerto, es porque Dios es grande o porque somos más fuertes de lo que creemos.

Sólo después del casamiento de Arturo (mi hermano), ocupamos, él y yo, diferentes habitaciones. Por una ironía de la suerte lograba con mi desdicha lo que tanto había esperado: un cuarto propio. Arturo ocupó una habitación, en los fondos más inhospitalarios de la casa, con su mujer (se me hiela la sangre cuando lo digo, como si no me hubiera habituado) y yo, otra, que daba, con sus balcones de estuco y de mármol, a la calle. Por razones misteriosas, no se podía entrar en un cuarto de baño que estaba junto a mi dormitorio; en consecuencia, yo tenía que atravesar, para ir al baño, dos patios. Por culpa de esas manías, para no helarme de frío en invierno o para no pasar junto a la habitación de mi hermano casado, orinando o jabonándome las orejas, las manos o los pies debajo del grifo, quemé dos plantas de jazmines que nadie regaba, salvo yo.

Pero volveré a recordar mi infancia, que si no fue alegre, fue menos sombría que mi pubertad. Durante mucho tiempo creyeron que Labuelo era portero de la casa. A los siete años yo mismo lo creía. En una entrada lujosa, con puerta cancel, donde brillaban vidrios azules como zafiros y rojos como rubíes, un hombre, sentado en una silla de Viena, leyendo siempre algún diario, en mangas de camisa y pantalón de fantasía raído, no podía ser sino el portero. Labuelo vivía sentado en aquel zaguán, para impedirnos salir o para fiscalizar el motivo de nuestras salidas. Lo peor de todo es que dormía con los ojos abiertos: aun roncando, sumido en el más profundo de los sueños, veía lo que hacíamos o lo que hacían las moscas, a su alrededor. Burlarlo era difícil, por no decir imposible. A veces nos escapábamos por el balcón. Un día mi hermano recogió un perro perdido, y para no afrontar responsabilidades, me lo regaló. Lo escondimos detrás del ropero. Sus ladridos pronto me delataron. Labuelo, de un balazo, le reventó la cabeza, para probar su puntería y mi debilidad. No contento con este acto me obligó a pasar la lengua por el sitio donde el perro había dormido.

—Los perros en la perrera, en las jaulas o en el otro mundo —solía decir.

Sin embargo, en el campo, cuando salía a caballo, una jauría que manejaba a puntapiés o a rebencazos, iba a la zaga. Otro día, al saltar del balcón a la acera durante la siesta, me recalqué un tobillo. Labuelo me divisó desde su puesto. No dijo nada, pero a la hora de la cena, me hizo subir por la escalera de mano que comunicaba con la azotea, para acarrear ladrillos amontonados, hasta que me desmayé. ¿Para qué amontonaba ladrillos?

La riqueza de nuestra familia no se advertía sino en detalles incongruentes: en bóvedas, con columnas de mármol y estatuas, en bodegas bien surtidas, en legados que iban pasando de generación en generación, en álbumes de cuero repujado, con retratos célebres de familia; en un sinfín de sirvientes, todos jubilados, que traían, de cuando en cuando, huevos frescos, naranjas, pollos o junquillos, de regalo, y en el campo de Azul, cuyos potreros adornaban, en fotografías, las paredes del último patio, donde había siempre jaulas con gallinas, canarios, que nosotros teníamos que cuidar y mesas de hierro con plantas de hojas amarillas, que siempre estaban a punto de morir, como diciendo, mírame y no me toques.

Cuando quise estudiar francés, Labuelo me quemó los libros, porque para él todo libro francés era indecente.

A mi hermano y a mí no nos gustaban los trabajos de campo. A los quince años tuvimos que abandonar la ciudad para enterrarnos en aquella estancia de Azul. Labuelo nos hizo trabajar a la par de los peones, cosa que hubiera resultado divertida si no fuera que se ensañaba en castigarnos porque éramos ignorantes o torpes para cumplir los trabajos.

Nunca tuvimos un traje nuevo: si lo teníamos era de las liquidaciones de las peores tiendas: nos quedaba ajustado o demasiado grande y era de ese color de café con leche que nos deprimía tanto; había que usar los zapatos viejos de Labuelo, que eran ya para la basura, con la punta rellena de papel. Tomar café no nos permitían. ¿Fumar? Podíamos hacerlo en el cuarto de baño,

encerrados con llave, hasta que Labuelo nos sacó la llave. ¿Mujeres? Conseguíamos siempre las peores y, en el mejor de los casos, podíamos estar con ellas cinco minutos. Bailes, teatros, diversiones, amigos, todo estaba vedado. Nadie podrá creerlo: jamás fui a un corso de carnaval ni tuve una careta en las manos. Vivíamos, en Buenos Aires, como en un claustro, baldeando patios, fregando pisos dos veces por día; en la estancia, como en un desierto, sin agua para bañarnos y sin luz para estudiar, comiendo carne de oveja, galleta y nada más.

—Si tiene tantos dientes con caries es de no comer dulces —opinaba la gitana, que no tenía ninguno.

Labuelo no quería que nos casáramos y de haberlo permitido nuestra vestimenta hubiera sido un serio impedimento para ello. Enfermó de ira por no poder adivinar nuestros secretos de muchachos. ¿Quién no tenía novia en aquella edad? Labuelo se escondió debajo de mi cama para oírnos hablar a mi hermano y a mí, una noche. Hablábamos de Leticia. ¿La sordera o la maldad le hizo pensar que ella era la amante de mi hermano? Nunca lo sabré. Al moverse, para no ser visto, se le enganchó parte de la barba a una bisagra del armario donde tenía apoyada la cabeza, y dio un gruñido que en aquel momento de intimidad nos dejó aterrados. Al ver que estaba a cuatro patas como un animal cualquiera, no le perdí el miedo, pero sí el respeto, para siempre.

Amenazado por el juez y por los padres de Leticia que había quedado embarazada, en una de nuestras más inolvidables excursiones a Palermo, en bañadera, mi hermano tuvo que casarse. Nadie quiso escuchar razones. Por un extraño azar, Leticia no confesó que yo era el padre del hijo que iba a nacer. Quedé soltero. Sufrí ese atropello como una de las tantas fatalidades de mi vida. ¿Llegó a parecerme natural que Leticia durmiera con mi hermano? De ningún modo natural, pero sí obligatorio e inevitable.

En los primeros tiempos de mi desventura, le dejaba cartas encendidas debajo del felpudo de la puerta o esperaba que saliera de su cuarto para dirigirle dos o tres palabras, pero el terror de ser descubierto y Ángel Arturo que nos espiaba, paralizaron mis ímpetus.

Cuando Ángel Arturo nació, oh vanas ilusiones, creíamos que todo iba a cambiar. Como carecía de barbas y anteojos, no advertíamos que era el retrato de Labuelo. En la cuna celeste, el llanto de la criatura ablandó un poquito nuestros corazones. Fue una ilusión convencional. Mimábamos, sin embargo, al niño, lo acariciábamos. Cuando cumplió tres años, era ya un hombrecito. Lo fotografiaron en los brazos de Labuelo.

En la casa todo era para Ángel Arturo. Labuelo no le negaba nada, ni el teléfono que no nos permitía utilizar más de cinco minutos, a las ocho de la mañana, ni el cuarto de baño clausurado, ni la luz eléctrica de los veladores, que no nos permitía encender después de las doce de la noche. Si pedía mi reloj o mi lapicera fuente para jugar, Labuelo me obligaba a dárselos. Perdí, de ese modo, reloj y lapicera. ¡Quién me regalará otros!

El revólver, descargado, con mango de marfil, que Labuelo guardaba en el cajón del escritorio, también sirvió de juguete para Ángel Arturo. La fascinación que el revólver ejerció sobre él, le

hizo olvidar todos los otros objetos. Fue una dicha en aquellos días oscuros.

Cuando descubrimos por primera vez a Ángel Arturo jugando con el revólver, los tres, mi hermano, Leticia y yo, nos mirábamos pensando seguramente en lo mismo. Sonreímos. Ninguna sonrisa fue tan compartida ni elocuente.

Al día siguiente uno de nosotros compró en la juguetería un revólver de juguete (no gastábamos en juguetes, pero en ese revólver gastamos una fortuna): así fuimos familiarizando a Ángel Arturo con el arma, haciéndolo apuntar contra nosotros.

Cuando Ángel Arturo atacó a Labuelo con el revólver verdadero, de un modo magistral (tan inusitado para su edad), este último rió como si le hicieran cosquillas. Desgraciadamente, por grande que fuera la habilidad del niño en apuntar y oprimir el gatillo, el revólver estaba descargado.

Corríamos el riesgo de morir todos, pero ¿qué era ese nimio peligro comparado con nuestra actual miseria? Pasamos un momento feliz, de unión entre nosotros. Teníamos que cargar el revólver. Leticia prometió hacerlo antes de la hora en que nieto y abuelo jugaban a los bandidos o a la cacería. Leticia cumplió su palabra.

En el cuarto frío (era el mes de julio), tiritando, sin mirarnos, esperamos la detonación, mientras fregábamos el piso, porque se había inundado, junto con Buenos Aires, el aljibe del patio. Tardó aquello más que toda nuestra vida. ¡Pero aun lo que más tarda llega! Oímos la detonación. Fue un momento feliz para mí, al menos.

Ahora, Ángel Arturo tomó posesión de esta casa y nuestra venganza tal vez no sea sino venganza de Labuelo. Nunca pude vivir con Leticia como marido y mujer. Ángel Arturo con su enorme cabeza pegada a la puerta cancel asistió, victorioso, a nuestras desventuras y al fin de nuestro amor. Por eso y desde entonces lo llamamos Labuelo.

La casa de azúcar

Las supersticiones no dejaban vivir a Cristina. Una moneda con la efigie borrada, una mancha de tinta, la luna vista a través de dos vidrios, las iniciales de su nombre grabadas por azar sobre el tronco de un cedro la enloquecían de temor. Cuando nos conocimos llevaba puesto un vestido verde, que siguió usando hasta que se rompió, pues me dijo que le traía suerte y que en cuanto se ponía otro, azul, que le sentaba mejor, no nos veíamos. Traté de combatir estas manías absurdas. Le hice notar que tenía un espejo roto en su cuarto y que por más que yo le insistiera en la conveniencia de tirar los espejos rotos al agua, en una noche de luna, para quitarse la mala suerte, lo guardaba; que jamás temió que la luz de la casa bruscamente se apagara, y a pesar de que fuera un anuncio seguro de muerte, encendía con tranquilidad cualquier número de velas; que siempre dejaba sobre la cama el sombrero, error en que nadie incurría. Sus temores eran personales. Se infligía verdaderas privaciones; por ejemplo: no podía comprar frutillas en el mes de diciembre, ni oír determinadas músicas, ni adornar la casa con peces rojos, que tanto le gustaban. Había ciertas calles que no podíamos cruzar, ciertas personas, ciertos cinematógrafos que no podíamos frecuentar. Al principio de nuestra relación, estas supersticiones me parecieron encantadoras, pero después empezaron a fastidiarme y a preocuparme seriamente. Cuando nos comprometimos tuvimos que buscar un departamento nuevo, pues según sus creencias, el destino de los ocupantes anteriores influiría sobre su vida (en ningún momento mencionaba la mía, como si el peligro la amenazara sólo a ella y nuestras vidas no estuvieran unidas por el amor). Recorrimos todos los barrios de la ciudad; llegamos a los suburbios más alejados, en busca de un departamento que nadie hubiera habitado: todos estaban alquilados o vendidos. Por fin encontré una casita en la calle Montes de Oca, que parecía de azúcar. Su blancura brillaba con extraordinaria luminosidad. Tenía teléfono y, en el frente, un diminuto jardín. Pensé que esa casa era recién construida, pero me enteré de que en 1930 la había ocupado una familia, y que después, para alquilarla, el propietario le había hecho algunos arreglos. Tuve que hacer creer a Cristina que nadie había vivido en la casa y que era el lugar ideal: la casa de nuestros sueños. Cuando Cristina la vio, exclamó:

—¡Qué diferente de los departamentos que hemos visto! Aquí se respira olor a limpio. Nadie podrá influir en nuestras vidas y ensuciarlas con pensamientos que envician el aire.

En pocos días nos casamos y nos instalamos allí. Mis suegros nos regalaron los muebles del dormitorio, y mis padres los del comedor. El resto de la casa lo amueblaríamos de a poco. Yo

temía que, por los vecinos, Cristina se enterara de mi mentira, pero felizmente hacía sus compras fuera del barrio y jamás conversaba con ellos. Éramos felices, tan felices que a veces me daba miedo. Parecía que la tranquilidad nunca se rompería en aquella casa de azúcar, hasta que un llamado telefónico destruyó mi ilusión. Felizmente Cristina no atendió aquella vez el teléfono, pero quizá lo atendiera en una oportunidad análoga. La persona que llamaba preguntó por la señora Violeta: indudablemente se trataba de la inquilina anterior. Si Cristina se enteraba de que yo la había engañado, nuestra felicidad seguramente concluiría: no me hablaría más, pediría nuestro divorcio, y en el mejor de los casos tendríamos que dejar la casa para irnos a vivir, tal vez, a Villa Urquiza, tal vez a Quilmes, de pensionistas en alguna de las casas donde nos prometieron darnos un lugarcito para construir ¿con qué? (con basura, pues con mejores materiales no me alcanzaría el dinero) un cuarto y una cocina. Durante la noche yo tenía cuidado de descolgar el tubo, para que ningún llamado inoportuno nos despertara. Coloqué un buzón en la puerta de calle; fui el depositario de la llave, el distribuidor de cartas.

Una mañana temprano golpearon a la puerta y alguien dejó un paquete. Desde mi cuarto oí que mi mujer protestaba, luego oí el ruido del papel estrujado. Bajé la escalera y encontré a Cristina con un vestido de terciopelo entre los brazos.

—Acaban de traerme este vestido —me dijo con entusiasmo.

Subió corriendo las escaleras y se puso el vestido, que era muy escotado.

—¿Cuándo te lo mandaste hacer?

—Hace tiempo. ¿Me queda bien? Lo usaré cuando tengamos que ir al teatro, ¿no te parece?

—¿Con qué dinero lo pagaste?

—Mamá me regaló unos pesos.

Me pareció raro, pero no le dije nada, para no ofenderla.

Nos queríamos con locura. Pero mi inquietud comenzó a molestarme, hasta para abrazar a Cristina por la noche. Advertí que su carácter había cambiado: de alegre se convirtió en triste, de comunicativa en reservada, de tranquila en nerviosa. No tenía apetito. Ya no preparaba esos ricos postres, un poco pesados, a base de cremas batidas y de chocolate, que me agradaban, ni adornaba periódicamente la casa con volantes de *nylon*, en las tapas de la letrina, en las repisas del comedor, en los armarios, en todas partes, como era su costumbre. Ya no me esperaba con vainillas a la hora del té, ni tenía ganas de ir al teatro o al cinematógrafo de noche, ni siquiera cuando nos mandaban entradas de regalo. Una tarde entró un perro en el jardín y se acostó frente a la puerta de calle, aullando. Cristina le dio carne y le dio de beber y, después de un baño, que le cambió el color del pelo, declaró que le daría hospitalidad y que lo bautizaría con el nombre de Amor, porque llegaba a nuestra casa en un momento de verdadero amor. El perro tenía el paladar negro, lo que indica pureza de raza.

Otra tarde llegué de improviso a casa. Me detuve en la entrada porque vi una bicicleta apostada en el jardín. Entré silenciosamente y me escurrí detrás de una puerta y oí la voz de

Cristina.

—¿Qué quiere? —repitió dos veces.

—Vengo a buscar a mi perro —decía la voz de una muchacha—. Pasó tantas veces frente a esta casa que se ha encariñado con ella. Esta casa parece de azúcar. Desde que la pintaron, llama la atención de todos los transeúntes. Pero a mí me gustaba más antes, con ese color rosado y romántico de las casas viejas. Esta casa era muy misteriosa para mí. Todo me gustaba en ella: la fuente donde venían a beber los pajaritos; las enredaderas con flores, como cornetas amarillas; el naranjo. Desde que tengo ocho años esperaba conocerla a usted, desde aquel día en que hablamos por teléfono, ¿recuerda? Prometió que iba a regalarme un barrilete.

—Los barriletes son juegos de varones.

—Los juguetes no tienen sexo. Los barriletes me gustaban porque eran como enormes pájaros: me hacía la ilusión de volar sobre sus alas. Para usted fue un juego prometerme ese barrilete; yo no dormí en toda la noche. Nos encontramos en la panadería, usted estaba de espaldas y no vi su cara. Desde ese día no pensé en otra cosa que en usted, en cómo sería su cara, su alma, sus ademanes de mentirosa. Nunca me regaló aquel barrilete. Los árboles me hablaban de sus mentiras. Luego fuimos a vivir a Morón, con mis padres. Ahora, desde hace una semana estoy de nuevo aquí.

—Hace tres meses que vivo en esta casa, y antes jamás frecuenté estos barrios. Usted estará confundida.

—Yo la había imaginado tal como es. ¡La imaginé tantas veces! Para colmo de la casualidad, mi marido estuvo de novio con usted.

—No estuve de novia sino con mi marido. ¿Cómo se llama este perro?

—Bruto.

—Lléveselo, por favor, antes que me encariñe con él.

—Violeta, escúcheme. Si llevo el perro a mi casa, se morirá. No lo puedo cuidar. Vivimos en un departamento muy chico. Mi marido y yo trabajamos y no hay nadie que lo saque a pasear.

—No me llamo Violeta. ¿Qué edad tiene?

—¿Bruto? Dos años. ¿Quiere quedarse con él? Yo vendría a visitarlo de vez en cuando, porque lo quiero mucho.

—A mi marido no le gustaría recibir desconocidos en su casa, ni que aceptara un perro de regalo.

—No se lo diga, entonces. La esperaré todos los lunes a las siete de la tarde en la plaza Colombia. ¿Sabe dónde es? Frente a la iglesia Santa Felicitas, o si no la esperaré donde usted quiera y a la hora que prefiera; por ejemplo, en el puente de Constitución o en el parque Lezama. Me contentaré con ver los ojos de Bruto. ¿Me hará el favor de quedarse con él?

—Bueno. Me quedaré con él.

—Gracias, Violeta.

—No me llamo Violeta.

—¿Cambió de nombre? Para nosotros usted es Violeta. Siempre la misma misteriosa Violeta.

Oí el ruido seco de la puerta y el taconeo de Cristina, subiendo la escalera. Tardé un rato en salir de mi escondite y en fingir que acababa de llegar. A pesar de haber comprobado la inocencia del diálogo, no sé por qué, una sorda desconfianza comenzó a devorarme. Me pareció que había presenciado una representación de teatro y que la realidad era otra. No confesé a Cristina que había sorprendido la visita de esa muchacha. Esperé los acontecimientos, temiendo siempre que Cristina descubriera mi mentira, lamentando que estuviéramos instalados en ese barrio. Yo pasaba todas las tardes por la plaza que queda frente a la iglesia de Santa Felicitas, para comprobar si Cristina había acudido a la cita. Cristina parecía no advertir mi inquietud. A veces llegué a creer que yo había soñado. Abrazando al perro, un día Cristina me preguntó:

—¿Te gustaría que me llamara Violeta?

—No me gusta el nombre de las flores.

—Pero Violeta es lindo. Es un color.

—Prefiero tu nombre.

Un sábado, al atardecer, la encontré en el puente de Constitución, asomada sobre el parapeto de fierro. Me acerqué y no se inmutó.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy curioseando. Me gusta ver las vías desde arriba.

—Es un lugar muy lúgubre y no me gusta que andes sola.

—No me parece tan lúgubre. ¿Y por qué no puedo andar sola?

—¿Te gusta el humo negro de las locomotoras?

—Me gustan los medios de transporte. Soñar con viajes. Irme sin irme. «Ir y quedar y con quedar partirse.»

Volvimos a casa. Enloquecido de celos (¿celos de qué? De todo), durante el trayecto apenas le hablé.

—Podríamos tal vez comprar alguna casita en San Isidro o en Olivos, es tan desagradable este barrio —le dije, fingiendo que me era posible adquirir una casa en esos lugares.

—No creas. Tenemos muy cerca de aquí el parque Lezama.

—Es una desolación. Las estatuas están rotas, las fuentes sin agua, los árboles apestados. Mendigos, viejos y lisiados van con bolsas, para tirar o recoger basuras.

—No me fijo en esas cosas.

—Antes no querías sentarte en un banco donde alguien había comido mandarinas o pan.

—He cambiado mucho.

—Por mucho que hayas cambiado, no puede gustarte un parque como ése. Ya sé que tiene un museo con leones de mármol que cuidan la entrada y que jugabas allí en tu infancia, pero eso no quiere decir nada.

—No te comprendo —me respondió Cristina. Y sentí que me despreciaba, con un desprecio que podía conducirla al odio.

Durante días, que me parecieron años, la vigilé, tratando de disimular mi ansiedad. Todas las tardes pasaba por la plaza frente a la iglesia y los sábados por el horrible puente negro de Constitución. Un día me aventuré a decir a Cristina:

—Si descubriéramos que esta casa fue habitada por otras personas ¿qué harías, Cristina? ¿Te irías de aquí?

—Si una persona hubiera vivido en esta casa, esa persona tendría que ser como esas figuritas de azúcar que hay en los postres o en las tortas de cumpleaños: una persona dulce como el azúcar. Esta casa me inspira confianza, ¿será el jardincito de la entrada que me infunde tranquilidad? ¡No sé! No me iría de aquí por todo el oro del mundo. Además no tendríamos adónde ir. Tú mismo me lo dijiste hace un tiempo.

No insistí, porque iba a pura pérdida. Para conformarme pensé que el tiempo compondría las cosas.

Una mañana sonó el timbre de la puerta de calle. Yo estaba afeitándome y oí la voz de Cristina. Cuando concluí de afeitarme, mi mujer ya estaba hablando con la intrusa. Por la abertura de la puerta las espí. La intrusa tenía una voz tan grave y los pies tan grandes que eché a reír.

—Si usted vuelve a ver a Daniel, lo pagará muy caro, Violeta.

—No sé quién es Daniel y no me llamo Violeta —respondió mi mujer.

—Usted está mintiendo.

—No miento. No tengo nada que ver con Daniel.

—Yo quiero que usted sepa las cosas como son.

—No quiero escucharla.

Cristina se tapó las orejas con las manos. Entré en el cuarto y dije a la intrusa que se fuera. De cerca le miré los pies, las manos y el cuello. Entonces advertí que era un hombre disfrazado de mujer. No me dio tiempo de pensar en lo que debía hacer; como un relámpago desapareció dejando la puerta entreabierta tras de sí.

No comentamos el episodio con Cristina; jamás comprenderé por qué; era como si nuestros labios hubieran estado sellados para todo lo que no fuese besos nerviosos, insatisfechos o palabras inútiles.

En aquellos días, tan tristes para mí, a Cristina le dio por cantar. Su voz era agradable, pero me exasperaba, porque formaba parte de ese mundo secreto, que la alejaba de mí. ¡Por qué, si nunca había cantado, ahora cantaba noche y día mientras se vestía o se bañaba o cocinaba o cerraba las persianas!

Un día en que oí a Cristina exclamar con un aire enigmático:

—Sospecho que estoy heredando la vida de alguien, las dichas y las penas, las equivocaciones

y los aciertos. Estoy embrujada —fingí no oír esa frase atormentadora. Sin embargo, no sé por qué empecé a averiguar en el barrio quién era Violeta, dónde estaba, todos los detalles de su vida.

A media cuadra de nuestra casa había una tienda donde vendían tarjetas postales, papel, cuadernos, lápices, gomas de borrar y juguetes. Para mis averiguaciones, la vendedora de esa tienda me pareció la persona más indicada: era charlatana y curiosa, sensible a las lisonjas. Con el pretexto de comprar un cuaderno y lápices, fui una tarde a conversar con ella. Le alabé los ojos, las manos, el pelo. No me atreví a pronunciar la palabra Violeta. Le expliqué que éramos vecinos. Le pregunté finalmente quién había vivido en nuestra casa. Tímidamente le dije:

—¿No vivía una tal Violeta?

Me contestó cosas muy vagas, que me inquietaron más. Al día siguiente traté de averiguar en el almacén algunos otros detalles. Me dijeron que Violeta estaba en un sanatorio frenopático y me dieron la dirección.

—Canto con una voz que no es mía —me dijo Cristina, renovando su aire misterioso—. Antes me hubiera afligido, pero ahora me deleita. Soy otra persona, tal vez más feliz que yo.

Fingí de nuevo no haberla oído. Yo estaba leyendo el diario.

De tanto averiguar detalles de la vida de Violeta, confieso que desatendía a Cristina.

Fui al sanatorio frenopático, que quedaba en Flores. Ahí pregunté por Violeta y me dieron la dirección de Arsenia López, su profesora de canto.

Tuve que tomar el tren en Retiro, para que me llevara a Olivos. Durante el trayecto una tierrita me entró en un ojo, de modo que en el momento de llegar a la casa de Arsenia López, se me caían las lágrimas como si estuviese llorando. Desde la puerta de calle oí voces de mujeres, que hacían gárgaras con las escalas, acompañadas de un piano, que parecía más bien un organillo.

Alta, delgada, aterradora apareció en el fondo de un corredor Arsenia López, con un lápiz en la mano. Le dije tímidamente que venía a buscar noticias de Violeta.

—¿Usted es el marido?

—No, soy un pariente —le respondí secándome los ojos con un pañuelo.

—Usted será uno de sus innumerables admiradores —me dijo, entornando los ojos y tomándome la mano—. Vendrá para saber lo que todos quieren saber, ¿cómo fueron los últimos días de Violeta? Siéntese. No hay que imaginar que una persona muerta, forzosamente haya sido pura, fiel, buena.

—Quiere consolarme —le dije.

Ella, oprimiendo mi mano con su mano húmeda, contestó:

—Sí. Quiero consolarlo. Violeta era no sólo mi discípula, sino mi íntima amiga. Si se disgustó conmigo, fue tal vez porque me hizo demasiadas confidencias y porque ya no podía engañarme. Los últimos días que la vi, se lamentó amargamente de su suerte. Murió de envidia. Repetía sin cesar: «Alguien me ha robado la vida, pero lo pagará muy caro. No tendré mi vestido de

terciopelo, ella lo tendrá; Bruto será de ella; los hombres no se disfrazarán de mujer para entrar en mi casa sino en la de ella; perderé la voz, que transmitiré a esa garganta indigna; no nos abrazaremos con Daniel en el puente de Constitución, ilusionados con un amor imposible, inclinados como antaño, sobre la baranda de hierro, viendo los trenes alejarse».

Arsenia López me miró en los ojos y me dijo:

—No se aflija. Encontrará muchas mujeres más leales. Ya sabemos que era hermosa, pero ¿acaso la hermosura es lo único bueno que hay en el mundo?

Mudo, horrorizado, me alejé de aquella casa, sin revelar mi nombre a Arsenia López que, al despedirse de mí, intentó abrazarme, para demostrar su simpatía.

Desde ese día Cristina se transformó, para mí, al menos, en Violeta. Traté de seguirla a todas horas, para descubrirla en los brazos de sus amantes. Me alejé tanto de ella que la vi como a una extraña. Una noche de invierno huyó. La busqué hasta el alba.

Ya no sé quién fue víctima de quién, en esa casa de azúcar, que ahora está deshabitada.

La casa de los relojes

Estimada señorita:

Ya que me he distinguido en sus clases con mis composiciones, cumplo con mi promesa; me ejercitaré escribiéndole cartas. ¿Me pregunta qué hice en los últimos días de mis vacaciones?

Le escribo mientras ronca Joaquina. Es la hora de la siesta y usted sabe que a esa hora y a la noche, Joaquina, porque tiene carne crecida en la nariz, ronca más que de costumbre. Es una lástima porque no deja dormir a nadie. Le escribo en el cuadernito de deberes porque el papel de carta que conseguí del Pituco no tiene líneas y la letra se me va para todos lados. Sabrá que la perrita Julia duerme ahora debajo de mi cama, llora cuando entra luz de luna por la ventana, pero a mí no me importa porque ni el ronquido de Joaquina me despierta.

Fuimos a pasear a la laguna de La Salada. Es muy lindo bañarse. Y me hundí hasta las rodillas en el barro. Junté hierbas para el herbario y también, en los árboles que quedaban bastante apartados del lugar, huevos para mi colección, de torcaza, de urraca y de perdiz. Las perdices no ponen huevos en los árboles sino en el suelo, pobrecitas. Me divertí mucho en la laguna Salada, hicimos fortalezas de barro; pero más me divertí anoche en la fiesta que dio Ana María Sausa, para el bautismo de Rusito. Todo el patio estaba decorado con linternas de papel y serpentinas. Pusieron cuatro mesas, que improvisaron con tablas y caballetes, con comida y bebidas de toda clase, que era de chuparse los dedos. No hicieron chocolate por la huelga de leche y porque mi padre se vuelve loco al verlo y le hace mal al hígado.

Estanislao Romagán abandonó aquel día la tropilla de relojes que tiene a su cargo para ver cómo preparaban la fiesta y para ayudar un poquito (él, que ni en domingos ni en días de fiesta deja de trabajar). Yo lo quería mucho a Estanislao Romagán. ¿Usted recuerda aquel relojero jorobado que le compuso a usted el reloj? ¿Aquel que en los altos de esta casa vivía en esa casilla que yo llamaba La Casa de los Relojes, que él mismo construyó y que parece de perro? ¿Aquel que se especializaba en despertadores? ¡Quién sabe si no lo ha olvidado! ¡Me cuesta creerlo! Relojes y jorobas no se olvidan así no más. Pues ése es Estanislao Romagán. En láminas me mostraba un reloj de sol que disparaba un cañón automáticamente al mediodía, otro que no era de sol cuya parte exterior representaba una fuente, otro, el reloj de Estrasburgo, con escalera, con carros y caballos, figuras de mujeres con túnicas, y hombrecitos raros. Usted no me creerá, pero era tan agradable oír las campanillas diferentes de todos los despertadores en cualquier momento

y los relojes que daban las horas mil veces al día. Mi padre no pensaba lo mismo. Para la fiesta, Estanislao desenterró un traje que tenía guardado en un pequeño baúl, entre dos ponchos, una frazada y tres pares de zapatos que no eran de él. El traje estaba arrugado, pero Estanislao, después de lavarse la cara y de peinarse el pelo que tiene muy lustroso, negro y que le llega casi hasta las cejas, como un gorro catalán, quedó bastante elegante.

—Sentado, con la nuca apoyada sobre un almohadón, se le vería bien. Tiene buena presencia, mejor que la de muchos invitados —comentó mi madre.

—Dejame tocarte la espaldita —le decía Joaquina, corriéndolo por la casa.

Él permitía que le tocaran la espalda, porque era buenito.

—¿Y a mí quién me trae suerte? —decía.

—Sos un suertudo —le contestaba Joaquina—, tenés la suerte encima.

Pero a mí me parece que era una injusticia decirle eso. ¿A usted no, señorita?

La fiesta fue divina. Y el que diga que no, es un mentiroso. Pirucha bailó el Rock and Roll y Rosita bailes españoles, que aunque es rubia lo hace con gracia. Comimos sándwiches de tres pisos, pero un poquito secos, merengues rosados, con gusto a perfume, de esos chiquititos, y torta y alfajores. Las bebidas eran riquísimas. Pituco las mezclaba, las batía, las servía como un verdadero mozo de restaurante. A mí me daba todo el mundo un poquito de acá, un poquito de allá y así llegué a juntar y a beber el contenido de tres copas, por lo menos. Iriberto me preguntó:

—Che, pibe, ¿qué edad tenés?

—Nueve años.

—¿Bebiste algo?

—No. Ni un trago —le contesté, porque me dio vergüenza.

—Entonces tomá esta copa.

Y me hizo beber un licor que me quemó la garganta hasta la campanilla. Se rió y me dijo:

—Así serás un hombre.

Esas cosas no se hacen con un chico, ¿no le parece, señorita?

La gente estaba muy alegre. Mi madre, que habla poco, charlaba con una señora cualquiera y Joaquina, que es tímida, bailó sola cantando una canción mejicana que no sabía de memoria. Yo, que soy tan huraño, conversé hasta con el viejito malo que siempre me manda al diablo. Era tarde ya cuando bajó de su casilla por fin vestido y peinado Estanislao Romagán que se disculpó de llevar un traje arrugado. Lo aplaudieron y le dieron de beber. Le hicieron mil atenciones: le ofrecieron los mejores sándwiches, los mejores alfajores, las más ricas bebidas. Una muchacha, la más bonita, creo, de la fiesta, arrancó una flor de una enredadera y se la puso en el ojal. Puedo decir que era el rey de la fiesta y que se fue alegrando con cada copa que tomaba. Las señoras le mostraban el reloj pulsera descompuesto o roto, que llevaban casi todas en la muñeca. Él los examinaba sonriente, prometiendo que los iba a componer sin cobrar nada. Se disculpó de nuevo de tener un traje tan arrugado y riendo dijo que era porque no acostumbraba ir a las fiestas.

Entonces Gervasio Palmo, que tiene una tintorería a la vuelta de casa, se le acercó y le dijo:

—Vamos a planchártelo ahora mismo en mi tintorería. ¿A qué sirven las tintorerías si no es para planchar los trajes de los amigos?

Todos acogieron la idea con entusiasmo, hasta el mismo Estanislao, que es tan moderado, gritó de alegría y dio unos pasitos al compás de la música de un aparato de radio que estaba colocado en el centro del patio. Así iniciaron la peregrinación a la tintorería. Mi madre, apenada porque le habían roto el adorno más bonito de la casa, y ensuciado una carpeta de macramé, me retuvo del brazo:

—No vayas, querido. Ayúdame a arreglar los desperfectos.

Como si me hubiera hablado el gato (aunque usted no lo crea), salí corriendo detrás de Estanislao, de Gervasio y del resto de la comitiva. Después de la casilla de los relojes de Estanislao Romagán, la casa del barrio que más me gusta es esa tintorería LA MANCHA. En su interior hay hormas de sombreros, planchas enormes, aparatos de donde sale vapor, frascos gigantescos y una pecera, en el escaparate, con peces colorados. El socio de Gervasio Palmo, que llamamos Nakoto, es un japonés, y la pecera es de él. Una vez me regaló una plantita que murió en dos días. ¿A un chico cómo quiere que le guste una planta? Esas cosas son para los grandes, ¿no le parece, señorita? Pero Nakoto tiene anteojos, los dientes muy afilados y los ojos muy largos; no me atreví a decírselo: lo que yo quería que me regalara era uno de los peces. Cualquiera me comprende.

Ya había oscurecido. Caminamos media cuadra cantando una canción que desafinábamos o que no existe. Gervasio Palmo, frente a la puerta de la tintorería, buscó las llaves en su bolsillo, tardó en encontrarlas porque tenía muchas. Cuando abrió la puerta, todos nos agolpamos y ninguno podía entrar, Gervasio Palmo impuso tranquilidad con su voz de trueno. Nakoto nos apartó, encendió las luces de la casa, quitándose los anteojos. Entramos en una enorme sala que yo no conocía. Frente a una horma que parecía la montura de un caballo me detuve para mirar el lugar donde iban a planchar el traje de Estanislao.

—¿Me desnudo? —interrogó Estanislao.

—No —respondió Gervasio—, no se moleste. Se lo plancharemos puesto.

—¿Y la giba? —interrogó Estanislao, tímidamente.

Era la primera vez que yo oía esa palabra, pero por la conversación me enteré de lo que significaba (ya ve que progreso en mi vocabulario).

—También te la plancharemos —respondió Gervasio, dándole una palmada sobre el hombro.

Estanislao se acomodó sobre una mesa larga, como le ordenó Nakoto que estaba preparando las planchas. Un olor a amoníaco, a diferentes ácidos, me hizo estornudar: me tapé la boca, siguiendo sus enseñanzas, señorita, con un pañuelo, pero alguien me dijo «cochino», lo que me pareció de muy mala educación. ¡Qué ejemplo para un chico! Nadie se reía, salvo Estanislao. Todos los hombres tropezaban con algo, con los muebles, con las puertas, con los útiles de

trabajo, con ellos mismos. Traían trapos húmedos, frascos, planchas. Aquello parecía, aunque usted no lo crea, una operación quirúrgica. Un hombre cayó al suelo y me hizo una zancadilla que por poco me rompo el alma. Entonces, para mí al menos, se terminó la alegría. Comencé a vomitar. Usted sabe que tengo un estómago muy sano y que los compañeros de colegio me llamaban avestruz, porque tragaba cualquier cosa. No sé lo que me pasó. Alguien me sacó de allí a los tirones y me llevó a casa.

No volví a ver a Estanislao Romagán. Mucha gente vino a buscar los relojes y un camioncito de la relojería la parca retiró los últimos, entre los cuales había uno que parecía una casa de madera, que era mi preferido. Cuando pregunté a mi madre dónde estaba Estanislao, no quiso contestarme como era debido. Me dijo, como si hablara al perro: «Se fue a otra parte», pero tenía los ojos colorados de haber llorado por la carpeta de macramé y el adorno y me hizo callar cuando hablé de la tintorería.

No sé lo que daría por saber algo de Estanislao. Cuando lo sepa le escribiré otra vez.

La saluda cariñosamente, su discípulo preferido.

N. N.

Mimoso

Desde hacía cinco días Mimoso agonizaba. Mercedes con una cucharita le daba leche, jugo de frutas y té. Mercedes llamó por teléfono al embalsamador, dio la altura y el largo del perro y pidió los precios. Embalsamarlo iba a costar casi un mes de sueldo. Cortó la comunicación y pensó llevarlo inmediatamente para que no se estropeará demasiado. Al mirarse en el espejo vio que sus ojos estaban muy hinchados por el llanto y decidió esperar la muerte de Mimoso. Junto a la estufa de kerosene, colocó un platito y volvió a darle leche al perro, pero con la cucharita. Ya no abría la boca y la leche se derramó por el suelo. A las ocho llegó el marido, lloraron juntos y se consolaron pensando en el embalsamamiento. Imaginaron al perro en la entrada de la habitación, con sus ojos de vidrio, cuidando simbólicamente la casa.

A la mañana siguiente Mercedes metió al perro adentro de una bolsa. No estaba muerto, tal vez. Hizo un paquete con arpillera y papel de diario para no llamar la atención en el colectivo y lo llevó a la tienda del embalsamador. En el escaparate de la casa vio muchos pájaros, monos embalsamados y víboras. La hicieron esperar. El hombre apareció en mangas de camisa, fumando un cigarro toscano. Tomó el paquete, diciendo:

—Me trajo el perro. ¿Cómo lo quiere? —Mercedes parecía no comprender. El hombre trajo un álbum lleno de dibujos—. ¿Lo quiere sentado, acostado o parado? ¿Sobre un soporte de madera negra o pintadito de blanco? ¿Cómo lo quiere?

Mercedes miró sin ver nada:

—Sentadito, con las patitas cruzadas.

—¿Con las patitas cruzadas? —repitió el hombre, como si no le gustara.

—Como usted quiera —dijo Mercedes, ruborizándose.

Hacía calor, un calor sofocante. Mercedes se quitó el abrigo.

—Vamos a ver al animal —dijo el hombre, abriendo el paquete. Tomó a Mimoso por las patas traseras, y continuó—: No está tan gordito como su dueña —y lanzó una carcajada. La miró de arriba abajo y ella bajó los ojos y vio sus pechos bajo el *sweater* demasiado ajustado—. Cuando lo vea listo le va a dar ganas de comerlo.

Bruscamente, Mercedes se cubrió con el abrigo. Retorció entre sus manos sus guantes negros de cabritilla y dijo, tratando de contener sus deseos de abofetear o de quitar el perro al hombre:

—Quiero que tenga un soporte de madera como aquél —le enseñó el que sostenía una paloma mensajera.

—Veo que la señora tiene buen gusto —musitó el hombre—. ¿Y los ojos de qué los quiere? De vidrio resultará un poco más caro.

—Los quiero de vidrio —respondió Mercedes, mordiendo los guantes.

—¿Verdes, azules o amarillos?

—Amarillos —dijo Mercedes, impetuosamente—. Tenía los ojos amarillos como las mariposas.

—¿Y usted les vio los ojos a las mariposas?

—Como las alas —protestó Mercedes—, como las alas de las mariposas.

—¡Ya me parecía! Tiene que pagar adelantado —dijo el hombre.

—Ya lo sé —respondió Mercedes—, me dijo por teléfono —abrió su cartera y sacó los billetes; los contó y los dejó sobre la mesa. El hombre le dio el recibo—. ¿Cuándo estará listo para venir a buscarlo? —preguntó, guardando el recibo en su cartera.

—No hace falta. Se lo llevaré yo el veinte del mes que viene.

—Vendré a buscarlo con mi marido —respondió Mercedes y salió precipitadamente de la casa.

Las amigas de Mercedes supieron que el perro había muerto y quisieron saber qué habían hecho con el cadáver. Mercedes dijo que lo habían hecho embalsamar y nadie le creyó. Muchas personas rieron. Ella resolvió que era mejor decir que lo había tirado por ahí. Con su tejido en la mano esperaba como Penélope, tejiendo, la llegada del perro embalsamado. Pero el perro no llegaba. Mercedes todavía lloraba y se secaba las lágrimas con el pañuelo floreado.

El día convenido Mercedes recibió un llamado telefónico: el perro ya estaba embalsamado, sólo faltaba ir a buscarlo. El hombre no podía ir tan lejos. Mercedes y su marido fueron a buscar al perro en un taxímetro.

—Lo que nos ha hecho gastar este perro —dijo el marido de Mercedes, en el taxímetro, mirando los números que subían.

—Un hijo no hubiera costado más —dijo Mercedes, sacando un pañuelo del bolsillo y enjugándose las lágrimas.

—Bueno, basta; ya lloraste bastante.

En la casa del embalsamador tuvieron que esperar. Mercedes no hablaba, pero su marido la miraba atentamente.

—¿La gente no dirá que estás loca? —inquirió su marido con una sonrisa.

—Peor para ellos —respondió Mercedes apasionadamente—. No tienen corazón, y la vida es muy triste para los que no tienen corazón. Nadie los quiere.

—Mujer, tienes razón.

El embalsamador trajo casi demasiado pronto al perro. Sobre un pie de madera barnizada de oscuro, semisentado, con los ojos de vidrio y el hocico barnizado estaba Mimoso. Nunca había parecido de mejor salud; estaba gordo, bien peinado y lustroso, lo único que le faltaba era hablar.

Mercedes lo acarició con sus manos trémulas; lágrimas saltaron de sus ojos y cayeron sobre la cabeza del perro.

—No me lo moje —dijo el embalsamador—. Y lávese la mano.

—Sólo le falta hablar —dijo el marido de Mercedes—. ¿Cómo hace estas maravillas?

—Con venenos, señor. Todo el trabajo lo hago con venenos, con guantes y anteojos, de otro modo, me intoxicaría. Es un sistema personal. ¿No hay niños en su casa?

—No.

—¿Será peligroso para nosotros? —preguntó Mercedes.

—Únicamente si lo comen —respondió el hombre.

—Tenemos que envolverlo —dijo Mercedes, después de secar sus lágrimas.

El embalsamador envolvió el animal embalsamado en papeles de diario y entregó el paquete al marido de Mercedes. Salieron con alegría. En el camino hablaron del lugar donde colocarían a Mimoso. Eligieron el vestíbulo de la casa, junto a la mesita del teléfono en donde Mimoso los esperaba cuando ellos salían.

Después de examinar el trabajo del embalsamador, una vez en la casa, colocaron al perro en el lugar elegido. Mercedes se sentó frente a él para mirarlo: ese perro muerto la acompañaría como la había acompañado el mismo perro vivo, la defendería de los ladrones y de la soledad. Le acarició la cabeza con la punta de los dedos y cuando creyó que el marido no la miraba, le dio un beso furtivo.

—¿Qué dirán tus amigas, cuando vean esto? —inquirió el marido—. Qué dirá el tenedor de libros de la Casa Merluchi.

—Cuando venga a cenar lo guardaré en el armario o diré que fue un regalo de la señora del segundo piso.

—Tendrás que decírselo a la señora.

—Se lo diré —dijo Mercedes.

Aquella noche bebieron un vino especial y se acostaron más tarde que de costumbre.

La señora del segundo piso sonrió ante el pedido de Mercedes. Comprendió la perversidad del mundo ante el cual una mujer no puede mandar embalsamar a su perro sin que la crean loca.

Mercedes era más feliz con el perro embalsamado que con el perro vivo; no le daba de comer, no tenía que sacarlo para que orinara, ni tenía que bañarlo, no le ensuciaba la casa ni le mordía el felpudo. Pero la felicidad no es duradera. Bajo la forma de un anónimo llegó la maledicencia a esa casa. Un dibujo obscuro ilustraba las palabras. El marido de Mercedes tembló de indignación: el fuego ardía en la cocina menos que en su corazón. Tomó al perro sobre sus rodillas, lo quebró en varias partes como si fuera una rama seca y lo arrojó al horno que estaba abierto.

—Que sea o que no sea verdad no importa, lo que importa es que lo digan.

—No me impedirás que sueñe con él —gritó Mercedes y se acostó en la cama vestida—. Sé

quién es el hombre perverso que hace anónimos. Es ese tenedor de porquería. No volverá a entrar en esta casa.

—Tendrás que recibirlo. Esta noche viene a cenar.

—¿Esta noche? —dijo Mercedes. Saltó de la cama y corrió a la cocina a preparar la cena, con una sonrisa en los labios. Puso junto al perro el asado de tira, en el horno.

Preparó la comida más temprano que de costumbre.

—Hay asado con cuero —anunció Mercedes.

Antes de saludar, junto a la puerta, el invitado se restregó las manos, al tomar el olor que venía del horno. Después, mientras se servía, dijo:

—Estos animales parecen embalsamados —miró con admiración los ojos del perro.

—En China —dijo Mercedes—, me han dicho que la gente come perros, ¿será cierto o será un cuento chino?

—Yo no sé. Pero en todo caso, yo por nada del mundo los comería.

—No hay que decir «de este perro no comeré» —respondió Mercedes, con una sonrisa encantadora.

—De esta agua no beberé —corrigió el marido.

El invitado se asombró de que Mercedes hablara con tanto desparpajo de los perros.

—Tendremos que llamar al peluquero —dijo el invitado, viendo la carne con cuero donde asomaban algunos pelos y, riendo a carcajadas, con una risa contagiosa, preguntó—: ¿La carne con cuero se come con salsa?

—Es una novedad —contestó Mercedes.

El invitado se sirvió de la fuente, chupó un pedazo de cuero untado con salsa, lo mascó y cayó muerto.

—Mimoso todavía me defiende —dijo Mercedes, recogiendo los platos y secando sus lágrimas, pues lloraba cuando reía.

El cuaderno

Era un día patrio. Su marido había ido a ver el desfile. Las calles estaban embanderadas y en todas las casas se oían músicas marciales. Era también un día sin horas. Para no perder el espectáculo habían almorzado a las once y media. El cielo estaba tormentoso.

—Pobres soldados, tener que marchar con este día —repetía Ermelina de Ríos encendiendo la luz.

Por más que levantara las cortinitas de la ventana, el cuarto quedaba en tinieblas.

Afuera caía una lluvia finísima.

Los días de fiesta, siempre Ermelina cosía frente a la ventana. Remendaba las camisas, zurcía las medias. Esta vez, Ermelina cosía un vestido, para cuando estuviese más delgada. El cuarto estaba en desorden, había retazos de género en el suelo, alfileres, papeles recortados. La puerta que comunicaba con la pieza vecina estaba abierta. Ermelina alzó los ojos y miró la cama de matrimonio que era de bronce dorado; un ramo de flores en el centro de la cabecera entrelazaba los barrotes con una cinta. Esa cama era el testimonio de su felicidad. Se la mostraba siempre a sus amigas y a las amigas de sus vecinas. Era el regalo de bodas que le había hecho Paula Hödl, la dueña de la casa de sombreros donde ella trabajaba. Hacía quince años que trabajaba en esa casa, y era sin duda la mejor oficiala. Las alas de los sombreros bajo sus manos se plegaban mágicamente; las cintas, las plumas, los moños y las flores eran dóciles a sus dedos, que formaban, con idéntica facilidad, el sombrero de fieltro, el panamá de papel, el verdadero panamá o el sombrero de paja de Italia. Paula Hödl la adoraba. Cuando algún admirador mandaba flores para Paula, ésta, infaliblemente, le daba dos o tres de las más lindas. Pero Paula no la quería a ella, sino a su habilidad, no la quería a ella, sino a los sombreros que salían de sus manos como pájaros recién nacidos. Desde que se había casado, Paula le hablaba de mal modo, los sombreros estaban mal planchados, las clientas se quejaban. Paula movía una mano amenazadora.

—Ya te dije, Ermelina, ya te dije que no te casaras. Ahora estás triste. Has perdido hasta la habilidad que tenías para adornar sombreros —y sacudiendo un sombrero adornado con cintas, añadía con una pequeñísima risa, que parecía una carraspera—: ¿Qué significa este moño? ¿Qué significa esta costura?

Ermelina sabía que el sombrero era un cachivache, pero quedaba en silencio (era su manera de contestar). No estaba triste. Hasta entonces había tratado los sombreros como a recién nacidos,

frágiles e importantes. Ahora le inspiraban un gran cansancio, que se traducía en moños mal hechos y pegados con grandes puntadas, que martirizaban la frescura de las cintas.

—Cuando sienta los primeros dolores venga en seguida a la Maternidad —le había dicho el médico—. Me parece que le faltan pocos días.

Ermelina sentía su hijo moverse dentro de ella. Sentía que se encogía, que se estiraba caprichosamente, como en una cuna recién estrenada. Creía ver la forma de los pies desnudos y de las manos de muñeca.

No estaba sola en ese cuarto frío.

Alguien golpeaba la puerta, alguien venía siempre a interrumpir las largas conversaciones que tenía con su hijo que era a veces un muchacho de veinte años con un traje gris rayado, a veces de doce años y otras veces un recién nacido. Veía al hombre, al niño, al bebé; no el rostro. Ermelina dejó la costura, hizo pasar a la vecina que llegaba con sus dos hijos. Le pidió que se sentara en la mecedora que era su preferida, mientras ella volvió a la pequeña silla de costura. Los chicos se arrastraban por el suelo. Eran chiquitos y morenos, con las mejillas paspadas.

—Cumpló con mi promesa: aquí le traigo los cuadernos de mis hijos. Pobrecitos, es el primer año que van al colegio —dijo la vecina, abriendo los cuadernos y dándoselos a Ermelina.

Entre cada página de palotes había figuritas pegadas, ramos de rosas y nomeolvides, manos entrelazadas, palomas, niños, animales, banderas. Ermelina hojeaba el cuaderno.

—Qué bien. Qué estudiosos son sus hijos, señora —repetía dando vuelta las páginas, hasta que se detuvo frente a una, donde había la cara de un chico muy rosado, pegada entre un ramo de lilas—. Así quisiera que fuese. Así quisiera que fuese mi hijo —repetía Ermelina indicando con la mano la imagen brillante—. Me ha dicho mi tía que en los meses de preñez, si se mira mucho un rostro o una imagen, el hijo sale idéntico a ese rostro o a esa imagen.

—Dicen tantas cosas —suspiró la vecina, y agregó—: No es porque sean míos, pero mis hijos son bien lindos y durante los nueve meses del embarazo se puede decir que no he visto a nadie, ni mirado a nadie, ni siquiera en revistas, ni siquiera en figuras. En aquella estancia en La Pampa no teníamos radio. No teníamos otra música que la música de los eucaliptos. Yo estaba recluida en las habitaciones todo el santo día, haciendo solitarios. ¡Qué vacaciones fueron aquéllas! No me las olvidaré nunca —y diciendo esto tomó el cuaderno que Ermelina le tendía, para mostrarle el rostro del niño rosado.

De repente Ermelina vio que el menor de los hijos de la vecina se parecía extrañamente a la sota de espadas; era una suerte de hombrecito pequeño aplastado contra el suelo, vestido de verde y rojo. El otro parecía un rey muy cabezón con una copa en la mano, donde bebía una cantidad incalculable de agua. Habían sembrado el suelo con los útiles del colegio, y jugaban a la guerra con unos sacapuntas en forma de cañoncitos.

La vecina, mirando la figura, comentó:

—Tiene la nariz demasiado respingada, y además tiene mota, como un negro.

Ermelina sacudió la cabeza.

—Es un niño precioso —alzó los ojos triunfantes—. Así quiero que sea mi hijo.

Hasta entonces no sabía cómo tenía que ser su hijo, rubio o moreno, de ojos azules, verdes o negros. ¿Parecido a quién? No lo sabía, y ahora había encontrado la imagen.

—¿Me presta este cuaderno, señora? Solamente hasta esta noche.

La vecina consintió, y se despidió de Ermelina, dejándole un beso pegajoso en cada mejilla. Los dos niños salieron del cuarto arrastrando los pies.

Ermelina volvió a sentarse con el cuaderno entre las manos; estudió la imagen minuciosamente, luego la dejó sobre la mesa y tomó la costura. Pero no había cosido cuatro puntadas, cuando empezó a sentir un dolor y después otro, como relámpagos espaciados, pero puntuales. Se levantó de la silla. Seguramente era el niño que estaba por nacer; lo sentía en su vientre, como en un cuarto oscuro, golpeando contra la puerta, con insistencia. Se puso un abrigo y ató un pañuelo alrededor del cuello. Tomó un lápiz y un papel donde escribió en letras temblorosas: *El niño está por nacer, me voy a la Maternidad, la sopa está lista, no hay más que calentarla para la hora de la comida, la figura que está en la hoja abierta de este cuaderno es igual a nuestro hijo, en cuanto la mires llévale el cuaderno a la señora Lucía que me lo ha prestado.* Prendió el papelito con un alfiler sobre la colcha de la cama, puso al lado el cuaderno abierto, apagó la luz y salió del cuarto.

Atravesó los corredores oscuros, lentamente. Bajó las escaleras empinadas, con miedo de caerse; se aferraba a la baranda. En la esquina esperó el ómnibus. Llevaba apretada en su mano la recomendación para el médico. El trayecto era largo. Parecía que el conductor del ómnibus no tenía apuro como otras veces; parecía esperar a una novia, en todas las esquinas; miraba de izquierda a derecha y hablaba solo. Ermelina pensó que iba a tener el hijo allí mismo, tan fuerte seguían los golpes y con tanta impaciencia. El tránsito estaba interrumpido; los dolores se sucedían como cuentas de un rosario interminable. Por fin se detuvo el ómnibus. Para llegar a la Maternidad, no había que caminar más que unos cuantos metros. Ermelina se bajó trabajosamente; caminaba con rapidez y, por el esfuerzo que hacía para no separar demasiado las piernas, con una extraña cadencia de baile. Subió los escalones larguísimos y blancos de la Maternidad; había una luz constante, de amanecer. Las enfermeras la rodearon, la llevaron de sala en sala, luego la estiraron sobre una cama. Vio muchas estrellas rojas y azules, adornando gigantescos sombreros; rompió con los dientes cintas de seda, que eran ásperas sábanas de algodón, que le hicieron sangrar las encías. La negrura del cuarto se llenaba de filamentos deslumbrantes y de gritos. Y después perdió la conciencia. Nadaba en un lago sin agua y sin orilla, hasta que llegó a la ausencia del dolor, que fue una gran desnudez pura y diáfana. Se había sentido como una casa muy grande y muy cerrada, que hubieran de pronto abierto, para un solo niño que quería ver el mundo.

Despertó en la camita blanca, repetida como en un cuarto de espejos, un cuarto larguísimo,

repleto de camitas blancas alineadas. La enfermera se inclinó sobre la cama:

—Señora, mire lo que le traigo.

Entre envoltorios de llantos y pañales, Ermelina reconoció la cara rosada pegada contra las lilas del cuaderno. La cara era quizá demasiado colorada, pero ella pensó que tenía el mismo color chillón que tienen los juguetes nuevos, para que no se decoloren de mano en mano.

La sibila

Las herramientas de trabajo están en la sala del comisario: un reloj pulsera de oro, los guantes, un alambre, una caja de madera con llaves, la linterna, las tenazas, el destornillador y una valijita (para parecer más serio llevo siempre una valijita). ¿Armas? Nunca las quise. ¿Para qué me sirven las manos?, digo yo. Son garras de fierro; si no estrangulan, dan puñetazos como Dios manda.

Solía desanimarme últimamente. Hay mucha competencia y pobreza. ¡Quién no lo sabe! La vida de un carnicero es menos sacrificada que la nuestra. De noche, no tenía a veces ganas de salir, y rondar por las manzanas para conocer un barrio determinado de Buenos Aires, o una casa; era francamente aburrido. Del Barrio Norte me gusta Palermo porque tiene fuentes y lagos, donde uno bebe y se lava las uñas de algunos dedos; del Barrio Sur, Constitución, sin duda porque allí conocí a mis compañeros en la escalera mecánica subiendo y bajando, bajando y subiendo, entregados a nuestras ocupaciones. Me sentaba en las plazas, comiendo naranjas o pan, salame cuando tenía suerte, o queso fresco. A veces, los transeúntes me miraban como si vieran algo raro en mí. No llevo barba larga hasta el ombligo, ni llevo los dedos de los pies al aire, ni tengo lunares grandes entre las cejas, ni dientes de oro. Los otros días le pregunté a uno «¿Tengo monos en la cara?», olvidando mi responsabilidad, mi edad, mi situación. Tal vez mi pantalón de paño azul sea llamativo, porque lleva, en lugar de botones en la bragueta, cierre relámpago: todo lo que uno hace por no llamar la atención, llama la atención. ¡Qué le vamos a hacer! Si me deslizo como un gusano, todo el mundo se fija en cómo camino, si me visto como un puerco, del color de los árboles o de las paredes o de la tierra, todo el mundo se fija en mi vestimenta. Si trato de no elevar la voz, ¡Dios me libre!, todo el mundo estira la oreja para oírme. Comer helados me resulta imposible. Las chicas me miran y se codean. A veces ser simpático a las mujeres, no es agradable; tengo que oír macanas todo el día. Felizmente que de una oreja no oigo nada. Quedé sordo a los dieciséis años. Me perforaron el tímpano con una astilla. Vivíamos con mis padres en Punta Chica, en una casa sobre pilotes. Mi padre, que es malhumorado, y mis hermanos, que son cascarrabias, una noche que en broma les puse bagres en las camas, se envalentonaron, me acostaron en el piso, y mientras unos me sujetaban, otro me clavó la astilla adentro de la oreja. Después, naturalmente, para que yo no hablara, me metieron en una bolsa que tiraron al río. Los vecinos me salvaron. Me pareció raro. Luego supe que lo hicieron para hacerme hablar. ¡Hay de curiosos! Todo el mundo me odia, salvo las mujeres; sin embargo, la

señorita Rómula, que vive en el almacén, porque un día maté un gato de un cascotazo en la puerta de su cuarto, me interpeló.

—Mal educado —me dijo—, ¿no puede hacer esas cosas en otra parte?

¿Qué podían molestarle unas gotas de sangre en el piso? Se limpian en dos segundos. Nunca me perdonó. Es una haragana, eso es lo que es. Cuando me emplearon en la farmacia Firpo, ya la gente comenzó a mirarme como a un tipo que llama la atención. «Cachaciento» me llamaban cuando corría, «Tren expreso» cuando me demoraba, «Roñitis» cuando me había bañado, «Palmolive» cuando no me bañaba. Pero lo que más me indignó, fue cuando me llamaron «Pizza», injustamente, porque me vieron comiendo, mientras repartía las mercaderías, un trozo de torta pascualina que me regaló Susana Plombis, para llevar en el bolsillo, cuando tuviera hambre, sobre mi bicicleta.

Fue en aquella época cuando conocí los interiores de muchas casas. Ninguna me impresionó como la de Aníbal Celino; sería porque entré por la puerta principal. En las otras casas me tocaba entrar por la cocina. Guardo algunas cucharitas, algunos saleritos de plata, que sustraje de los cajones mientras las sirvientas buscaban dinero para pagar la cuenta, y que no me sirvieron para nada. La casa de Aníbal Celino era un palacio, ni más ni menos. La primera vez que me mandaron allí con un paquete de la farmacia Firpo, la puerta de servicio me pareció la principal y corrí en busca de la otra, creyendo que era la de servicio, porque estaba sucia. Conozco bien las casas de hoy. Casa muy lujosa, casa sucia. La puerta estaba cerrada y se abrió cuando moví el llamador, que era un león de bronce masticando un aro, también de bronce. Entré en la casa y no vi a nadie. Volví a salir y vi en el jardín las pelucas despeinadas de las palmeras. ¡Qué árboles! Ni a un perro le gustarían. Volví a entrar: no había nadie. La puerta se abrió sola. En seguida tropecé con la escalera de mármol que tenía una balaustrada lustrosa, como el león de la puerta. Di unos pasos y entré en una sala enorme, llena de vitrinas; aquello era una tienda o una iglesia. Por todas partes se veían estatuas, bomboneras, miniaturas, collares, abanicos, relicarios, muñequitos. Ya adentro de mi mano, porque soy distraído, vi una bombonera de oro con turquesas; la guardé en mi bolsillo; después guardé una estatuilla que brillaba, sobre una mesa, en el otro bolsillo (mis bolsillos tienen doble fondo, por si acaso. Rosaura Pansi se ocupa de forrarlos. Le hago muchos regalos y la pobrecita es agradecida hasta decir basta). Cuando salí del salón, oí un ruidito como de laucha, en la escalera. Se me detuvo el corazón, porque vi a una niña de poquísimos años, sentada sobre el último escalón, mirándome con cara de gitana. Me dio risa.

—Aquí traigo un paquete de la farmacia Firpo —le dije.

—¡Qué lástima! —me contestó—. Entonces usted no es el Señor.

—¿Que yo no soy ningún señor? ¿Qué soy, entonces? Traigo un frasco de alcohol, magnesia y polvos de arroz —dije, leyendo la boleta.

—Ésta no es la puerta de servicio. Salga —dijo, arrancándose de las manos la boleta y mirándola—. Vaya hasta la esquina. Allí lo atenderán.

Me hubiera gustado estrangular a esa nena; era blanca y suave como un ángel de porcelana que una vez vi en el escaparate de una santería.

—¿No son todas las puertas iguales?

—Todas —respondió—, salvo la del cielo.

—¿Y entonces, por qué no recibe el paquete y lo paga?

—Porque no tengo plata para pagar cuentas. Tengo plata para regalar o perder.

—¿Regalar a quién?

—Regalar a cualquiera que no sea de mi familia ni de mis amistades.

—¿Perder cómo?

—¿Perder? De mil maneras.

Del bolsillo de su delantal sacó un monedero con plata, puso las monedas en fila sobre el escalón.

—Las monedas se pierden jugando para tirar a la suerte —me dijo—, en las fuentes o en cualquier parte, la cuestión es que se pierden. ¿Para qué sirven?

Me pareció un poco menos repelente y le dije:

—Adiós, Micifús.

—Me llamo Aurora —contestó con voz autoritaria.

—¿Qué culpa tengo yo si tiene ojos de gato? ¿Se enoja?

No me contestó y subió saltando la escalera.

Durante mucho tiempo no volví a ver a Aurora, por más que fuera, de vez en cuando a la casa, a llevar mercaderías.

Cuando me despidieron de la farmacia Firpo, conocí a Cuchillito y a Torno. Nos entendíamos, no puedo decir como hermanos, dada la trifulca que tuve con los míos; nos entendíamos como amigos inseparables, eso quiere decir que a veces no nos mirábamos la cara delante de la gente sin reírnos como locos. La verdad es que todo era una diversión. No tardé en hablarles de la casa de Aníbal Celino y de Aurora, al pasar por la calle Canning. Les enumeré los objetos que yo había visto allí. ¡Fue un verdadero inventario!, porque ninguna de las riquezas del palacio habían pasado inadvertidas para mí. Cuchillito me miró sin ánimo:

—¡Cuánto cachivache! ¿Y para qué los queremos? —dijo.

Pero a Torno, que es más entendido, se le iluminaron los ojos y susurró, con esa voz que sonaba como un silbido en la noche:

—A cualquier hora, entraremos esta semana.

Comimos cada uno ocho helados y entramos en el Jardín Zoológico, a mirar los monos. El sol pelaba. Nos detuvimos a oír la musiquita de la calesita, porque a Torno le gusta cualquier musiquita. No es extraño: el padre tocaba el bandoneón. Planeaba, como pensando en otra cosa, el asalto.

Durante varios días, como era nuestra costumbre, anduvimos vagando por el barrio, donde

queda la casa. Un día entero estuve sentado sobre los restos del paredón roto de un baldío viendo el movimiento de la gente que salía y entraba. No había vigilante en la esquina, por suerte. El único peligro, tal vez, era el silencio de esa manzana. El calor me obligó a quitarme la camisa: nadie me dijo nada, porque sudar vuelve distraída a la gente.

Por fin llegó la noche esperada. Yo tenía que entrar primero en la casa, porque la conocía y porque soy menos nervioso. Cuchillito y Torno quedarían afuera, escondidos detrás de las plantas, con una bolsa vacía, donde pondríamos los objetos adquiridos. Yo tenía que avisarles, con un chistido de lechuza, si convenía que ellos entraran. Comimos aquella noche a las mil maravillas, con vino tinto, y grapa al final. Nos costó cara la fiesta.

Después de algunas discusiones sobre la hora conveniente para entrar en la casa de Aníbal Celino, consultando el reloj cada cuarto de hora, nos encaminamos hacia la calle Canning y nos detuvimos frente al jardín de nuestra casa, como si nos hubiésemos perdido. Bruscamente Cuchillito y Torno saltaron la verja del jardín y se escondieron entre unas plantas. Yo me guarecí en la oscuridad de la entrada, con la gonzúa ya en la mano. La cara brillante del león que mascaba el aro me distrajo un instante de mi tarea; se abrió de improviso la puerta. Retrocedí de un salto y me escondí entre las plantas, pero la puerta permaneció abierta. Durante un tiempo larguísimo un reloj dio las horas con variadísimas campanadas, luego el cuarto y luego la media hora. Esperé, arañándome el tobillo, con una maldita rama, que algo sucediera. Nada sucedió; silencio tras silencio, carcomiéndome los ojos de sueño, hormigas subiéndome por las piernas hasta el ombligo. Esperé otro cuarto de hora y me acerqué a la puerta que permanecía abierta. Entré en la casa y encendí la linterna. Hice girar el redondel de luz a mi alrededor y lo detuve sobre la escalera: en uno de los escalones estaba sentada Aurora. Creo que fue la primera vez en mi vida que me asusté: parecía una verdadera enana, porque llevaba puesto un camisón largo y el pelo recogido en la punta de la cabeza. Como si me hubiera esperado, se me acercó y me dijo al oído:

—Usted es el Señor. Hace mucho que lo espero.

Empecé a temblar y le pregunté en secreto:

—¿A quién espera?

Entonces, como si no escuchara lo que yo le estaba diciendo, me dijo agitando una de sus patas que parecía de gato que se limpia la cara:

—Clotilde Ifrán me espera.

—¿Quién es Clotilde Ifrán? ¿Dónde está?

—Está en el cielo. Es una adivina que me leyó las manos. Cuando murió estaba acostada en una cama preciosa, en su tienda. Era corsetera. Hacía fajas y corpiños para señoras y tenía los cajones de su cuarto llenos de cintas celestes y rosadas, elásticos y broches, botones y encajes por todas partes. Cuando yo iba a su casa con mamá y la esperaba, me dejaba jugar con todo y a veces, cuando yo no iba al colegio, y mamá iba al teatro o Dios sabe dónde, me dejaba en la casa

de Clotilde Ifrán, para que ella me cuidara. Y entonces sí que me divertía. No sólo me daba bombones y me dejaba jugar con las agujas, con las tijeras y con las cintas, sino que me leía las manos y me tiraba las cartas. Un día, que estaba echada sobre la cama, pálida como un susto, me dijo: «El Señor vendrá a buscarme, también vendrá por ti: y entonces nos encontraremos en el cielo». «¿Y nos divertiremos como nos divertimos acá?», le pregunté. «Mucho más», me respondió; «porque el Señor es muy bueno». «¿Y cuándo vendrá a buscarme?» «No sé ni cuándo ni cómo, pero luego echaré las cartas para saberlo», me respondió. Al día siguiente unos enormes caballos negros la llevaron a la Chacarita en un coche lleno de adornos negros, con flores y no la vi más, ni en sueños. Usted es el Señor del que ella siempre me hablaba, para el cual no había puertas. Usted quiso probar mi lealtad, ¿no es cierto?, cuando trajo aquel paquete de la farmacia Firpo. Usted es el Señor, porque tiene barba crecida.

—He de ser, si usted lo dice.

—Un Señor, al cual tenemos que dar todo lo que tenemos.

—Llevaremos cosas brillantes y bonitas, ¿no es cierto?

—Pondremos todo adentro de una canastita de pic-nic. Espéreme.

Aurora volvió con una canastita. Entramos en la sala. Aurora se subió a una silla y de arriba de un mueble buscó una llavecita. Abrió la vitrina y fue sacando objetos que iba mostrándome. Cuando la canastita estuvo llena, cerró la vitrina con llave.

—Ya está —dijo Aurora.

En ese momento Aurora elevó la voz. Con temor dije:

—Tenga cuidado. No haga ruido.

—Mamá toma píldoras para dormir y a papá no lo despierta ni un trueno. ¿Quiere que le eche las cartas? Haré con usted lo que Clotilde Ifrán hizo conmigo. ¿Quiere?

De un salto bajó la escalera y me trajo un mazo de naipes; se sentó en uno de los escalones.

—Así echaba las cartas Clotilde Ifrán.

Aurora mezcló las cartas, las colocó en fila, una por una, sobre tres de los escalones. El vaivén de sus manos empezó a marearme. (Temí dormir: es el peligro de mi tranquilidad.) Le propuse que fuéramos a la sala, pensando en los objetos que yo tenía que recolectar, pero no me escuchó; con su voz autoritaria, empezó a enseñarme el significado de las cartas.

—Este rey de espadas, con la cara muy seria, es un enemigo suyo. Lo está esperando afuera; van a matarlo. Este caballo de espadas, también lo está esperando. ¿Usted no oye los ruidos que vienen de la calle? ¿No oye los pasos, que van acercándose? Es difícil esconderse en la noche. Porque en la noche todos los ruidos se oyen y la luz de la luna es como la luz de la conciencia. Y las plantas. ¿Usted cree que las plantas pueden ayudarlo a uno? Son nuestras enemigas, a veces, cuando llega la policía, con las armas desenvainadas. Por eso Clotilde Ifrán quería llevarme con ella. Hay muchos peligros.

Quería irme, pero un sopor como el que siento después de haber comido, me detuvo. ¿Qué

pensaría Torno, el jefe? Como un borracho me acerqué a la puerta y la entreabrí. Alguien hizo fuego; caí al suelo como un muerto y no supe más nada.

El sótano

Este sótano que en invierno es excesivamente frío, en verano es un Edén. En la puerta cancel, arriba, algunas personas se asoman a tomar fresco durante los días más cruentos de enero y ensucian el piso. Ninguna ventana deja pasar la luz ni el horrible calor del día. Tengo un espejo grande y un sofá o cama turca que me regaló un cliente millonario y cuatro colchas que fui adquiriendo poco a poco, de otros sinvergüenzas. En baldes, que me presta el portero de la casa vecina, traigo por las mañanas agua para lavarme la cara y las manos. Soy aseada. Tengo una percha, para colgar mis vestidos detrás de un cortinaje, y una repisa para el candelero. No hay luz eléctrica ni agua. Mi mesa de luz es una silla, y mi silla un almohadón de terciopelo. Uno de mis clientes, el más jovencito, me trajo de la casa de su abuela retazos de cortinas antiguas, con las que adorno las paredes, con figuritas que recorto de las revistas. La señora de arriba, me da el almuerzo; con lo que guardo en mis bolsillos y algunos caramelos, me desayuno. Tener que convivir con ratones, me pareció en el primer momento el único defecto de este sótano, donde no pago alquiler. Ahora advierto que estos animales no son tan terribles: son discretos. En resumidas cuentas son preferibles a las moscas, que abundan tanto en las casas más lujosas de Buenos Aires, donde me regalaban restos de comida, cuando yo tenía once años. Mientras están los clientes, no aparecen: reconocen la diferencia que hay entre un silencio y otro; surgen en cuanto me quedo sola en medio de cualquier bullicio; pasan corriendo, se detienen un instante y me miran de reojo, como si adivinaran lo que pienso de ellos. A veces comen un trozo de queso o de pan, que quedó en el suelo. No me tienen miedo, ni yo a ellos. Lo malo es que no puedo almacenar provisiones, porque las comen antes de que yo las pruebe. Hay personas mal intencionadas que se alegran de esta circunstancia y que me llaman Fermina, la de los ratones. Yo no quiero darles el gusto y no les pediré prestadas las trampas para exterminarlos. Vivo con ellos. Los reconozco y los bauticé con nombres de actores de cinematógrafo. Uno, el más viejo, se llama Carlitos Chaplin, otro Gregory Peck, otro Marlon Brando, otro Duilio Marzio; otro que es juguetón, Daniel Gellin, otro Yul Brinner, y una hembra, Gina Lollobrigida, y otra Sofía Loren. Es extraño cómo estos animalitos se han apoderado del sótano donde tal vez vivieron antes que yo. Hasta las manchas de humedad adquirieron formas de ratones; todas son oscuras y un poco alargadas, con dos orejitas y una cola larga, en punta. Cuando nadie me ve, guardo comida para ellos, en uno de los platitos que me regaló el señor de la casa de enfrente. No quiero que me abandonen y si viene a visitarme el vecino y quiere exterminarlos con trampas o con un

gato, haré un escándalo del que se arrepentirá toda su vida. La demolición de esta casa está anunciada, pero yo no me iré de aquí hasta que me muera. Arriba preparan baúles y canastos y sin cesar hacen paquetes. Frente a la puerta de calle hay camiones de mudanza, pero yo paso junto a ellos, como si no los viera. Nunca pedí ni cinco centavos a esos señores. Me espían todo el día y creen que estoy con clientes, porque hablo conmigo misma, para disgustarlos; porque me tienen rabia, me encerraron con llave; porque les tengo rabia, no les pido que abran la puerta. Desde hace dos días suceden cosas muy raras con los ratones: uno me trajo un anillo, otro una pulsera, y otro, el más astuto, un collar. En el primer momento no podía creerlo y nadie me creerá. Soy feliz. ¡Qué importa que sea un sueño! Tengo sed: bebo mi sudor. Tengo hambre: muerdo mis dedos y mi pelo. No vendrá la policía a buscarme. No me exigirán el certificado de salud, ni de buena conducta. El techo se está desmoronando, caen hojitas de pasto: será la demolición que empieza. Oigo gritos y ninguno contiene mi nombre. Los ratones tienen miedo. ¡Pobrecitos! No saben, no comprenden lo que es el mundo. No conocen la felicidad de la venganza. Me miro en un espejito: desde que aprendí a mirarme en los espejos, nunca me vi tan linda.

Las fotografías

Llegué con mis regalos. Saludé a Adriana. Estaba sentada en el centro del patio, en una silla de mimbre, rodeada por los invitados. Tenía una falda muy amplia, de organdí blanco, con un viso almidonado, cuya puntilla se asomaba al menor movimiento, una vincha de metal plegadizo, con flores blancas, en el pelo, unos botines ortopédicos de cuero y un abanico rosado en la mano. Aquella vocación por la desdicha que yo había descubierto en ella mucho antes del accidente, no se notaba en su rostro.

Estaban la Clara, estaba Rossi, el Cordero, Perfecto y Juan, Albina Renato, María, la de los anteojos, el Bodoque Acevedo, con su nueva dentadura, los tres pibes de la finada, un rubio que nadie me presentó y la desgraciada de Humberta. Estaban Luqui, el Enanito y el chiquilín que fue novio de Adriana, y que ya no le hablaba. Me mostraron los regalos: estaban dispuestos en una repisa del dormitorio. En el patio, debajo de un toldo amarillo, habían puesto la mesa, que era muy larga: la cubrían dos manteles. Los sándwiches de verdura y de jamón y las tortas muy bien elaboradas, despertaron mi apetito. Media docena de botellas de sidra, con sus vasos correspondientes, brillaban sobre la mesa. Se me hacía agua la boca. Un florero con gladiolos naranjados y otro con claveles blancos, adornaban las cabeceras. Esperábamos la llegada de Spirito, el fotógrafo: no teníamos que sentarnos a la mesa ni destapar las botellas de sidra, ni tocar las tortas, hasta que él llegara.

Para hacernos reír, Albina Renato bailó «La muerte del Cisne». Estudia bailes clásicos, pero bailaba en broma.

Hacía calor y había moscas. Las flores de las catalpas ensuciaban las baldosas del patio. Los hombres con los periódicos, las mujeres con pantallas improvisadas o abanicos, todo el mundo se abanicaba o abanicaba las tortas y sándwiches. La desgraciada de Humberta lo hacía con una flor, para llamar la atención. ¿Qué aire puede dar, por mucho que se agite, una flor?

Durante una hora de expectativa en que todos nos preguntábamos al oír el timbre de la puerta de calle si llegaba o no llegaba Spirito, nos entretuvimos contando cuentos de accidentes más o menos fatales. Algunos de los accidentados habían quedado sin brazos, otros sin manos, otros sin orejas. «Mal de muchos, consuelo de algunos», dijo una viejita, refiriéndose a Rossi, que tiene un ojo de vidrio. Adriana sonreía. Los invitados seguían entrando. Cuando llegó Spirito, se destapó la primera botella de sidra. Por supuesto que nadie la probó. Se sirvieron varias copas y se inició el larguísimo prelude al esperado brindis.

En la primera fotografía, Adriana, a la cabecera de la mesa, trataba de sonreír con sus padres. Dio mucho trabajo colocar bien el grupo, que no armonizaba: el padre de Adriana era corpulento y muy alto, los padres fruncían mucho el ceño, sosteniendo en alto las copas. La segunda fotografía no dio menos trabajo: los hermanitos, las tías y la abuela se agrupaban desordenadamente alrededor de Adriana, tapándole la cara. El pobre Spirito tenía que esperar pacientemente el momento de sosiego, en que todos ocupaban el lugar por él indicado. En la tercera fotografía, Adriana blandía el cuchillo, para cortar la torta, que llevaba escrito con merengue rosado su nombre, la fecha de su cumpleaños y la palabra felicidad, salpicada de grageas.

—Tendría que ponerse de pie —dijeron los invitados.

La tía objetó:

—Y si los pies salen mal.

—No se aflija —respondió el amable Spirito—, si quedan mal, después se los corto.

Adriana hizo una mueca de dolor y el pobre Spirito tuvo que fotografiarla de nuevo, hundida en su silla, entre los invitados. En la cuarta fotografía, sólo los niños rodeaban a Adriana; les permitieron mantener las copas en alto, imitando a los mayores. Los niños dieron menos trabajo que los grandes. El momento más difícil no había terminado. Había que llevar a Adriana al dormitorio de su abuela para que le sacaran las últimas fotografías. Entre dos hombres la cargaron en la silla de mimbre y la pusieron en el cuarto, con los gladiolos y los claveles. Allí la sentaron en un diván, entre varios almohadones superpuestos. En el dormitorio, que medía cinco metros por seis, había aproximadamente quince personas, enloqueciendo al pobre Spirito, dándole indicaciones y aconsejando a Adriana las posturas que debía adoptar. Le arreglaban el pelo, le cubrían los pies, le agregaban almohadones, le colocaban flores y abanicos, le levantaban la cabeza, le abotonaban el cuello, le ponían polvos, le pintaban los labios. No se podía ni respirar. Adriana sudaba y hacía muecas. El pobre Spirito esperó más de media hora, sin decir una palabra; luego, con muchísimo tacto, sacó las flores que habían colocado a los pies de Adriana, diciendo que la niña estaba de blanco y que los gladiolos naranjados desentonaban con el conjunto. Con santa paciencia, Spirito repitió la consabida amenaza:

—Ahora va a salir un pajarito.

Encendió las lámparas y sacó la quinta fotografía, que terminó en un trueno de aplausos. Desde afuera, la gente decía:

—Parece una novia, parece una verdadera novia. Lástima los botines.

La tía de Adriana pidió que fotografiaran a la niña con el abanico de su suegra, en la mano. Era un abanico con encaje de Alenzón, con lentejuelas, y cuyas varillas de nácar tenían pequeñas pinturas hechas a mano. El pobre Spirito no juzgó de buen gusto introducir en la fotografía de una niña de catorce años un abanico negro y triste, por valioso que fuera. Tanto insistieron, que aceptó. Con un clavel blanco en una mano y el abanico negro en la otra, salió Adriana en la sexta

fotografía. La séptima fotografía motivó discusiones: si se sacaría en el interior del cuarto o en el patio, junto al abuelo maniático, que no quería moverse de su rincón. La Clara dijo:

—Si es el día más feliz de su vida, cómo no la van a fotografiar junto al abuelo, que tanto la quiere. —Luego explicó—: Desde hace un año esta niña se ha debatido entre los brazos de la muerte, ha quedado paralítica.

La tía declaró:

—Nos hemos desvivido por salvarla, durmiendo a su lado en los pisos de baldosa de los hospitales, dándole nuestra sangre en transfusiones, y ahora, en el día de su cumpleaños, vamos a descuidar el momento más solemne del banquete, olvidando de ponerla en el grupo más importante, junto a su abuelo, que siempre fue su preferido.

Adriana se quejaba. Creo que pedía un vaso de agua, pero estaba tan agitada que no podía pronunciar ninguna palabra; además, el estruendo que hacía la gente al moverse y al hablar hubiera sofocado sus palabras, si ella las hubiera pronunciado. Dos hombres la llevaron, de nuevo, en la silla de mimbre, al patio y la pusieron junto a la mesa. En ese momento se oyó de un altoparlante la canción ritual de «Feliz cumpleaños». Adriana en la cabecera de la mesa, al lado del abuelo y de la torta con velitas, posó para la séptima fotografía, con mucha serenidad. La desgraciada de Humberta logró introducirse en el retrato en primer plano, con sus omóplatos descubiertos y despechugada como siempre. La acusé en público por la intromisión, y aconsejé al fotógrafo que repitiera la fotografía, lo que hizo de buen grado. Resentida, la desgraciada de Humberta se fue a un rincón del patio; el rubio que nadie me presentó la siguió y para consolarla le sopló algo al oído. Si no hubiera sido por esa desgraciada la catástrofe no habría sucedido. Adriana estaba a punto de desmayarse, cuando la fotografiaron de nuevo. Todos me lo agradecieron. Destaparon las botellas de sidra; las copas rebasaban de espuma. Cortaron las dos tortas en tajadas grandotas, que se repartieron en cada plato. Estas cosas llevan tiempo y atención. Algunas copas se volcaron sobre el mantel: dicen que trae suerte. Con la punta de los dedos, nos humedecimos la frente. Algunos mal educados habían bebido ya la sidra antes del brindis. La desgraciada de Humberta dio el ejemplo, y le pasó la copa al rubio. No fue sino más tarde, cuando probamos la torta y brindamos a la salud de Adriana, que advertimos que estaba dormida. La cabeza colgaba de su cuello como un melón. No era extraño que siendo aquella su primera salida del hospital, el cansancio y la emoción la hubieran vencido. Algunas personas se rieron, otras se acercaron y le golpearon la espalda para despertarla. La desgraciada de Humberta, esa aguafiestas, la zarandeó de un brazo y le gritó:

—Estás helada.

Ese pájaro de mal agüero dijo:

—Está muerta.

Algunas personas alejadas de la cabecera creyeron que se trataba de una broma y dijeron:

—Como para no estar muerta con este día.

El Bodoque Acevedo no soltaba su copa. Todos dejaron de comer, salvo Luqui y el Enanito. Otros, disimuladamente, guardaban trozos de torta estrujada y sin merengue, en el bolsillo. ¡Qué injusta es la vida! ¡En lugar de Adriana, que era un angelito, hubiera podido morir la desgraciada de Humberta!

Magush

Una bruja tesálica adivinó el destino de Polícrates en los dibujos que al retirarse hacía el mar en la orilla de la playa; una vestal romana adivinó el de César en un montoncito de arena que rodeaba una planta; el alemán Cornelio Agripa se sirvió de un espejo para adivinar el futuro. Algunos brujos actuales leen el destino en las hojas de té o en la borra del café del fondo de una taza, algunos en los árboles, en la lluvia, en las manchas de tinta o en la clara de huevo, otros simplemente en las líneas de las manos, otros en bolas de cristal. Magush lee el destino en el edificio deshabitado que está frente a la carbonería en donde vive. Los seis enormes ventanales y las doce ventanitas del edificio vecino son como barajas para él. Magush jamás pensó en asociar ventanas y barajas: a mí se me ocurrió la idea. Sus métodos son misteriosos y sólo dan cabida a una relativa explicación. Me dijo que durante el día difícilmente puede sacar conclusiones, porque la luz perturba las imágenes. El momento propicio para realizar el trabajo es la caída del sol, cuando se filtran por las celosías de las ventanas interiores del edificio ciertos rayos oblicuos, que reverberan sobre los vidrios de las ventanas del frente. Por ese motivo siempre cita a la misma hora a sus clientes. Yo sé, lo he sabido después de muchas averiguaciones, que la parte más alta del edificio revela los asuntos del corazón, la parte baja, las cuestiones de dinero y de trabajo y la parte central, los problemas de la familia y el estado de salud.

Magush, a pesar de tener apenas catorce años, es amigo mío. Lo conocí por casualidad, un día que fui a comprar una bolsa de carbón. No tardé en intuir su genio divinadorio. Después de algunas conversaciones en el patio de la carbonería (rodeados de bolsas de carbón, muriéndonos de frío), me hizo pasar al cuarto donde trabaja. El cuarto es una suerte de pasillo, tan frío como el patio; desde ahí, cómodamente, a través de una combinación de claraboyas con vidrios de colores y de una ventana angosta y alta, como para alojar una jirafa, se divisa el edificio de enfrente, con su fachada amarillenta marcada por las lluvias y el sol. Después de estar un rato en ese cuarto comprobé que el frío desaparecía y lo reemplazaba una agradable sensación de calor. Magush me dijo que aquel fenómeno se produce en los momentos de adivinación y que no es el cuarto sino el cuerpo el que absorbe aquellas irradiaciones tan benéficas.

Conmigo Magush tuvo deferencias extraordinarias. Me dejó mirar, personalmente, a la hora propicia, una por una, las ventanas del edificio. (A veces se veían escenas indescifrables; en ese sentido, al principio anduve con suerte.) En una de ellas vi, para mal de mis pecados, a la que fue después mi novia, con mi rival. Ella llevaba puesto el vestido rojo que me deslumbró y la

cabellera suelta, retenida con un pequeño moño, sobre la nuca. Por haber visto ese detalle yo debía tener ojos de lince, pero la claridad de la imagen se debe a la magia que la rodea y no a mi vista. (A esa misma distancia he alcanzado a leer cartas o recortes de diarios.) Allí vi la escena penosa que después tuve que sufrir en carne propia. Allí vi aquel lecho cubierto de colchas rosadas y las señoras horribles que entraban y salían con paquetes. Allí, en los vidrios del poniente, vi los paseos al Tigre y al río Luján. Allí estuve a punto de estrangular a alguien. Después, cuando fui al encuentro de esos acontecimientos, la realidad me pareció un tanto descolorida y mi novia tal vez menos hermosa.

Pasadas aquellas experiencias disminuyó mi interés por llegar a mi destino. Consulté con Magush. ¿Era posible evitarlo? Abstenerse de vivir ¿era posible? Magush, que es inteligente, pensó en la conveniencia de intentar esto. Durante algunos días no me separé de su lado. Me entretuve viendo imágenes, absteniéndome de buscarlas y de vivirlas. Magush me dijo que por tratarse de nuestra amistad, que era de tantos años, hacía una excepción: que a nadie le hubiera permitido esa conducta. Me entretuve viendo mi destino en aquellas ventanas y las artimañas que empleaba Magush con clientes a quienes engañaba, entregándoles mi destino como si fuese el de ellos.

—Es más prudente que alguien viva tu destino inmediatamente, a medida que va apareciendo en las ventanas. No vaya a ser que después te busque: el destino es como un tigre cebado, que acecha a su dueño —me decía Magush, y para tranquilizarme agregaba—: Un día, tal vez, no haya más nada para ti en esas ventanas.

—¿Moriré? —interrogaba yo con cierta inquietud.

—Necesariamente, no —respondía Magush—. Puedes vivir sin destino.

—Pero hasta los perros tienen destino —protesté yo.

—Los perros no pueden evitarlo: son obedientes.

Sucedió, en parte, lo que Magush había pronosticado y viví por un tiempo aburrido y tranquilo, dedicado a mi trabajo, pero la vida me atraía y la añoré, junto a Magush, contemplando el edificio. Aún no se habían extinguido las figuras dedicadas a esclarecer mi destino. En cada una de las ventanas nos sorprendieron a veces inextricables composiciones nuevas. Tétricas luces, fantasmas con caras de perros, criminales, todo indicaba que no convenía que aquellos cuadros que estaba viendo llegaran a ser reales.

—A quién le agradaría vivir estas desdichas —dije a Magush, que resolvió aquel día, para distraerme, hacer de consultante y de adivino a la vez. Empecé a ver luces de Bengala, títeres, farolitos japoneses, enanos, personas vestidas de oso y de gato. Con hipocresía le dije—: Te envidio. Quisiera tener catorce años.

—Te cambio el destino —me dijo Magush.

Acepté, aunque su proposición me pareciera atrevida. ¿Qué haría con esos enanitos? Hablamos demasiado tiempo de las dificultades que podían acarrear las diferencias de nuestra

edad. Perdimos tal vez la fe que necesitábamos.

Nuestro proyecto no se cumplió. Los dos perdimos la ocasión de satisfacer nuestra curiosidad.

A veces reincidimos en la tentación de intercambiar nuestro destino; hacemos algunas tentativas, pero siempre vuelve a ocurrir el mismo impedimento: si se piensa en las dificultades que Magush ha vencido resulta absurdo. No hace mucho estuve a punto de partir. Hice mis valijas. Nos despedimos. Las imágenes en las ventanas eran tentadoras. Algo me retuvo a último momento. Lo mismo sucedió a Magush; no tuvo valor para escaparse de la carbonería.

A mí me fascina siempre el destino de Magush y a él (por malo que sea) el mío, pero en el fondo lo único que deseamos los dos es seguir contemplando las ventanas de esa casa y regalar a otros nuestro destino, mientras no nos parezca extraordinario.

La propiedad

En esa propiedad de campo que daba sobre el mar, cuyo jardín no tenía flores por culpa del viento, pero toda suerte de cascadas, de grutas, de fuentes y de glorietas, vivíamos en un Edén. La señora a veces iba a la ciudad y durante su ausencia yo aprovechaba para descansar. Bonita como nadie, yo salía esos días y bajaba a la playa, con el kimono y las sandalias puestos; no llevaba ninguna uña sin barniz, ninguna pierna sin depilar.

Aproveché las vacaciones, que pasaron en un abrir y cerrar de ojos, para someterme a operaciones de cirugía estética: empecé por la nariz, después fue el turno de los ojos y de los senos. Los médicos no me cobraban nada. Yo no tenía inconveniente en prestarme para experimentos de éstos, porque me atendían médicos importantes y serios, verdaderos doctores y no practicantes que la matan a una, prometiendo el oro y el moro.

No había propiedad en el continente tan bonita como ésta. Muchos huéspedes millonarios venían a alojarse y pasaban días, a veces semanas, a veces meses, en la casa. La señora era buena, tanto para las visitas como para la servidumbre. Mi trabajo era agradable. No enceraba pisos, ni limpiaba vidrios, que es tan engorroso.

Lo que más me costaba era levantarme a las seis y media de la mañana: ni la limpieza de los baños, ni atender el teléfono cuando me colgaban el tubo, me desagradaba tanto como ese momento en que abandonaba mis castillos en el aire, para levantarme y servir los desayunos, que no es trabajo de cocinera.

En aquella mansión, en lugar de flores, peces rojos, que nadaban en sus peceras como Pedro por su casa, adornaban los dormitorios. Ésta era una de las tantas originalidades de la patrona. Además de ser generosa, mi señora era bonita y rubia como el trigo, «tal vez un poquito delgada para su estatura», decían el panadero Ruiz y Langostino, el del muelle, que eran unos envidiosos; para mí, estaba en su peso. Pero ella nunca estaba satisfecha. Siempre quería adelgazar más: ¡Qué pecado! El tratamiento de un especialista, con hormonas, que valían un ojo de la cara, le hizo aumentar cuarenta kilos, que rebajaba fácilmente, sin querer, y comiendo como un tiburón o como un pajarito. ¡Cuántas veces la sostuve en mis brazos, llorando porque no había bajado de peso o porque había subido injustamente, con muchos sacrificios! Una vez me resfrié de tantas lágrimas que recibí sobre los hombros. ¡Yo era su paño de lágrimas!

—Si fuera pobre como yo, no se alimentaría tan mal —le decía para consolarla—. Peor sería parecer un elefante como la señora Macuri, o un palillo de dientes como doña Selenia, o el

hambre en la India, como otras de sus invitadas —yo agregaba con el corazón en la mano. Ella me hacía callar. Sabía que era perfecta, pero se encaprichaba con la misma retahíla: gorda y flaca, flaca y gorda.

Desde las ocho de la mañana, los compañeros llevaban las peceras al jardín para cambiarles el agua y dar comida a los peces, que eran unos comilones.

Las persianas cerraban bien, tan bien que se necesitaban maña y fuerza para abrirlas. Un día uno de los invitados me llamó para que abriera una de ellas.

—Yo me ahogo en esta casa. Es bonita, pero las persianas no se abren.

Se lo conté a la señora y aprovechó para no invitar más al desagradecido, que nunca me dio propina, ni cuando le buscaba los zapatos debajo de la cama, que no era mi trabajo.

La señora me trataba bien, salvo cuando se enojaba y eso sucedía todos los días: por una puerta abierta, por un sillón colocado en otro sitio, por una basurita que había caído en un rincón, por los bichofeos que ensuciaban las sillas de la terraza. ¡Qué culpa tenía yo!

La señora era elegante. Con verdadera pena, yo veía envejecer los trajes, los zapatos, los guantes, la ropa interior, que iba a regalarme. No soy interesada. A veces, si caía el lápiz de rouge al suelo, me lo regalaba; si le faltaba un solo diente al peine, aunque fuera de Carey, también me lo regalaba. No mezquinaba los perfumes: el perfume desaparecía de a medio frasco por día: las visitas tenían todas el mismo olor relajante de algunas flores, que no me dejan dormir de noche.

Las mallas de baño, yo las estrenaba nuevecitas, porque el día en que la señora las compraba ya le parecían horribles, por esto, por lo otro y por lo de más allá. Yo era muy feliz en aquella vida de abundancia y de lujo: nunca faltó vino en mi comida, ni café, ni té, si lo quería. Los remedios viejos y los postres que habían salido mal, me los regalaba para mi madre enferma, que la adoraba como yo.

Todo cambió cuando llegó Ismael Gómez. La señora ya no me regaló sus vestidos viejos, ni sus remedios, porque Ismael Gómez pretendía que cuanto más viejo era un traje o un remedio, sentaban mejor. Las comidas también cambiaron: me obligaron a preparar muchos postres con crema y huevo batido, mucho merengue con dulce de leche, y yemas quemadas, que me hacían mal al hígado. Ismael Gómez tenía una verdadera adoración por la señora pero la respetaba, eso sí. No la dejaba mover, le alcanzaba cualquier cosita que necesitaba. Todo el día le ofrecía algo de comer, le compraba bebidas finísimas y él no compartía nada, como si no quisiera abusar de las riquezas de la señora. La gente decía que era un pan de Dios, pero yo no lo tragaba.

En aquella época la señora tomó a su servicio a un cocinero gigante, recomendado por Ismael Gómez. Me sacaron de la cocina sin decir agua va. Las comidas cambiaron de nuevo. Enormes postres de cuatro pisos, adornados con figuras aparentemente alegres, desfilaban a diario por el comedor. Con el tiempo descubrí que esas figuras hechas de merengue rosado, que en el primer momento me parecían tan bonitas, representaban calaveras, monstruos con cuatro cabezas,

diablos con guadañas, en fin, todo un mundo de cosas horribles, que mi señora no advirtió, porque no era maliciosa; yo no me atreví a explicarle nada. Resolví, sin embargo, vigilar las comidas, y a las horas en que preparaban las fuentes, entraba intempestivamente en la cocina, donde me recibían de mala gana.

Ismael Gómez redobló sus cuidados con la señora. No permitía que se molestara ni para ir al Banco. Durante varios días, en un cuaderno con hojas cuadriculadas, como un nene que no sabe escribir, se ejercitó en imitar la firma de la señora, hasta que nadie pudo distinguir qué mano había escrito aquellas líneas.

Varias veces me escondí detrás de la puerta, para oír las conversaciones entre la señora e Ismael Gómez, al atardecer, antes de que nos fuéramos a la cama. Yo presentía que alguna desgracia iba a suceder en la casa, pero no podía explicar en qué fundaba mis presentimientos. Tuve que consultar a un médico, porque durante varias noches tuve pesadillas que me dejaron afiebrada.

Mis presentimientos se cumplieron el día en que vi a mi señora acostada con perfil de santa, entre coronas de flores blancas, en la capilla ardiente. Yo llegaba de casa de mis tías, donde había pasado un mes de vacaciones, y pregunté en la puerta, sujetando con la mano mi corazón, que latía como un despertador:

—¿Dónde está la señora?

—Está en la sala, de cuerpo presente —me respondieron.

Se me doblaron las rodillas. En los espejos yo parecía ni más ni menos que una enana. ¿Quién es ésta?, pensé, y era yo. Entré en la sala llorando como una Magdalena. El señor Ismael Gómez me tomó del brazo y me dijo:

—Tengo que darte una buena noticia. La señora te deja una pequeña fortuna, a condición de que cuides esta casa, que ahora es mía, como la cuidaste siempre para mí y para ella, que seguirá viviendo en nuestra memoria —y agregó, conteniendo las lágrimas—: ¡Ya ves lo que es la vida! No quiso ser mi novia y ahora es la novia de la muerte, que es menos alegre que yo.

Un zumbido de moscardones llenó la sala: mujeres enlutadas rezaron. Perdí la cabeza.

Me arrojé en los brazos que Ismael Gómez me tendía como un padre y comprendí que era un señor bondadoso.

Los objetos

Alguien regaló a Camila Ersky, el día en que cumplió veinte años, una pulsera de oro con una rosa de rubí. Era una reliquia de familia. La pulsera le gustaba y sólo la usaba en ciertas ocasiones, cuando iba a alguna reunión o al teatro, o a una función de gala. Sin embargo, cuando la perdió, no compartió con el resto de la familia el duelo de su pérdida. Por valiosos que fueran, los objetos le parecían reemplazables. Sólo apreciaba a las personas, a los canarios que adornaban su casa y a los perros. A lo largo de su vida, creo que lloró por la desaparición de una cadena de plata, con una medalla de la Virgen de Luján, engarzada en oro, que uno de sus novios le había regalado. La idea de ir perdiendo las cosas, esas cosas que fatalmente perdemos, no la apenaba como al resto de su familia o a sus amigas, que eran todas tan vanidosas. Sin lágrimas había visto su casa natal despojarse, una vez por un incendio, otra vez por un empobrecimiento, ardiente como un incendio, de sus más preciados adornos (cuadros, mesas, consolas, biombos, jarrones, estatuas de bronce, abanicos, niños de mármol, bailarines de porcelana, perfumeros en forma de rábanos, vitrinas enteras con miniaturas, llenas de rulos y de barbas), horribles a veces pero valiosos. Sospecho que su conformidad no era un signo de indiferencia y que presentía con cierto malestar que los objetos la despojarían un día de algo muy precioso: de su juventud. Le agradaban tal vez más a ella que a las demás personas que lloraban al perderlos. A veces los veía. Llegaban a visitarla como personas, en procesiones, especialmente de noche, cuando estaba por dormirse, cuando viajaba en tren o en automóvil, o simplemente cuando hacía el recorrido diario para ir a su trabajo. Muchas veces le molestaban como insectos: quería espantarlos, pensar en otras cosas. Muchas veces por falta de imaginación se los describía a sus hijos, en los cuentos que les contaba para entretenerlos, mientras comían. No les agregaba ni brillo, ni belleza, ni misterio: no hacía falta.

Una tarde de invierno volvía de cumplir unas diligencias en las calles de la ciudad y al cruzar una plaza se detuvo a descansar en un banco. ¡Para qué imaginar Buenos Aires! Hay otras ciudades con plazas. Una luz crepuscular bañaba las ramas, los caminos, las casas que la rodeaban; esa luz que aumenta a veces la sagacidad de la dicha. Durante un largo rato miró el cielo, acariciando sus guantes de cabritilla manchados; luego, atraída por algo que brillaba en el suelo, bajó los ojos y vio, después de unos instantes, la pulsera que había perdido hacía más de quince años. Con la emoción que produciría a los santos el primer milagro, recogió el objeto. Cayó la noche antes que resolviera colocar como antaño en la muñeca de su brazo izquierdo la

pulsera.

Cuando llegó a su casa, después de haber mirado su brazo, para asegurarse de que la pulsera no se había desvanecido, dio la noticia a sus hijos, que no interrumpieron sus juegos, y a su marido, que la miró con recelo, sin interrumpir la lectura del diario. Durante muchos días, a pesar de la indiferencia de los hijos y de la desconfianza del marido, la despertaba la alegría de haber encontrado la pulsera. Las únicas personas que se hubieran asombrado debidamente habían muerto.

Comenzó a recordar con más precisión los objetos que habían poblado su vida; los recordó con nostalgia, con ansiedad desconocida. Como en un inventario, siguiendo un orden cronológico invertido, aparecieron en su memoria la paloma de cristal de roca, con el pico y el ala rotos; la bombonera en forma de piano; la estatua de bronce, que sostenía una antorcha con bombitas de luz; el reloj de bronce; el almohadón de mármol, a rayas celestes, con borlas; el antejo de larga vista, con empuñadura de nácar; la taza con inscripciones y los monos de marfil, con canastitas llenas de monitos.

Del modo más natural para ella y más increíble para nosotros, fue recuperando paulatinamente los objetos que durante tanto tiempo habían morado en su memoria.

Simultáneamente advirtió que la felicidad que había sentido al principio se transformaba en malestar, en un temor, en una preocupación.

Apenas miraba las cosas, de miedo de descubrir un objeto perdido.

Desde la estatua de bronce con la antorcha que iluminaba la entrada de la casa, hasta el dije con el corazón atravesado con una flecha, mientras Camila se inquietaba, tratando de pensar en otras cosas, en los mercados, en las tiendas, en los hoteles, en cualquier parte, los objetos aparecieron. La muñeca cingara y el calidoscopio fueron los últimos. ¿Dónde encontró estos juguetes, que pertenecían a su infancia? Me da vergüenza decirlo, porque ustedes, lectores, pensarán que sólo busco el asombro y que no digo la verdad. Pensarán que los juguetes eran otros parecidos a aquéllos y no los mismos, que forzosamente no existirá una sola muñeca cingara en el mundo ni un solo calidoscopio. El capricho quiso que el brazo de la muñeca estuviera tatuado con una mariposa en tinta china y que el calidoscopio tuviera, grabado sobre el tubo de cobre, el nombre de Camila Ersky.

Si no fuera tan patética, esta historia resultaría tediosa. Si no les parece patética, lectores, por lo menos es breve, y contarla me servirá de ejercicio. En los camarines de los teatros que Camila solía frecuentar, encontró los juguetes que pertenecían, por una serie de coincidencias, a la hija de una bailarina que insistió en canjeárselos por un oso mecánico y un circo de material plástico. Volvió a su casa con los viejos juguetes envueltos en un papel de diario. Varias veces quiso depositar el paquete, durante el trayecto, en el descanso de una escalera o en el umbral de alguna puerta.

No había nadie en su casa. Abrió la ventana de par en par, aspiró el aire de la tarde. Entonces

vio los objetos alineados contra la pared de su cuarto, como había soñado que los vería. Se arrodilló para acariciarlos. Ignoró el día y la noche. Vio que los objetos tenían caras, esas horribles caras que se les forman cuando los hemos mirado durante mucho tiempo.

A través de una suma de felicidades Camila Ersky había entrado, por fin, en el infierno.

Nosotros

—¡Nunca te mires en un espejo!, sería una redundancia —me dicen nuestros amigos—. Lo mirarás a Eduardo que es igual a ti, para peinarte o anudarte la corbata.

Dicen que nos parecemos como dos gotas de agua, pero conozco las diferencias que hay entre nosotros como la diferencia que hay entre mi mano izquierda y mi mano derecha, o mi ojo derecho y mi ojo izquierdo. Modestia aparte, mi cara de perfil es más perfecta que la de Eduardo, el hoyuelo de las mejillas, que tanto éxito tiene, se me acentúa más cuando nos reímos; por eso las chicas me miran tanto: sin embargo, nunca traté de enamorarme de otras mujeres que las que enamoraban a mi hermano. A veces pensé que sería conveniente independizarme un poco, lo confieso, pero no tuve valor. Soy feliz: para qué buscarle tres pies al gato. Somos de una familia pudiente y distinguida. Por las mañanas tomamos un desayuno copioso que hasta el rey de Inglaterra envidiaría. Nos dedicamos a algunos deportes: el lanzamiento de la jabalina, la natación o el golf. Por las tardes nos ocupamos de nuestra tarea habitual que nos da tanta satisfacción. Creo que no conocemos lo que es estar tristes ni deprimidos. Nos bastaría abrir el ropero y contemplar nuestros zapatos lustrosos como espejos para borrar cualquier preocupación. El ama de llaves que tenemos es un pan de Dios; ella contribuye a la felicidad de nuestra vida. (Ama de llaves, ama de leche, ama de casa. Siempre nos fascinaron esas mujeres ejemplares.) Un día nos enamoramos de ella, porque la teníamos a mano, pero pronto tuvimos una desilusión tremenda: sus dientes, que nos parecían un collar de perlas, eran postizos. Los descubrimos adentro de un vaso de agua, en su cuarto. Sus pies, con los cuales tropezábamos, tenían un dedo encimado. Sus desayunos eran natas sobre un trozo de pan y ajo picado.

—Sería mejor pensar en otra cosa —dije a Eduardo, que inmediatamente me comprendió.

¡Pobre Bernarda! Cuántas ilusiones se habrá hecho con nosotros. ¡No quiero pensar en las desventuras ajenas! Para ella siempre seremos los niños mimados, los diablillos, los buenos mozos despreocupados.

Cuando nos enamoramos de Leticia pensamos que el mundo iba a cambiar. La felicidad es ambiciosa: queríamos más y más. La conocimos en el Club Náutico de San Isidro. Eduardo fue el que la conquistó con no sé qué triquiñuelas. Yo me enardecí, pero ella no quería saber nada conmigo.

—¿Por qué emplea siempre el plural? —me dijo.

—¿La molesto? —le pregunté.

—Eduardo es mi novio, ¿no se da cuenta? —me contestó.

Me alejé, desconsolado.

A veces me confundía con Eduardo cuando me encontraba en la calle, y me saludaba efusivamente, o en el teléfono cuando llamaba a casa para hablar con él y me decía frases amorosas que me agradaban. Cuando Eduardo se casó fingí ausentarme por unos meses a la Patagonia, lugar ideal para un misántropo. Quedé de incógnito en un hotel de Buenos Aires, haciéndome la ilusión de viajar por Europa. Eduardo venía a visitarme por las tardes, con los bolsillos llenos de tabletas de chocolate suizo. Desde el hotel llamaba a su mujer y me daba el tubo para que yo finalizara la conversación; yo hacía esto de buena gana, pues Leticia me decía palabras encendidas con una voz no menos encendida. ¡Cuánto nos divertíamos!

En el barrio donde vivía Eduardo había como ahora frecuentes cortes de luz que se anunciaban con anterioridad en los diarios. Esta circunstancia facilitaría las cosas. Eduardo, con muchos eufemismos, me dio la idea:

—¿Por qué no pasas la noche con Leticia? Yo te relevaré antes de las siete de la mañana.

Me dio las llaves. Con el corazón en la boca acepté y fui al departamento que queda en la calle Junín. Estaba convenido que llegaría a medianoche, hora en que Eduardo tenía que regresar de una comida de hombres solos, en el Hotel Alvear. Tomé unas píldoras para los nervios y llegué al departamento después de demorarme en el ascensor más de lo necesario. Abrí la puerta con tranquilidad, oí unos pasos desnudos en la alfombra. Leticia se echó en mis brazos. Eduardo me había dicho:

—Tienes que representarme. Llámala *mi corderito*.

No me costaba imaginar que yo era Eduardo, en la infancia había jugado muchas veces un juego similar; pero llamarla Corderito no podía. La alcé en mis brazos y la llevé a la cama. El resto casi no lo recuerdo. La emoción sexual es una suerte de hipnótico, que me roba la memoria. Cuando llegó Eduardo a relevarme yo estaba profundamente dormido. Con mucha precaución, tuvo que acercarse a la cama y despertarme, antes que Leticia se despertara. Volví varias veces, en similares circunstancias, a dormir en los brazos de Leticia. La vida se volvió agradable y no exenta de peligros y de variaciones.

Dos personas juntas se atreven a hacer cualquier cosa: Eduardo y yo tenemos una fuerza mayor que el común de las personas. ¿Qué otros mellizos se hubieran atrevido a semejante acción?

Bien se dice que el amor es ciego. Comenzaba el otoño. Durante una semana Leticia convivió conmigo, creyendo que yo era Eduardo. Yo mismo llegué a creer que era Eduardo a fuerza de imitarlo. Pero una circunstancia desagradable rompió el encanto. Leticia oyó comentarios malignos de personas que habían visto a Eduardo a la hora en que ella estaba en mis brazos. Leticia comenzó a cavilar sobre posibles desdoblamientos, sobre circunstancias mágicas, que permitían simultáneamente que ella estuviera en los brazos de Eduardo mientras Eduardo estaba

en otros sitios. Alguien, tal vez malignamente, sacó una fotografía de Eduardo, sin que éste lo advirtiera, en una casa donde jugaban al poker. La fotografía llevaba la fecha y la dirección en el dorso y alguien se la mandó a Leticia.

Leticia comenzó a cavilar fríamente, mientras yo la abrazaba. Me confió sus inquietudes. La tranquilicé. ¡Mi vida ya no era una vida! Una mañana creí que Leticia estaba durmiendo como lo estaba habitualmente a la hora en que Eduardo me relevaba. Furtivamente me levanté cuando oí entrar a Eduardo, que se asomó a la puerta. ¡Se nos heló la sangre! Como una aparición, Leticia se levantó de la cama. Tanta tranquilidad no era humana. Se acercó al teléfono y habló con una tapicería para que vinieran a colocarle las alfombras. Pensé que iba a matar a uno de los dos o a delatarnos. Seguramente la vergüenza le impidió hacerlo. Trató por todos los medios de que Eduardo se batiera conmigo.

Hicimos nuestro baúl y con Eduardo nos fuimos de esa casa donde la vida ya nos parecía tediosa, por no decir insoportable.

La furia

(Para mi amigo Octavio.)

Por momentos creo que oigo todavía ese tambor. ¿Cómo podré salir de esta casa sin ser visto? Y, suponiendo que pudiera salir, una vez afuera, ¿cómo haría para llevar al niño a su casa? Esperaría que alguien lo reclamara por radio o por los diarios. ¿Hacerlo desaparecer? No sería posible. ¿Suicidarme? Sería la última solución. Además, ¿con qué podría hacerlo? ¿Escaparme? ¿Por dónde? En los corredores, en este momento, hay gente. Las ventanas están tapiadas.

Me formulé mil veces estas preguntas a mí mismo hasta que descubrí el cortaplumas que el niño tenía en la mano y que guardaba de vez en cuando en el bolsillo. Me tranquilicé pensando que podía, en última instancia, matarlo, cortándole, en la bañera, para que no ensuciara el piso, las venas de las muñecas. Una vez muerto lo colocaría debajo de la cama.

Para no volverme loco saqué la libreta de apuntes que llevo en el bolsillo, y mientras el niño jugaba de un modo inverosímil con los flecos de la colcha, con la alfombra, con la silla, escribí todo lo que me había sucedido desde que conocí a Winifred.

La conocí en Palermo. Sus ojos brillaban, ahora me doy cuenta, como los de las hienas. Me recordaba a una de las Furias. Era frágil y nerviosa, como suelen ser las mujeres que no te gustan, Octavio. El pelo negro era fino y crespo, como el vello de las axilas. Nunca supe qué perfume usaba, pues su olor natural modificaba el del frasco sin etiqueta, decorado con cupidos, que vislumbré en el interior revuelto de su cartera.

Nuestro primer diálogo fue breve:

—Che, no parecés argentina, vos.

—Es claro. Soy filipina.

—¿Hablás inglés?

—Es claro.

—Podrías enseñarme.

—Para qué.

—Para estudiar me vendría bien.

Ella paseaba con un niño que cuidaba: yo, con un libro de matemáticas o de lógica, debajo del brazo. Winifred no era muy joven; lo advertí por las venas de las piernas, que formaban

pequeños arbolitos azules a la altura de la rodilla y por la hinchazón pronunciada de los párpados. Me dijo que tenía veinte años.

La veía los sábados por la tarde. Durante un tiempo, recorriendo el mismo trayecto del primer día, desde el busto de Dante, que queda junto a un aguairabay, hasta la jaula de los monos, mirando la punta de nuestros zapatos tiznados con polvo, o dando carne cruda a los gatos, repetimos el mismo diálogo, con distinto énfasis, casi podría decir con distinto significado. El niño tocaba sin cesar el tambor. Nos cansamos de los gatos el día en que nos tomamos de la mano: no alcanzaba el tiempo para cortar tantos pedacitos de carne cruda. Un día llevamos pan a las palomas y a los cisnes: esto fue un pretexto para retratarnos al pie del puente que comunica con la isla clausurada del lago, cuyo portón abunda en inscripciones pornográficas. Quiso escribir su nombre y el mío junto a una de las inscripciones más obscenas. Le obedecí con desgano.

Me enamoré de ella cuando pronunció un alejandrino (Octavio, me enseñaste métrica).

—Me acuerdo de mis plumas de ángel, cuando era chica.

Para no turbarme, la miré en el agua. Creí que lloraba.

—¿Tenías plumas de ángel? —pregunté con voz sentimental.

—Eran de algodón y muy grandes —me respondió—. Encuadraban mi cara. Parecían de armiño. Para el día de la Virgen, las hermanas del colegio me vistieron de ángel, con un vestido celeste; una túnica, no un vestido. Debajo llevaba una malla celeste y zapatos celestes también. Me hicieron rulos y me los pegaron con goma arábica.

Le coloqué mi brazo alrededor de la cintura, pero siguió hablando:

—Sobre la cabeza me pusieron una corona de azucenas artificiales. Las azucenas son muy fragantes, creo que eran nardos. Sí, nardos. Vomité durante toda la noche. Nunca olvidaré ese día. Mi amiga Lavinia, a quien estimaban tanto como a mí en el colegio, recibió la misma distinción: la vistieron de ángel, de ángel rosado (el ángel rosado era menos importante que el ángel celeste).

(Recordé tus consejos, Octavio, no hay que ser tímido para conquistar a una mujer.)

—¿No querés que nos sentemos? —le dije, abrazándola, frente a un banco de mármol.

—Sentémonos en el césped —me dijo.

Dio unos pasos y se echó al suelo.

—Me gustaría encontrar un trébol de cuatro hojas... y me gustaría darte un beso.

Prosiguió, como si no me hubiera oído:

—Mi amiga Lavinia murió aquel día: fue el día más feliz y más triste de mi vida. Feliz, porque las dos estábamos vestidas de ángel; triste, porque perdí para siempre la felicidad.

Para que tocara sus lágrimas, puso mi mano sobre su mejilla.

—Siempre que la recuerdo, lloro —dijo, con voz entrecortada—. Aquel día festivo terminó en tragedia. Una de las alas de Lavinia se encendió en la llama del cirio que yo llevaba en mi mano.

El padre de Lavinia se precipitó para salvar a su hija: la cargó, corrió al presbiterio, atravesó el patio, entró en el cuarto de baño con esa antorcha viva. Cuando la sumergió en el agua de la bañera ya era tarde. Mi amiga Lavinia yacía carbonizada. De su cuerpo quedó sólo este anillo que cuido como oro en polvo —me dijo, mostrando en su anular un anillito con un rubí—. Un día, jugando, me prometió que me regalaría el anillo cuando muriera. No faltó gente mal intencionada que me acusara de haber incendiado a propósito las alas de Lavinia. La verdad es que sólo puedo jactarme de haber sido bondadosa con una persona: con ella. Yo vivía dedicada como una verdadera madre a cuidarla, a educarla, a corregir sus defectos. Todos tenemos defectos: Lavinia era orgullosa y miedosa. Tenía el pelo largo y rubio, la piel muy blanca. Para corregir su orgullo, un día le corté un mechón que guardé secretamente en un relicario; tuvieron que cortarle el resto del pelo, para emparejarlo. Otro día, le volqué un frasco de agua de Colonia sobre el cuello y la mejilla; su cutis quedó todo manchado.

El niño tocaba el tambor junto a nosotros. Le dijimos que se alejara, pero no nos obedeció.

—¿Si le quitásemos el tambor? —inquirí con impaciencia.

—Tendría un ataque de nervios —me respondió Winifred.

—¿Podré verte algún día, sin el chico o sin el tambor?

—Por ahora, no —respondió Winifred.

Llegué a creer que era hijo de ella, tanto lo complacía.

—¿Y la madre, la madre nunca puede estar con él? —le pregunté un día, con acritud.

—Para eso me pagan —me contestó, como si la hubiera insultado.

Después de una serie de besos, que cambiamos entre los follajes, continuó sus confidencias, sin que el niño dejara de tocar el tambor.

—En las Filipinas hay paraísos.

—Aquí también —le respondí, creyendo que hablaba de árboles.

—Paraísos de felicidad. En Manila, donde yo nací, las ventanas de las casas están adornadas de madreperla.

—¿Con ventanas adornadas de madreperla logra uno ser feliz?

—Estar en el paraíso equivale a lograr la felicidad; pero siempre llega la serpiente y uno la espera. Los temblores de tierra, la invasión japonesa, la muerte de Lavinia, todo ocurrió después. Lo presentí, sin embargo. Mis padres siempre colocaban afuera de nuestra casa, junto a la puerta principal, un platito con leche para que las víboras no entraran en la casa. Una noche se olvidaron de colocar la leche afuera. Cuando mi padre se metió en la cama, sintió algo caliente entre las sábanas. Era una víbora. Para matarla de un balazo tuvo que esperar hasta la mañana. No quería asustarnos con la detonación. Aquella vez presentí todo lo que iba a ocurrir. Fue una premonición. Arrodillada en la capilla del colegio trataba de pedir protección a Dios, pero siempre que estaba arrodillada, mis pies me molestaban. Los doblaba hacia afuera, hacia adentro, para un lado, para el otro, sin hallar postura adecuada para el recogimiento. Lavinia me miraba

con asombro; ella era muy inteligente y no podía comprender que uno tuviera esas dificultades frente a Dios. Ella era sensata; yo era romántica. Un día, vagando con un libro, en un campo cubierto de lirios, me dormí. Era ya tarde. Me buscaron con linternas: el cortejo iba encabezado por Lavinia. Allí los lirios dan sueño, son flores narcóticas. Si no me hubieran encontrado, seguramente usted no estaría hablando hoy conmigo.

El niño se sentó junto a nosotros, tocando el tambor.

—¿Por qué no le sacamos el tambor y se lo tiramos al lago? —me aventuré a decir—. Me aturde el ruido.

Winifred dobló su impermeable rojo, lo acarició y siguió hablando:

—En los dormitorios del colegio, Lavinia lloraba de noche, porque temía a los animales. Para combatir sus inexplicables terrores, metí arañas vivas adentro de su cama. Una vez metí un ratón muerto que encontré en el jardín, otra vez metí un sapo. A pesar de todo no conseguí corregirla; su miedo, por lo contrario, durante un tiempo se agravó. Llegó al paroxismo el día en que la invité a mi casa. Alrededor de la mesita donde estaba dispuesto el juego de té con las masas, coloqué todas las fieras que mi padre había cazado en África y había mandado embalsamar: dos tigres y un león. Lavinia no probó la leche ni las masas aquel día. Yo jugaba a darle de comer a las fieras. Ella lloraba. La llevé a las hamacas del jardín, para consolarla. No cesó de llorar, hasta el momento en que anocheció. Entonces aproveché la oscuridad para esconderme detrás de unas plantas. El miedo secó sus lágrimas. Creyó que estaba sola. El sitio de las hamacas quedaba retirado de la casa. Permaneció de pie, junto a un banco rústico, rascándose nerviosamente las rodillas, hasta que aparecí cubierta de hojas de banano. En la oscuridad adiviné la palidez de su cara y los hilitos de sangre de sus rodillas arañadas. Dije su nombre, tres veces: Lavinia, Lavinia, Lavinia, tratando de cambiar mi voz. Palpé su mano helada. Creo que se desvaneció. Esa noche tuvieron que ponerle bolsas de agua caliente en los pies y bolsas de hielo en la cabeza. Lavinia dijo a sus padres que no quería verme más. Nos reconciamos, como es natural. Para celebrar nuestra reconciliación, fui a su casa con varios regalos: chocolate y una pecera con un pez rojo; pero lo que más le desagradó fue un monito, vestido de verde, con cuatro cascabeles. Los padres de Lavinia me recibieron con cariño y me agradecieron los regalos, que Lavinia no me agradeció. Creo que el pez y el mono murieron de inanición. En cuanto al chocolate, Lavinia no lo probó. Tenía la manía de no comer dulces, razón por la cual la reprendían, cuando no le metían a la fuerza en la boca, bombones o dulces que yo siempre le regalaba.

—¿No querés que paseemos por otra parte? —le dije, interrumpiendo sus confidencias—. Está lloviendo.

—Bueno —me contestó, poniéndose el impermeable.

Caminamos, cruzamos la avenida de las palmeras, llegamos al Monumento a los Españoles. Buscamos un taxímetro. Di las instrucciones al *chauffeur*. En el camino compramos chocolate y pan, para el niño. La casa era como las otras de su género, un poco más grande, tal vez. La

habitación tenía un espejo con molduras doradas y un perchero, cuyas perchas lucían en sus extremidades cuellos de cisne. Escondimos el tambor debajo de la cama.

—¿Qué hacemos con el niño? —pregunté, sin recibir otra respuesta que el abrazo que nos condujo a un laberinto de otros abrazos. Penetramos, nos demoramos en la oscuridad como en un túnel, cegados por la luz del jardín donde habíamos estado.

—¿Y el niño? —volví a interrogar, viendo su ausencia, su sombrero de paja y sus guantes blancos en la penumbra—. ¿No estará debajo de la cama?

—Ese andariego andará por los corredores de la casa.

—¿Y si alguien lo ve?

—Pensarán que es el hijo del dueño.

—Pero no permiten traer niños.

—¿Cómo lo dejaron pasar?

—No lo vieron, debajo de tu impermeable.

Cerré los ojos y aspiré el perfume de Winifred.

—Qué cruel fuiste con Lavinia —le dije.

—¿Cruel, cruel? —me respondió, con énfasis—. Cruel soy con el resto del mundo. Cruel seré contigo —dijo, mordiendo mis labios.

—No podrás.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Ahora comprendo que sólo quería redimirse para Lavinia, cometiendo mayores crueldades con las demás personas. Redimirse a través de la maldad.

Después salí en busca del niño, porque ella me lo pidió. Vagué por los corredores. No había nadie. Me detuve en el patio donde llegaban los taxímetros con parejas que ocultaban risas, alegría, vergüenza. Un gato blanco se trepó a una enredadera. El niño estaba orinando junto a la pared. Lo alcé y lo llevé escondiéndome lo mejor que pude. Al entrar en el cuarto, primeramente no vi nada; la oscuridad era absoluta. Luego advertí que Winifred ya no estaba. Nada de ella había quedado, ni su cartera, ni sus guantes, ni el pañuelo con iniciales celestes. Abrí bruscamente la puerta para ver si la alcanzaba en el corredor, pero no hallé ni el perfume de ella. Volví a cerrarla y mientras el niño jugaba peligrosamente con los flecos de la colcha, descubrí el tambor. Revisé todos los rincones en donde Winifred hubiera podido, en su distracción, dejar algo de ella, algo que me ayudara a encontrarla de nuevo: su dirección, la dirección de una amiga, el apellido de ella.

Intenté varios diálogos con el niño, que me fueron de poca utilidad.

—No toques el tambor. ¿Cómo te llamas?

—Cintito.

—Ése es un sobrenombre, ¿cuál es tu verdadero nombre?

—Cintito.

—¿Y tu niñera?

—Niní.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Dónde vive?

—En una casita.

—¿Dónde?

—En una casita.

—¿Dónde está esa casita?

—No sé.

—Te doy bombones, si me decís cómo se llama tu niñera.

—Dame bombones.

—Después. ¿Cómo se llama?

Cintito siguió jugando con la colcha, con la alfombra, con la silla, con los palillos del tambor.

¿Qué haré?, pensaba, mientras hablaba con el niño.

—No toques el tambor. Más divertido es hacerlo rodar.

—¿Por qué?

—Porque no hay que hacer ruido.

—Si yo quiero.

—No toques te digo.

—Entonces devolveme el cortaplumas.

—No es un juguete para niños. Podrías lastimarte.

—Tocaré el tambor.

—Si tocas el tambor, te mato.

Comenzó a gritar. Lo tomé del cuello. Le pedí que se callara. No quiso escucharme. Le tapé la boca con la almohada. Durante unos minutos se debatió; luego quedó inmóvil, con los ojos cerrados.

Vacilar es una de mis perdiciones. Durante minutos que me comunicaron con la eternidad, repetí: ¿Qué haré?

Ahora sólo espero que se abra la puerta de mi cárcel donde todavía estoy encerrado. Siempre fui así: por no provocar un escándalo fui capaz de cometer un crimen.

Carta perdida en un cajón

¿Cuánto tiempo hace que no pienso en otra cosa que en ti, imbécil, que te intercalas entre las líneas del libro que leo, dentro de la música que oigo, en el interior de los objetos que miro? No me parece posible que el revestimiento de mi esqueleto sea igual al tuyo. Sospecho que perteneces a otro planeta, que tu Dios es diferente del mío, que el ángel guardián de tu infancia no se parecía al mío. Como si se tratara de alguien que hubiera entrevisto en la calle, me parece que no nos hemos conocido en la infancia y que aquella época hubiera sido mero sueño. Pensar de la mañana a la noche y de la noche a la mañana en tus ojos, en tu pelo, en tu boca, en tu voz, en esa manera de caminar que tienes, me incapacita para cualquier trabajo. A veces, al oír pronunciar tu nombre mi corazón deja de latir. Imagino las frases que dices, los lugares que frecuentas, los libros que te gustan. En medio de la noche, me despierto con sobresaltos preguntándome: «¿dónde estará esa bestia?» o «¿con quién estará?». A veces, con mis amigos, llevo el diálogo a temas que fatalmente atraen comentarios sobre tu modo de vivir, sobre las particularidades de tu carácter, o bien paso por la puerta de tu casa, perdiendo un tiempo infinito en esperarte para ver a qué horas sales o cómo te has vestido. Ningún amante habrá pensado tanto en su amada como yo en ti. Recuerdo siempre tus manos levemente rojas, y la piel de tus brazos oscura en los pliegues del codo o en el cuello como arena húmeda. «¿Será suciedad?», pienso, esperando con un defecto nuevo lograr la destrucción de tu ser tan despreciable. Podría dibujar tu cara con los ojos cerrados, sin equivocarme en ninguna de sus líneas: me guardaré de hacerlo, pues temo mejorar tus facciones o divinizar la expresión un poco bestial de tus mejillas prominentes. Será una mezquindad de mi parte, pero todas mis mezquindades te las debo a ti. Después de nuestra infancia, que transcurrió en un colegio que fue nuestra prisión donde nos veíamos diariamente y dormíamos en el mismo dormitorio, podría enumerar algunos furtivos encuentros: un día en el andén de una estación, otro día en una playa, otro día en el teatro, otro día en la casa de unos amigos. No olvidaré aquel último encuentro, tampoco olvido los otros, pero el último me parece más significativo. Cuando advertí tu presencia en aquella casa perdí por la fracción de un segundo el conocimiento. Tus pies lascivos estaban desnudos. Pretender describir la impresión que me causaron las uñas de tus pies sería como pretender reconstruir el Partenón. Creo, sin embargo, que en la infancia tuve el presentimiento de todo lo que iba a sufrir por ti. Oí a mi madre pronunciar tu nombre cuando entramos a visitar por primera vez aquel colegio donde había en el jardín tantos jacarandás en flor y aquellas dos estatuas sosteniendo

globos de luz en cada lado del portón.

—Alba Cristián es hija de una amiga mía. La internarán también aquí. Es de tu edad —dijo mi madre cruelmente.

Sentí un extraño malestar: pensé que era por culpa del colegio donde me iban a internar. Sin embargo, inconscientemente, como esos antiguos anillos que contenían veneno debajo de un camafeo o de una piedra, tu nombre semejante también a un círculo me pareció venenoso. Otro presentimiento me avasalló aquel día del paseo a los lagos de Palermo, cuando nos bajamos a comer la merienda sobre el césped y que Máxima Parisi te enseñó unas tarjetas postales que no quiso enseñarme a mí y que al final de la tarde, comiendo un helado de frambuesa, se recostó sobre tu hombro en el ómnibus que nos llevó de vuelta al colegio. En aquella intimidad que me excluía, sentí la amenaza de otras desventuras. No creas que olvidé la llave misteriosa de tu mesa de luz que hacía sonreír a Máxima Parisi ni aquel atado de cigarrillos americanos que fumaron sin convidarme en la glorieta de los arbustos «cuerpo a tierra», decían ustedes «como los soldados», en aquel escondite que aborrecí hasta el día de hoy. No creas que olvidé aquel libro pornográfico, ni al gato que bautizaban con un nuevo nombre estafalario cada día, ¡pobre diablo! Ni aquella suerte de supositorios para perfumar el baño con olor a rosa que disolvían en un vaso de agua y que se pasaban por el pelo y por los brazos. No creas que olvidé la enfermedad de Máxima cuando te colgaste de mi brazo todo el día diciéndome que yo era tu amiga predilecta y que me invitarías a tu casa de campo durante el verano. No me hice ilusiones, además no me inspirabas ninguna simpatía. No aspiré a tu amistad sino para alejarte de otras. En el fondo de mi corazón se retorció una serpiente semejante a la que hizo que Adán y Eva fueran expulsados del Paraíso.

Sospechaba que mi vida sería una sucesión de fracasos y de abominaciones. No hay niño desdichado que después sea feliz: adulto podrá ilusionarse en algún momento, pero es un error creer que el destino pueda cambiarlo. Podrá tener vocación por la dicha o por la desdicha, por la virtud o por la infamia, por el amor o por el odio. El hombre lleva su cruz desde el principio; hay cruces de madera tosca, de aluminio, de cobre, de plata o de oro, pero todas son cruces. Bien sabes cuál es la mía, pero tal vez no sepas cuál es la tuya, pues no todos los seres son lúcidos, ni capaces de leer el destino en los signos que diariamente ven a su alrededor. ¿Será cruel advertírtelo? Me tiene sin cuidado. No siento por ti la menor lástima. Me molesta que alguien aún crea que somos amigas de infancia. No falta quien me pregunte con tono almibarado y escandalizado a la vez:

—¿No tenés amigos de infancia?

Yo les respondo:

—No me casé con los amigos de infancia. Si ahora tengo poco discernimiento para elegirlos, ¿cómo habrán sido las equivocaciones de mis primeros años? Las amistades de infancia son erróneas, y no se puede ser fiel al error indefinidamente.

Aquel día, en casa de nuestros amigos, al verte, una trémula nube envolvió mi nuca, mi cuerpo se cubrió de escalofríos. Tomé un libro que estaba sobre la mesa y comencé a hojearlo ávidamente: sólo después advertí que el libro se titulaba *Balance de las ventas de animales bovinos*. La dueña de casa me ofreció una naranjada horrible «de alfileres» como denominábamos toda bebida que llevaba soda. Bebí de un trago para ocultar el temblor de mi mano; felizmente hacía calor y salí al balcón con el pretexto de tomar fresco y de mirar la vista que abarcaba el Río de la Plata a lo lejos y en primer plano el Monumento de los Españoles que divisado de ese ángulo parecía, más que nunca, un gigantesco postre de bodas o de primera comunión. Sonreí a tu cara de bestia, sonreíste. Vivir así no era vivir. Sentí vértigos, náuseas. Desde aquel séptimo piso contemplé la calle pensando cómo sería mi caída, si me tiraba de esa altura. Un puesto de fruta, cajones de basura al pie de la casa (estarían en huelga los basureros) y una baranda alta me molestaban para imaginar la escena. Traté de concentrarme en esa idea llena de dificultades para serenarme. Tenía el poder, que ahora no tengo, para desdoblarme: conversé con la gente que me rodeó, reí, miré a todos lados con los ojos clavados en el fondo de aquel precipicio con cajones de basura, con frutas y con hombres que pasaban. Todo era menos inmundito que tu cara. «De cuántas músicas, de cuántas personas, de cuántos libros tengo que renegar para no compartir mis gustos contigo», pensé al mirar hacia el interior del departamento a través del vidrio de la ventana. «Quiero mi soledad, la quiero con mil caras impersonales.» Te miré y a través del vidrio que reverberaba tembló tu cara de piraña como en el fondo del agua. Pensé en quien no puedo pensar por causa tuya y en el sortilegio que me envolvía. Estás en mí como esas figuras que ocultan otras más importantes en los cuadros. Un experto puede borrar la figura superpuesta, pero ¿dónde está el experto? Necesito dar una explicación a mis actos. Después de haberte saludado con una inusitada amabilidad te invité a tomar té. Aceptaste. Te dije que en mi casa había pintores. Sugeriste felizmente que sería mejor ir a tu casa. En el momento en que prepares el té y lo dejes sobre la mesa fingiré un desmayo. Irás a buscar un vaso de agua que yo te pediré, entonces echaré en la tetera el veneno que traigo en mi cartera. Servirás el té después de un rato. Yo no tomaré el mío, pensé como delirando mientras me hablabas.

No cumplí mi proyecto. Era infantil. Me pareció más atinado usar ese procedimiento para matar a L. Deseché la idea porque la muerte no me pareció un castigo.

—¿Qué te pasa? —me decía L.

La conversación recaía sobre ti. Le decía de ti las peores cosas que pueden decirse de un ser humano. Hablé de suciedad, de mentiras, de deslealtad, de vulgaridad, de pornografía. Inventé cosas atroces que resultaron maravillosas. No sospeché que por primera vez L. se interesaba en tu personalidad, en tu vida, en tu manera de sentir y que todo había nacido de mi imaginación.

Durante el tiempo que dediqué a pensar sólo en ti, a hablar de tus terribles vestimentas, de tu malignidad, de tu falta de asco para meterte en la boca dinero sucio y cosas que encontrabas en el suelo, con mi complicidad, con mis sospechas, con mi odio construí para ustedes ese edificio de

amor tan complicado donde viven alejados de mí por mi culpa. Quiero que sepas que debes tu felicidad al ser que más te desdeña y aborrece en el mundo. Una vez que ese ser que te adorna con su envidia y te embellece con su odio desaparezca, tu dicha concluirá con mi vida y la terminación de esta carta. Entonces te internarás en un jardín semejante al del colegio que era nuestra prisión, un jardín engañoso, cuidado por dos estatuas, que tienen dos globos de luz en las manos, para alumbrar tu soledad inextinguible.

El verdugo

Como siempre, con la primavera llegó el día de los festivales. El Emperador, después de comer y de beber, con la cara recamada de manchas rojas, se dirigió a la plaza, hoy llamada de las Cáscaras, seguido por sus súbditos y por un célebre Técnico, que llevaba un cofre de madera, con incrustaciones de oro.

—¿Qué lleva en esa caja? —preguntó uno de los ministros al Técnico.

—Los presos políticos; más bien dicho los traidores.

—¿No han muerto todos? —interrogó el ministro con inquietud.

—Todos, pero eso no impide que estén de algún modo en esta cajita —susurró el Técnico, mostrando entre los bigotes, que eran muy negros, largos dientes blancos.

En la plaza de las Cáscaras, donde habitualmente celebraban las fiestas patrias, los pañuelos de la gente volaban entre las palomas; éstas llevaban grabadas en las plumas, o en un medallón que les colgaba del pescuezo, la cara pintada del Emperador. En el centro de la plaza histórica, rodeado de palmeras, había un suntuoso pedestal sin estatua. Las señoras de los ministros y los hijos estaban sentados en los palcos oficiales. Desde los balcones las niñas arrojaban flores. Para celebrar mejor la fiesta, para alegrar al pueblo que había vivido tantos años oprimido, el Emperador había ordenado que soltaran aquel día los gritos de todos los traidores que habían sido torturados. Después de saludar a los altos jefes, guiñando un ojo y masticando un escarbadienes, el Emperador entró en la casa Amarilla, que tenía una ventana alta, como las ventanas de las casas de los elefantes del Jardín Zoológico. Se asomó a muchos balcones, con distintas vestiduras, antes de asomarse al verdadero balcón, desde el que habitualmente lanzaba sus discursos. El Emperador, bajo una apariencia severa, era juguetón. Aquel día hizo reír a todo el mundo. Algunas personas lloraron de risa. El Emperador habló de las lenguas de los opositores: «que no se cortaron —dijo— para que el pueblo oyera los gritos de los torturados». Las señoras, que chupaban naranjas, las guardaron en sus carteras, para oírlo mejor; algunos hombres orinaron involuntariamente sobre los bancos donde había pavos, gallinas y dulces; algunos niños, sin que las madres lo advirtieran, se treparon a las palmeras. El Emperador bajó a la plaza. Subió al pedestal. El eminente Técnico se caló las gafas y lo siguió: subió las seis o siete gradas que quedaban al pie del pedestal, se sentó en una silla y se dispuso a abrir el cofre. En ese instante el silencio creció, como suele crecer al pie de una cadena de montañas al anochecer. Todas las personas, hasta los hombres muy altos, se pusieron en puntas de pie, para

oír lo que nadie había oído: los gritos de los traidores que habían muerto mientras los torturaban. El Técnico levantó la tapa de la caja y movió los diales, buscando mejor sonoridad: se oyó, como por encanto, el primer grito. La voz modulaba sus quejas más graves alternativamente; luego aparecieron otras voces más turbias pero infinitamente más poderosas, algunas de mujeres, otras de niños. Los aplausos, los insultos y los silbidos ahogaban por momentos los gritos. Pero a través de ese mar de voces inarticuladas, apareció una voz distinta y sin embargo conocida. El Emperador, que había sonreído hasta ese momento, se estremeció. El Técnico movió los diales con recogimiento: como un pianista que toca en el piano un acorde importante, agachó la cabeza. Toda la gente, simultáneamente, reconoció el grito del Emperador. ¡Cómo pudieron reconocerlo! Subía y bajaba, rechinaba, se hundía, para volver a subir. El Emperador, asombrado, escuchó su propio grito: no era el grito furioso o emocionado, enternecido o travieso, que solía dar en sus arrebatos; era un grito agudo y áspero, que parecía provenir de una usina, de una locomotora, o de un cerdo que estrangulan. De pronto algo, un instrumento invisible, lo castigó. Después de cada golpe, su cuerpo se contraía, anunciando con otro grito el próximo golpe que iba a recibir. El Técnico, ensimismado, no pensó que tal vez suspendiendo la transmisión podría salvar al Emperador. Yo no creo, como otras personas, que el Técnico fuera un enemigo acérrimo del Emperador y que había tramado todo esto para ultimarlos.

El Emperador cayó muerto, con los brazos y las piernas colgando del pedestal, sin el decoro que hubiera querido tener frente a sus hombres. Nadie le perdonó que se dejase torturar por verdugos invisibles. La gente religiosa dijo que esos verdugos invisibles eran uno solo, el remordimiento.

—¿Remordimiento de qué? —preguntaron los adversarios.

—De no haberles cortado la lengua a esos reos —contestaron las personas religiosas, tristemente.

Azabache

Soy argentino. Me enganché en un barco. Conseguí en Marsella que un médico firmara un documento certificando que yo estaba loco. No le costó nada porque él estaba tal vez loco. De ese modo pude abandonar el barco, pero me encerraron en un manicomio y no tengo esperanza de que ningún ser humano pueda sacarme de aquí.

Ésta fue mi historia: por huir de mi tierra me enganché en un barco, y por huir del barco me encerraron en un manicomio. Al huir de mi tierra y al huir del barco pensé que huía de mis recuerdos, pero cada día revivo la historia de mi amor, que es mi cárcel. Dicen que por odio a las mujeres elegantes, me enamoré de Aurelia, pero no es cierto. La amé como no amé a ninguna otra mujer en mi vida. Aurelia era una sirvienta; apenas sabía escribir, apenas sabía leer. Sus ojos eran negros, su pelo negro y lacio como las crines de los caballos. En cuanto terminaba de limpiar las cacerolas o los pisos tomaba un lápiz y un papel y se iba a un rincón para dibujar caballos. Era lo único que sabía dibujar: caballos al galope, saltando, sentados, acostados; a veces eran rosillos, otras veces zainos, colorados, bayos, negros, azulejos, blancos; a veces los pintaba con tiza (cuando encontraba tiza), otras veces con lápices de colores, cuando alguien le regalaba lápices; otras veces con tinta y otras veces con tintura. Todos tenían un nombre: el preferido era Azabache, porque era negro y arisco.

Cuando por las mañanas me traía el desayuno, durante unos instantes oía su risa, como un relincho, antes que entrara en mi dormitorio, dando una patada nerviosa contra la puerta. No pude educarla, no quise educarla. Me enamoré de ella.

Tuve que irme de la casa de mis padres y me fui a vivir con ella a Chascomús, en las afueras del pueblo. Pensé que las paredes multiplicadas de una ciudad labran nuestra desdicha. Con alegría vendí todas mis cosas, mi automóvil y mis muebles, para arrendar aquel pequeñísimo campo donde viví pobremente, ilusionado por aquel amor imposible. En un remate compré algunas vacas y una tropilla de caballos que me eran necesarios para trabajar el campo.

Al principio fui feliz. ¡Qué importaba no tener baño, ni luz eléctrica, ni heladera, ni ropa limpia de cama! El amor lo reemplaza todo. Aurelia me había hechizado. ¡Qué importaba que las plantas de sus pies fuesen ásperas, que sus manos estuvieran siempre rojas y que sus modales no fuesen finos: yo era su esclavo!

Le gustaba comer azúcar. En la palma de mi mano, yo colocaba terrones de azúcar, que ella tomaba con su boca. Le gustaba que le acariciaran la cabeza: durante horas yo se la acariciaba.

A veces la buscaba todo el día, sin encontrarla en ninguna parte. ¿Cómo podía en aquel campo tan llano y sin árboles encontrar un escondite? Volvía descalza y con el pelo tan enmarañado, que ningún peine podía desenredarlo. Le advertí que a lo largo de la costa, no muy lejos, se extendían los cangrejales.

Algunas veces la hallaba conversando con los caballos. Ella, que era tan silenciosa, hablaba incesantemente con ellos. La rodeaban, la querían. Su preferido se llamaba Azabache.

Algunas personas hablaron de mí como de un degenerado: otros, me compadecían, pero fueron los menos. Me vendían carne mala, y en el almacén trataban de cobrarme dos veces las mismas cuentas, creyendo que yo era un distraído. Vivir en aquella soledad enemiga me hacía daño.

Me casé con Aurelia para que en la carnicería me dieran mejor carne; así lo dijeron mis enemigos, pero yo podría asegurarles que lo hice para vivir respetablemente. Aurelia se divertía besando la nariz de los caballos; trenzaba su pelo a las crines de los caballos. Estos juegos denotaban su corta edad y la ternura de su corazón. Era mía, como no había sido aquella horrible mujer elegante, con las uñas pintadas, de la cual me había enamorado años atrás.

Una tarde encontré a Aurelia con un vagabundo, hablando de caballos. No entendí nada de lo que hablaban. Tomé a Aurelia del brazo y la llevé a casa, sin decirle una palabra. Aquel día cocinó de mala gana y rompió una puerta a patadas. La encerré con llave y le dije que era la penitencia que le infligía por hablar con extraños. Pareció no entenderme. Durmió hasta que la perdoné.

Para que no volviera a aventurarse lejos de la casa le conté cómo morían la gente y los animales, que se hundían devorados por los cangrejos. No me oyó. La tomé del brazo y le grité al oído. Se puso de pie y salió de la casa con la cabeza erguida, encaminándose hacia la costa.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

Siguió caminando sin mirarme. La retuve del vestido, forcejeó hasta que se rompió. La voltié, la lastimé en mi desesperación. Se puso de pie y siguió caminando. Yo la seguí. Cuando llegamos a la proximidad del río, le supliqué que no siguiera adelante porque allí se extendían los cangrejales, con un inmundito olor a barro. Siguió caminando. Tomó un camino angosto, entre los cangrejales. La seguí. Nuestros pies se hundían en el barro y oíamos el grito innumerable de los pájaros. No se veía ningún árbol y los juncos tapaban el horizonte. Llegamos a un lugar donde el camino se desviaba y vimos a Azabache, el caballo negro, hundido hasta la panza en el cangrejal. Aurelia se detuvo un instante sin asombro. Rápida, de un salto, entró en el cangrejal y comenzó a hundirse. Mientras ella trataba de acercarse al caballo, yo trataba de acercarme a ella para salvarla. Me acosté, me deslicé, como un reptil, en el cangrejal. La tomé del brazo y comencé a hundirme con ella. Durante algunos momentos creí que yo iba a morir. Le miré los ojos y vi esa luz extraña que tienen los ojos agonizantes: vi el caballo reflejado en ellos. Le solté el brazo. Esperé hasta el alba, deslizándome como un gusano sobre la superficie asquerosa del cangrejal,

el final, sin fin para mí, de Aurelia y de Azabache, que se hundieron.

La última tarde

Muchos cueros de corderitos colgaban del alambrado. Porfirio Lasta oyó en el canto de la tarde, una suerte de amanecer. La arboleda que rodeaba el rancho era pequeña, pero los pájaros la multiplicaban. A esas horas, Porfirio pensaba siempre en lo mismo: en la hija del capataz del Recreo. Era ésta una señorita opulenta, con medias de seda y tacos altos. Pensaba también en un piano, que había entrevisto detrás de una puerta, un día de lluvia. La música lo fascinaba y recordar los acordes de un piano y aquella mujer, era el premio que recibía a la caída de la noche.

Hacía ya veinte años que había arrendado ese campo, con un solo potrero y un rancho: después de muchos sacrificios, pudo comprarlo. Cuando se instaló, el rancho estaba casi en ruinas; poco a poco lo había refaccionado de manera que el techo no tuviera goteras, ni la puerta demasiados chiflones. Había agregado tablas al postigo de la ventana, había apisonado el piso de tierra y blanqueado las paredes.

Alrededor del rancho había los restos de una huerta, poquísimas gallinas, una que otra vaca, tres caballos. Además tenía trescientas ovejas: vivía de eso. La lana se pagaba bien y los gastos eran pocos. Bañaba la majada en el campo vecino. Entregaba todas sus ganancias a uno de sus hermanos que sabía leer, escribir, manejar dinero y un automóvil. Guardaba justo lo necesario para sus gastos personales.

Porfirio pensó en su hermano; era distante y silencioso, como una caja de hierro; lo circundaba una aureola de instrucción. Vivía a dos leguas de distancia, en una casa con varios corredores; tenía mujer y algunos hijos.

Varias veces Porfirio había ido a reclamarle dinero. Desde la compra del campito y de los animales, no había conseguido que su hermano le entregara ninguna suma. Éste solía decirle:

—No conviene que tengas dinero. Una de estas noches pueden entrar a matarte.

—No tengo miedo —respondía Porfirio, temblando—. Necesito dinero para comprar unas cuantas ovejas criollas. Y después, quizá me hagan falta unas hectáreas más.

El hermano distraído no contestaba nada.

Aquella vez Porfirio salió del rancho, abrió lentamente la tranquera de alambre que comunicaba con el potrero, caminó entre bostas rizadas y cardos, atajando la luz del poniente con una mano. Era el mes de agosto. Hacía un frío penetrante: en su frente, lo sentía como una corona de hielo, en sus manos, como una superficie dura. Apuró el paso. Se detuvo en el extremo del potrero, junto al alambrado. Copos de lana florecían del alambre de púas. La majada se

desenrollaba con ruido de alfombra. Una sola oveja no se movía. Estaba panza arriba, acostada en el suelo, esperando la parición. Algunos caranchos y chimangos aguardaban el nacimiento, esperando un corderito vivo o una madre casi muerta, con grandes ojos brillantados.

Al acercarse Porfirio ahuyentó los pájaros. La oveja respiraba con dificultad, se quejaba y mascaba lentamente grandes granos invisibles de maíz durísimo. Luego, como la desgarradura de la tarde roja, sobre una piedra gris, fueron naciendo, uno, dos, tres corderitos idénticos. La madre lamio cuidadosamente a los dos primeros y olvidó al último. Porfirio buscó una bolsa, limpió al tercer corderito, lo envolvió, lo llevó hasta el rancho y lo colocó debajo del alero.

Entró en la pieza y se acercó al fogón encendido. Puso carne a asar en las brasas.

Los últimos rayos del sol brillaban en la abertura de la puerta. Porfirio vio brillar un redondel de luz en la pared del cuarto. Era el mensaje cotidiano de su vecino. Se levantó del banco, descolgó el espejito redondo que había usado alguna vez para afeitarse y se detuvo en el marco de la puerta. Inútilmente trató de contestar con el mismo redondel de luz, con el mismo reflejo, sobre la casa de su vecino. El sol había desaparecido. Encauzando la voz con las dos manos puestas de cada lado de la boca, después de un rato gritó:

—Buenas noches.

El silencio multiplicó la voz. Cayó la noche de golpe. Entró en el rancho y comió junto al fogón un trozo de carne con galleta y vino tinto. La llama de la vela vacilaba con el viento; sin embargo, había cerrado la puerta. Los chiflones eran sus compañeros.

Sin desvestirse, se dejó caer sobre la cama. Tenía dos ponchos muy manchados y una frazada con bordes rojos. El sueño, antes de llegar a sus ojos, rondaba como un agua muy mansa por todo su cuerpo. El sueño no lo avasallaba como otras noches. Sopló la vela y el cuarto quedó en tinieblas. Tardó en dormir. Rehízo mentalmente los trabajos del día, y después empezó a soñar.

Sonó que se casaba con la hija del capataz del Recreo en la iglesia de Azul. Después de la ceremonia llegaba al Recreo, con su novia en un sulky, escoltado por toda la familia, que venía en un vagón, remolcando un piano con ruedas. El piano era una casita alta y negra, con un escenario cerrado en el centro. Tenía dos candelabros de oro de cada lado. Una familia pequeñísima de enanos vivía dentro de esa casa. La música surgía aparentemente de las manos de la pianista, cuando tocaba las notas, pero el procedimiento era más complicado y secreto: la música surgía de la boca de los enanitos.

—Hay que llevarlo con cuidado —decía el padre de la novia, abrazando el piano—; tiene notas muy sufridas.

Cuidadosamente detuvieron los caballos frente a la tranquera y luego el padre, junto con el resto de la familia de la novia, se fue por el campo, agitando ramas para espantar mosquitos. La hija del capataz, que era mullida, se acostó en la cama de hierro y Porfirio, a su lado, en el piso de tierra, sobre unas cuantas bolsas que le servían de colchón. Aquella casa, tan suntuosa por dentro, tenía dormitorios con piso de tierra. Los desposados ya debían de estar durmiendo,

cuando la puerta se abrió de pronto. Una tropilla de caballos pasó relinchando.

El perro ladraba muy lejos. Un redondel de luz bailó levemente en la pared. Porfirio sonrió al ver la señal del vecino. Una sombra se perfilaba en el marco de la puerta y no vio otro rostro que aquel redondel de luz. Porfirio adelantó unos pasos más allá de su sueño; aún creo que tuvo tiempo de asombrarse, de ser sonámbulo, él que jamás lo había sido, cuando sintió que le hundían un hierro muy rojo en el pecho.

La oscuridad modificó los colores, las medias tintas, como la revelación caprichosa de una fotografía.

La mano de Remigio Lasta no soltaba el cuchillo. El silencio, que no se había manifestado hasta ese momento, crecía; se llenaba de filamentos, de silbidos, de memorias, de cantos de grillos infinitesimales.

No crujía ninguna puerta, ningún mueble: todos los objetos se ausentaban sobre el piso de tierra. Las paredes, el techo se habían disuelto, pero el hombre sintió, en la irrealdad del cuarto, una presencia viva. Daba la espalda a la ventanita; las paredes se habían disuelto, pero no la ventanita. Le molestaba tener espalda; era ella el lugar vulnerable de su cuerpo; con el deseo de ignorarla, volvió bruscamente la cabeza y vio, por primera vez, un fantasma. Lo estudió atentamente. Era una señorita opulenta, con medias de seda y tacos altos. Oyó la insoportable musiquita de un piano. Instantes después, sintió el contacto de una mano sobre una de sus manos y tres dedos se le quedaron dormidos.

Sacó el cuchillo y lo limpió en la frazada. La linterna era pequeña y alumbraba una circunferencia nítida, pero muy exigua. Buscó un fósforo; encendió la vela. Hizo un paseo circular alrededor del cuarto. Se sentó un rato en un banco y se quitó los guantes: miró sus manos oscuras, con las venas muy salientes. Se levantó del banco y volvió a ponerse los guantes. Los tres dedos seguían dormidos. Sopló la vela y después de alumbrar el cuarto, con la linterna, una última vez abrió la puerta y miró el cielo. La noche carecía de estrellas; enfocó el caballo que estaba a cinco metros y dijo en voz alta:

—Dos leguas, dos leguas. Tendré tiempo de recorrerlas antes que amanezca.

Montó el caballo y nadie, salvo yo, pudo oír aquel galope, que se alejaba en la noche. Nadie, salvo yo, supo que Remigio Lasta heredaba no sólo el dinero sino el sueño de su hermano.

El vestido de terciopelo

Sudando, secándonos la frente con pañuelos, que humedecemos en la fuente de la Recoleta, llegamos a esa casa, con jardín, de la calle Ayacucho. ¡Qué risa!

Subimos en el ascensor al cuarto piso. Yo estaba malhumorada, porque no quería salir, pues mi vestido estaba sucio y pensaba dedicar la tarde a lavar y a planchar la colcha de mi camita. Tocamos el timbre: nos abrieron la puerta y entramos, Casilda y yo, en la casa, con el paquete. Casilda es modista. Vivimos en Burzaco y nuestros viajes a la capital la enferman, sobre todo cuando tenemos que ir al barrio norte, que queda tan a trasmano. De inmediato Casilda pidió un vaso de agua a la sirvienta para tomar la aspirina que llevaba en el monedero. La aspirina cayó al suelo con vaso y monedero. ¡Qué risa!

Subimos una escalera alfombrada (olía a naftalina), precedidas por la sirvienta, que nos hizo pasar al dormitorio de la señora Cornelia Catalpina, cuyo nombre fue un martirio para mi memoria. El dormitorio era todo rojo, con cortinajes blancos y había espejos con marcos dorados. Durante un siglo esperamos que la señora llegara del cuarto contiguo, donde la oíamos hacer gárgaras y discutir con voces diferentes. Entró su perfume y después de unos instantes, ella con otro perfume. Quejándose, nos saludó:

—¡Qué suerte tienen ustedes de vivir en las afueras de Buenos Aires! Allí no hay hollín, por lo menos. Habrá perros rabiosos y quema de basuras... Miren la colcha de mi cama. ¿Ustedes creen que es gris? No. Es blanca. Un ampo de nieve —me tomó del mentón y agregó—: No te preocupan estas cosas. ¡Qué edad feliz! Ocho años tienes, ¿verdad? —y dirigiéndose a Casilda agregó—: ¿Por qué no le coloca una piedra sobre la cabeza para que no crezca? De la edad de nuestros hijos depende nuestra juventud.

Todo el mundo creía que mi amiga Casilda era mi mamá. ¡Qué risa!

—Señora, ¿quiere probarse? —dijo Casilda, abriendo el paquete que estaba prendido con alfileres. Me ordenó—: Alcanza de mi cartera los alfileres.

—¡Probarse! ¡Es mi tortura! ¡Si alguien se probara los vestidos por mí, qué feliz sería! Me cansa tanto.

La señora se desvistió y Casilda trató de ponerle el vestido de terciopelo.

—¿Para cuándo el viaje, señora? —le dijo para distraerla.

La señora no podía contestar. El vestido no pasaba por sus hombros: algo lo detenía en el cuello. ¡Qué risa!

—El terciopelo se pega mucho, señora, y hoy hace calor. Pongámosle un poquito de talco.

—Sáquemelo, que me asfixio —exclamó la señora.

Casilda le quitó el vestido y la señora se sentó sobre el sillón, a punto de desvanecerse.

—¿Para cuándo será el viaje, señora? —volvió a preguntar Casilda para distraerla.

—Me iré en cualquier momento. Hoy día, con los aviones, uno se va cuando quiere. El vestido tendrá que estar listo. Pensar que allí hay nieve. Todo es blanco, limpio y brillante.

—Se va a París, ¿no?

—Iré también a Italia.

—¿Vuelve a probarse el vestido, señora? En seguida terminamos.

La señora asintió dando un suspiro.

—Levante los dos brazos para que le pasemos primero las dos mangas —dijo Casilda, tomando el vestido y poniéndoselo de nuevo.

Durante algunos segundos Casilda trató inútilmente de bajar la falda, para que resbalara sobre las caderas de la señora. Yo la ayudaba lo mejor que podía. Finalmente consiguió ponerle el vestido. Durante unos instantes la señora descansó extenuada, sobre el sillón; luego se puso de pie para mirarse en el espejo. ¡El vestido era precioso y complicado! Un dragón bordado de lentejuelas negras, brillaba sobre el lado izquierdo de la bata. Casilda se arrodilló, mirándola en el espejo, y le redondeó el ruedo de la falda. Luego se puso de pie y comenzó a colocar alfileres en los dobleces de la bata, en el cuello, en las mangas. Yo tocaba el terciopelo: era áspero cuando pasaba la mano para un lado y suave cuando la pasaba para el otro. El contacto de la felpa hacía rechinar mis dientes. Los alfileres caían sobre el piso de madera y yo los recogía religiosamente uno por uno. ¡Qué risa!

—¡Qué vestido! Creo que no hay otro modelo tan precioso en todo Buenos Aires —dijo Casilda, dejando caer un alfiler que tenía entre sus dientes—. ¿No le agrada, señora?

—Muchísimo. El terciopelo es el género que más me gusta. Los géneros son como las flores: uno tiene sus preferencias. Yo comparo el terciopelo a los nardos.

—¿Le gusta el nardo? Es tan triste —protestó Casilda.

—El nardo es mi flor preferida, y sin embargo me hace daño. Cuando aspiro su olor me descompongo. El terciopelo hace rechinar mis dientes, me eriza, como me erizaban los guantes de hilo en la infancia y, sin embargo, para mí no hay en el mundo otro género comparable. Sentir su suavidad en mi mano, me atrae aunque a veces me repugne. ¡Qué mujer está mejor vestida que aquella que se viste de terciopelo negro! Ni un cuello de puntilla le hace falta, ni un collar de perlas; todo estaría de más. El terciopelo se basta a sí mismo. Es suntuoso y es sobrio.

Cuando terminó de hablar, la señora respiraba con dificultad. El dragón también. Casilda tomó un diario que estaba sobre una mesa y la abanicó, pero la señora la detuvo, pidiéndole que no le echara aire, porque el aire le hacía mal. ¡Qué risa!

En la calle oí gritos de los vendedores ambulantes. ¿Qué vendían? ¿Frutas, helados, tal vez? El

silbato del afilador, y el tilín del barquillero recorrían también la calle. No corrí a la ventana, para curiosear, como otras veces. No me cansaba de contemplar las pruebas de este vestido con un dragón de lentejuelas. La señora volvió a ponerse de pie y se detuvo de nuevo frente al espejo tambaleando. El dragón de lentejuelas también tambaleó. El vestido ya no tenía casi ningún defecto, sólo un imperceptible frunce debajo de los dos brazos. Casilda volvió a tomar los alfileres para colocarlos peligrosamente en aquellas arrugas de género sobrenatural, que sobraban.

—Cuando seas grande —me dijo la señora— te gustará llevar un vestido de terciopelo, ¿no es cierto?

—Sí —respondí, y sentí que el terciopelo de ese vestido me estrangulaba el cuello con manos enguantadas. ¡Qué risa!

—Ahora me quitaré el vestido —dijo la señora.

Casilda la ayudó a quitárselo tomándolo del ruedo de la falda con las dos manos. Forcejeó inútilmente durante algunos segundos, hasta que volvió a acomodarle el vestido.

—Tendré que dormir con él —dijo la señora, frente al espejo, mirando su rostro pálido y el dragón que temblaba sobre los latidos de su corazón—. Es maravilloso el terciopelo, pero pesa —llevó la mano a la frente—. Es una cárcel. ¿Cómo salir? Deberían hacerse vestidos de telas inmateriales como el aire, la luz o el agua.

—Yo le aconsejé la seda natural —protestó Casilda.

La señora cayó al suelo y el dragón se retorció. Casilda se inclinó sobre su cuerpo hasta que el dragón quedó inmóvil. Acaricié de nuevo el terciopelo que parecía un animal. Casilda dijo melancólicamente:

—Ha muerto. ¡Me costó tanto hacer este vestido! ¡Me costó tanto, tanto!

¡Qué risa!

Los sueños de Leopoldina

Desde el nacimiento de Leopoldina en la familia de Yapurra, las mujeres llevaban nombres que empiezan con L., y a mí, por ser tan pequeño, me llamaban Changuito.

Ludovica y Leonor, que eran las menores, buscaban un milagro, junto al arroyo, todas las tardes a la caída del sol. Íbamos a la vertiente llamada Agua de la Salvia. Dejábamos las damajuanas junto a la fuente, y nos sentábamos sobre una piedra, esperando con ojos muy abiertos el advenimiento de la noche. Todos los diálogos llevaban al mismo tema.

—Juan Mamanís estará en Catamarca —decía Ludovica.

—¡Ay! ¡Qué lindita bicicleta llevaba! Todos los años visita la Virgen del Valle.

—¿Harías la promesa tú de ir a pie, como Javiera?

—Tengo los pies delicados.

—¡Si tuviésemos una Virgen como ésa!

—Juan Mamanís no iría a Catamarca.

—Me tiene sin cuidado. La Virgen es lo que me aflige.

Yo nunca me quedaba quieto; ellas conocían mi costumbre. «Changuito, deje eso», me decía Ludovica, «las arañas son ponzoñosas», o bien «Changuito, no haga eso. No se orina en la fuente».

Alguien les había dicho, tal vez la curandera, que a esa hora brillaba una luz en un hueco de las piedras y que una sombra aparecía en la orillita del arroyo.

—Un día la hallaremos —decía Leonor—. Ha de parecerse a la Virgen del Valle.

—Puede que sea un ánima —respondía Ludovica—. Yo no me ilusiono —metiendo los pies en el arroyo salpicaba mis ojos y mis orejas con agua. Yo temblaba—. ¿Qué harás, Changuito, cuando caiga la nieve, cuando todos los árboles y el suelo estén blancos? No saldrás de la orilla del fuego, ¿eh? Hasta el agua tibia te hace tiritar como una estrella.

—Si descubrimos la nueva Virgen saldremos en los diarios. Dirán así: «Dos niñas en Chaquibil vieron la aparición de una nueva Virgen. Las altas autoridades irán a presenciar el acto». Se hará una gruta iluminada para la estatua y después se construirá la basílica. La imagino muy bien a la Virgen de Chaquibil: morocha, con vestido punzó, con espejitos y un manto azul, con guarda dorada.

—Yo me contentaría si tuviera una falda como la nuestra y un pañuelo en la cabeza, siempre que nos hiciera regalos.

—Las Vírgenes no regalan cosas ni se visten como nosotros.

—Siempre quieres tener razón.

—Cuando la tengo, la tengo.

—Para estar de acuerdo contigo no se puede ni decir «esta boca es mía» —comentaba Leonor acariciándome la cabeza.

Bruscamente cayó la noche, con olor a menta y a lluvia.

Ludovica y Leonor llenaron las damajuanas, bebieron agua y volvieron a la casa. En el camino se detuvieron a hablar con un viejo que llevaba una bolsa. Hablaron del esperado milagro. Dijeron que de noche oían el llamado de aquella aparición. El viejito respondió:

—Andará cantando el zorro. Para qué buscar milagros afuera de la casa, cuando la tienen a Leopoldina, que hace milagros con los sueños.

Ludovica y Leonor se preguntaron si sería cierto.

En la cocina, en una sillita de mimbre con un respaldo altísimo, Leopoldina estaba sentada, fumando. Era tan vieja que parecía un garabato; no se le veían los ojos, ni la boca. Olía a tierra, a hierba, a hoja seca; no a persona. Como un barómetro anunciaba las tormentas o el buen tiempo; antes que yo, olía al león que bajaba del cerro, a comer los chivitos o a torcerle el pescuezo a los potrillos. A pesar de que hacía treinta años que no salía de su casa, sabía, como los pájaros, en qué valle, junto a qué arroyo estaban las nueces, los higos, los duraznos maduros, y hasta el mismo crispín, con su canto desolado, que es arisco como el zorro, bajó un día a comer migas de galleta, mojadas en leche, de sus manos, creyendo seguramente que era un arbusto.

Leopoldina soñaba, sentada en la sillita de mimbre. A veces, al despertar, sobre su falda o al pie de la sillita, hallaba los objetos que aparecían en los sueños; pero los sueños eran tan modestos, tan pobres —sueños de espinas, sueños de piedras, sueños de ramas, sueños de plumitas—, que a nadie asombraba el milagro.

—¿Qué soñó, Leopoldina? —preguntó Leonor, aquella noche, al entrar en la casa.

—Soñé que andaba por un arroyo seco, juntando piedritas redondas. Aquí tengo una —dijo Leopoldina, con voz de flauta.

—¿Y cómo consiguió la piedrita?

—Mirándola no más —respondió.

Junto a la vertiente, Leonor y Ludovica no esperaron, como otras tardes, la llegada de la noche, en la esperanza de asistir a un milagro. Volvieron a la casa, con paso apresurado.

—¿Con qué soñó, Leopoldina? —preguntó Ludovica.

—Con las plumas de una torcaza, que caían al suelo. Aquí tengo una —agregó Leopoldina, mostrándole una plumita.

—Diga, Leopoldina, ¿por qué no sueña con otras cosas? —dijo Ludovica con impaciencia.

—M'hijita, ¿con qué quiere que sueñe?

—Con piedras preciosas, con anillos, con collares, con esclavas. Con algo que sirva para algo.

Con automóviles.

—M'hijita, no sé.

—¿Qué es lo que no sabe?

—Lo que son esas cosas. Tengo como ciento veinte años y he sido muy pobre.

—Es tiempo de hacernos ricos. Usted puede traer la riqueza a esta casa.

Los días siguientes Leonor y Ludovica se sentaban junto a Leopoldina, para verla dormir. A cada rato la despertaban.

—¿Qué soñó? —le preguntaban—. ¿Qué soñó?

Ella respondía algunas veces que había soñado con plumitas, otro día con piedritas y otros con hierbas, con ramas o con ranas. Ludovica y Leonor a veces protestaban agriamente, a veces con ternura, para conmoverla, pero Leopoldina no era dueña de sus sueños: tanto la molestaron que ya no podía dormir. Resolvieron darle un guiso indigesto.

—El estómago pesado da sueñito —dijo Ludovica, preparando una fritura oscura con un olor riquísimo.

Leopoldina comió, pero no tuvo sueño.

—Le daremos vino —dijo Ludovica—. Vino caliente.

Leopoldina bebió, pero no durmió.

Leonor, que era previsor, fue en busca de la curandera, para pedirle unas hierbas dormitivas. La curandera vivía en un lugar apartado. Tuvimos que atravesar la Ciénaga y una de las mulas se hundió en un pantano. Las hierbas que Leonor consiguió tampoco dieron ningún resultado. Ludovica y Leonor discutieron durante unos días adónde les convendría ir en busca de un médico; si a Tafí del Valle o a Amaicha.

—Si vamos a Amaicha traeremos uvas —dijo Leonor a Leopoldina, para consolarla. Luego rio —: No es la época de las uvas.

—Y si vamos a Tafí del Valle, de la Quesería del Churquí traeremos un quesito —dijo Ludovica.

—¿Lo llevarán al Changuito, para que dé un paseo? —contestó Leopoldina, como si no le gustara ni el queso ni las uvas.

Fuimos a Tafí del Valle. Cruzamos muy lentamente, a caballo, la Ciénaga donde murió la mula. En la villa fuimos al hospital y Leonor preguntó por el médico. Nosotros la esperamos en el patio. Mientras Leonor hablaba con el médico, tuvimos tiempo de dar un paseo por el pueblo; cuando volvimos Leonor nos recibió en la puerta del hospital, con un envoltorio en la mano. El envoltorio contenía un remedio, una jeringa y una aguja para inyecciones. Leonor sabía dar inyecciones: una enfermera, que había conocido, le enseñó el arte de clavar la aguja en una naranja o en una manzana. Dormimos en Tafí del Valle y de mañana, muy temprano, emprendimos el regreso.

Al vernos llegar, como si ella hubiera hecho el viaje, Leopoldina dijo que estaba cansada, y

durmió por primera vez después de veinte días de insomnio.

—Qué bandida —dijo Ludovica—. Duerme para hacernos un desprecio.

En cuanto vieron que despertaba le preguntaron:

—¿Qué soñó? Tiene que decirnos lo que soñó.

Leopoldina balbuceó algunas palabritas. Ludovica la zarandeó del brazo.

—Si no nos dice lo que soñó, Leonor le pondrá una inyección —agregó, mostrándole la aguja y la jeringa.

—Soñé que un perro escribía mi historia: aquí está —dijo Leopoldina, mostrando unas hojas de papel arrugado y sucio—. ¿No las leerían ustedes, hijitas, para que yo la escuche?

—¿No puede soñar con cosas más importantes? —dijo Leonor indignada, tirando al suelo las hojas. Luego trajo un libro enorme que olía a pis de gato, con láminas en colores, que le había prestado la maestra. Después de hojearlo atentamente, se detuvo en algunas láminas, que mostró a Leopoldina, restregándolas con el índice—. Automóviles —daba vuelta las hojas—, collares —daba vuelta las hojas—, pulseras —soplaba sobre las hojas—, joyas —se humedecía el pulgar con saliva—, relojes —giraban las hojas entre sus dedos—. Con estas cosas tiene que soñar y no con basuritas.

Fue en ese momento, Leopoldina, cuando te hablé, pero tú no me oíste, porque dormías de nuevo y algo se había deslizado entre tu sueño anterior y el presente.

—¿Te acuerdas de mis antepasados? Si los evocas panzones, ásperos, hirvientes y temblorosos como yo, recordarás los objetos más suntuosos que conociste: aquel medallón, con baño de oro, y en el interior un mechón de pelo, que te regalaron para el casamiento; las piedras del collar de tu madre, que tu nuera robó; aquel cofre lleno de medallitas con aguamarinas; la máquina de coser; el reloj; el coche con caballos tan viejos que eran mansos. Es increíble, pero existió todo eso. Recuerdas, en Tafí del Valle, aquella tienda deslumbrante donde compraste un prendedor, con la cabeza de un perro parecido a mí, grabada en una piedra: sólo yo, para curarte el asma, puedo recordártelo, porque fui el abrigo de tu pecho.

—Si no se duerme le pondrán la inyección —amenazó Ludovica.

Leopoldina, aterrada, volvió a dormir. La silla de mimbre, meciéndose, hacía un ruido extraño.

—¿Habrá ladrones? —interrogó Leonor.

—No hay luna.

—Serán las ánimas —contestó Ludovica.

¿Sabía por qué lloraba yo? Porque sentía venir el viento Zonda.

Ni Leonor ni Ludovica lo oían, porque sus voces retumbaban, desesperadas o tal vez esperanzadas, preguntando:

—¿Qué soñó? ¿Qué soñó?

Esta vez Leopoldina salió afuera, sin contestar, y me dijo:

—Vamos, Changuito, es la hora.

Inmediatamente comenzó a soplar el viento Zonda. Para los cristianos se había anunciado siempre con anticipación, con un cielo muy limpio, con un sol desteñido y bien dibujadito, con un amenazador ruido de mar (que no conozco) a lo lejos. Pero esta vez llegó como un relámpago, barrió el piso del patio, amontonó hojas y ramas en los huecos de los cerros, degolló, entre las piedras, los animales, destruyó las mieses y en un remolino levantó en el aire a Leopoldina y a mí, su perro pila, llamado Changuito, que escribió esta historia en el penúltimo sueño de su patrona.

Las ondas

¿Sólo creerás en las calumnias? ¡Hasta cuándo! Qué feliz era la época en que bastaba que dos personas se amaran o sintieran simpatía la una por la otra, para que les fuera permitido convivir, o simplemente, frecuentarse. La luna era un misterioso satélite lejano como América antes de Cristóbal Colón. Maldigo a la señorita Lina Zfanseld, que en los meses de invierno de 1975 prestó su abrigo a la señora Rosa Tilda. Ayer leí su biografía, por casualidad, en el pequeño *Diccionario Médico* que me acompaña. Por culpa del maldito abrigo, de la vitalidad de la señora Lina Zfanseld, nosotros tenemos que sufrir esta separación, este malentendido. Si aquella apática señora Rosa Tilda no hubiera sido tan apática, si aquella señorita Lina Zfanseld no hubiera sido tan vital, si el anticuado abrigo de piel de camello no hubiera transmitido tan perfectamente las ondas de un organismo a otro, si no hubiera existido ese horrible microscopio electrónico, que revela la disposición de nuestras moléculas, con el que se entretienen los médicos modernos como antiguamente con los calidoscopios los niños, no estaríamos en esta situación. Ya ves de qué complicadas confabulaciones, de qué ínfimos detalles dependen los descubrimientos; de qué casualidades las desdichas, las costumbres que van adoptando los seres humanos. En verdad, somos como un rebaño que obedece a las más sutiles o groseras combinaciones para el bien de la sociedad. Ciegamente, para no merecer castigos, obedecemos a los deberes cívicos y cuando meditamos sobre ellos y los eludimos, caemos en grandes desventuras. A veces me da risa pensar que si la señora Rosa Tilda no se hubiera sometido a un tratamiento médico porque sus depresiones le impedían acudir diariamente a su trabajo, el hecho del abrigo que transformó su organismo no hubiera llamado la atención a nadie, ni el tejido de piel de camello, que ya no se usa, hubiera subido de precio. Pero un médico, que tenía alma de investigador, según dicen, estudió el caso y logró, indebidamente, a mi juicio, celebridad y riqueza.

Desearía haber nacido en otra época, siempre que te hubiera encontrado en ella. Hasta el año 1975 el mundo era tolerable. Somos víctimas de lo que algunos hombres llaman progreso. Las guerras se hacen ahora con lluvias o sequías, con movimientos sísmicos, con plagas sorprendidas, con cambios exorbitantes de temperatura: la mayor parte del tiempo no se derrama una gota de sangre, pero esto no significa que suframos menos que nuestros antecesores. ¡Cuántos jóvenes sueñan con morir en un campo de batalla, después de jugar a balazos con el enemigo! Es natural que quieran tener una satisfacción individual.

Puedo comunicarme contigo por medio de este diminuto metal (que recuerda los antiguos

televisores); veo tu cara reflejada y oigo tu voz, y tú recibes mis mensajes diarios y el reflejo también de mi cara. Salvajes de 1930 (y todavía existen salvajes de ese tipo), creerían que vivimos en un mundo mágico, pero si yo pudiera hablar con ellos, les diría: «Desengañense, soy más desdichada que ustedes, que no tenían televisor». A ejemplo de algunos roedores que dejan dentro de la tierra alimento para sus hijos, yo dejaré mensajes para nuestros descendientes. Que tú estés en la luna trabajando en las minas, con todas las comodidades y halagos de tu posición, que yo esté en la tierra, atisbando tus menores movimientos, oculta, para que las autoridades no me descubran y me den drogas para olvidarte, parecerá un infortunio suficiente para los hombres del futuro que descifren nuestros mensajes.

Hallo monstruoso que los pueblos se hayan dividido y se fundan de acuerdo con la disposición de las moléculas de los individuos y sus proyecciones de ondas. Tendré ideas anticuadas. Cuando rememoro mis siete años, me estremezco. Las interdicciones comenzaron con la masacre de los niños de la escuela de Massachusetts, con el incendio del Circo Nipón, en Tokio, y con los asaltos a mano armada en los jardines públicos de Inglaterra y de Alemania. Los crímenes no los cometía nunca un individuo solo, sino una combinación de moléculas, y disparates de ese estilo, que yo comprendía apenas. Las fotografías en colores de Lina Zfanseld y de Rosa Tilda aparecieron en los diarios, pegadas a las paredes de las casas, como salvadoras de la humanidad. Se adoptaron severas medidas: se empezó con las cuestiones de los viajes: las personas del grupo A no podían viajar con las del grupo B, ni las del grupo B con las del grupo C y así sucesivamente. (En la libreta de control, ¡cuánto me repugnaba la fotografía de las moléculas en un recuadro junto a mi cara!) Se dividieron las familias. Muchos hogares quedaron deshechos. ¿Digo o no digo la verdad? Llegaron a formar pueblos de gente que no tenía nada que ver la una con la otra. Hubo varios suicidios: la mayor parte eran de enamorados o de alumnos y maestros que no querían separarse. Se dio el caso de unos niños de once años, que yo conocía, y de dos estudiantes de ingeniería, pues de ningún modo hay que creer que sólo el amor de novios o de amantes puede ser apasionado. Nunca estuvimos de acuerdo sobre ese punto.

Cuando quisimos falsificar nuestros documentos nos sentíamos felices, ¿por qué no lo seríamos ahora si no fuera por esta separación? Para obtener la felicidad nada nos parecería imposible. Imaginas que todo ha terminado entre nosotros, pero te equivocas. ¿Gastaste tu dinero en sobornos? Ya lo sé, no me lo echas en cara.

¿Recuerdas aquella preciosa mañana de verano, cuando subíamos la escalinata de la plaza de La Verdad? Llevábamos los papeles en las manos. Tus ondas coincidían con las mías en el certificado que nos dieron en el Ministerio de Salud. Después de haber visitado los hospitales que nos correspondían, para las investigaciones, nos detuvimos al pie del monumento, donde la figura de La Verdad, con los ojos enormes, relumbra como si fuese de azúcar. Nos sentamos en el pedestal de mármol, comimos un helado de frambuesa, después de besarnos. Durante unos días, pensando que no nos dañábamos mutuamente, planeábamos el porvenir. Aquel certificado

nos impresionaba tanto que no nos disgustamos ni una sola vez, en cinco días. Mi mano sobre tu piel no ocasionaba la desazón habitual, mi voz no repercutía sobre tu sueño inspirándote aquella extraña angustia. Tus ojos, cuando me miraban fijamente, no me hacían vacilar o cambiar de rumbo, como si yo hubiera sido una autómatas. Tú abrazo no obliteraba mi ser como de costumbre. Asistíamos a una suerte de milagro. Como si no hubiéramos querido engañar al Estado, nos conducíamos de acuerdo con sus normas, con sus leyes. ¡Qué importaba que el documento hubiera sido fraguado, que nuestras ondas no coincidieran! Nos transformábamos de acuerdo con los papeles sellados que desdeñábamos. Habíamos nacido el uno para el otro, nos amábamos legalmente y nadie podía separarnos. Pero alguien siempre dice la verdad y si la verdad salva a algunos individuos a otros los hunde. El que nos delató fue un enemigo mío. Nos incomunicaron y te exiliaron. Antes de tu partida te dijeron que yo había confesado la verdad, porque me había arrepentido: que había tenido que reconocer mi error y mi desdicha. Lo creíste. Que yo me haya retirado del mundo para vivir en esta gruta, no te conmueve, que huya de los hombres para poder comunicarme contigo, no te parece una prueba de amor. Nuestros malentendidos persisten. Creo que nuestro cariño nació de un malentendido y creo que no se debilitó por eso.

«Amemos a los organismos que nos benefician. Desechemos a los que nos perjudican», decía una inscripción sobre la puerta de los hospitales. «Controle sus trenes de ondas.» ¡No quiero oír hablar de ondas ni de organismos!

Recuerdo con horror aquellas leyendas de crímenes pasionales que me contaban los médicos, para hacerme entrar en razón.

He conocido a un sabio (no sé si será un embustero), que pretende, por medio de una operación, reintegrarme a tu grupo. Por unos días se interrumpirán mis mensajes y tal vez durante mi ausencia se asome mi perro al disco de metal. Dile «vaya a la cucha», o «tome agua», o «pobrecito», para consolarlo. No pienso sino en esa operación. Sueño noche y día con ella. No he averiguado qué grado de sufrimiento tendré que soportar, qué anestesia me darán, ni en qué lugar de mi cuerpo se realizará. Estoy entregada a la esperanza de pertenecer a tu grupo de ondas y poder, de ese modo, convivir contigo de un modo normal. Naturalmente correré el riesgo de cambiar de personalidad, y falta saber si esa nueva personalidad te agradará. Podría transformarme en un ratón o en una baldosa. No tengo que pensar en todos los peligros; me volvería loca. Si fracasara este intento lo pagaré con mi vida, y realmente será la única solución que pondría término al sufrimiento de verme defraudada.

Después de la operación pienso enrolarme en un viaje interplanetario para acercarme discretamente a tu mundo. Aprenderé a caminar sobre el aire, para que me confundan con un ángel o una divinidad mitológica griega, de esas con las cuales me comparabas cuando creías en mi honestidad, en mi belleza, en mi amor.

La boda

Que una muchacha de la edad de Roberta se fijara en mí, saliera a pasear conmigo, me hiciera confidencias, era una dicha que ninguna de mis amigas tenía. Me dominaba y yo la quería no porque me comprara bombones o bolitas de vidrio o lápices de colores, sino porque me hablaba a veces como si yo fuera grande y a veces como si ella y yo fuéramos chicas de siete años.

Es misterioso el dominio que Roberta ejercía sobre mí: ella decía que yo adivinaba sus pensamientos, sus deseos. Tenía sed: yo le alcanzaba un vaso de agua, sin que me lo pidiera. Estaba acalorada: la abanicaba o le traía un pañuelo humedecido en agua de Colonia. Tenía dolor de cabeza: le ofrecía una aspirina o una taza de café. Quería una flor: yo se la daba. Si me hubiera ordenado «Gabriela, tírate por la ventana» o «pon tu mano en las brasas» o «corre a las vías del tren para que el tren te aplaste», lo hubiera hecho en el acto.

Vivíamos todos en los arrabales de la ciudad de Córdoba. Arminda López era vecina mía y Roberta Carma vivía en la casa de enfrente. Arminda López y Roberta Carma se querían como primas que eran, pero a veces se hablaban con acritud: todo surgía por las conversaciones de vestidos o de ropa interior o de peinados o de novios que tenían. Nunca pensaban en su trabajo. A la media cuadra de nuestras casas se encontraba la peluquería las ondas bonitas. Ahí, Roberta me llevaba una vez por mes. Mientras que le teñían el pelo de rubio con agua oxigenada y amoníaco, yo jugaba con los guantes del peluquero, con el vaporizador, con las peinetas, con las horquillas, con el secador que parecía el yelmo de un guerrero y con una peluca vieja, que el peluquero me cedía con mucha amabilidad. Me agradaba aquella peluca, más que nada en el mundo, más que los paseos a Ongamira o al Pan de Azúcar, más que los alfajores de arrope o que aquel caballo azulejo que montaba en el terreno baldío para dar la vuelta a la manzana, sin riendas y sin montura y que me distraía de mis estudios.

El compromiso de Arminda López me distrajo más que la peluquería y que los paseos. Tuve malas notas, las peores de mi vida, en aquellos días.

Roberta me llevaba a pasear en tranvía hasta la confitería Oriental. Ahí tomábamos chocolate con vainillas y algún muchacho se acercaba para conversar con ella. De vuelta en el tranvía me decía que Arminda tenía más suerte que ella, porque a los veinte años las mujeres tenían que enamorarse o tirarse al río.

—¿Qué río? —preguntaba yo, perturbada por las confidencias.

—No entiendes. Qué le vas a hacer. Eres muy pequeña.

—Cuando me case, me mandaré hacer un hermoso rodete —había dicho Arminda—, mi peinado llamará la atención.

Roberta reía y protestaba:

—Qué anticuada. Ya no se usan los rodetes.

—Estás equivocada. Se usan de nuevo —respondía Arminda—. Verás, si no llamo la atención.

Los preparativos para la boda fueron largos y minuciosos. El traje de novia era suntuoso. Una puntilla de la abuela materna adornaba la bata, un encaje de la abuela paterna (para que no se resintiera) adornaba el tocado. La modista probó el vestido a Arminda cinco veces. Arrodillada y con la boca llena de alfileres la modista redondeaba el ruedo de la falda o agregaba pinzas al nacimiento de la bata. Cinco veces del brazo de su padre, Arminda cruzó el patio de la casa, entró en su dormitorio y se detuvo frente a un espejo para ver el efecto que hacían los pliegues de la falda con el movimiento de su paso. El peinado era tal vez lo que más preocupaba a Arminda. Había soñado con él toda su vida. Se mandó hacer un rodete muy grande, aprovechando una trenza de pelo que le habían cortado a los quince años. Una redecilla dorada y muy fina, con perlititas, sostenía el rodete, que el peluquero exhibía ya en la peluquería. El peinado, según su padre, parecía una peluca.

La víspera del casamiento, el 2 de enero, el termómetro marcaba cuarenta grados. Hacía tanto calor que no necesitábamos mojarnos el pelo para peinarlo ni lavarnos la cara con agua para quitarnos la suciedad. Exhaustas, Roberta y yo estábamos en el patio. Anochecía. El cielo, de un color gris de plomo, nos asustó. La tormenta se resolvió sólo en relámpagos y avalanchas de insectos. Una enorme araña se detuvo en la enredadera del patio: me pareció que nos miraba. Tomé el palo de una escoba para matarla, pero me detuve no sé por qué. Roberta exclamó:

—Es la esperanza. Una señora francesa me contó una vez que *La araña por la noche es esperanza*.

—Entonces, si es esperanza, vamos a guardarla en una cajita —le dije.

Como una sonámbula porque estaba cansada y es muy buena, Roberta fue a su cuarto para buscar una cajita.

—Ten cuidado. Son ponzoñosas —me dijo.

—¿Y si me pica?

—Las arañas son como las personas: pican para defenderse. Si no les haces daño, no te harán a ti.

Puse la cajita abierta frente a la araña, que de un salto se metió adentro. Después cerré la tapa, que perforé con un alfiler.

—¿Qué vas a hacer con ella? —interrogó Roberta.

—Guardarla.

—No la pierdas —me respondió Roberta.

Desde ese minuto, anduve con la caja en el bolsillo. A la mañana siguiente fuimos a la

peluquería. Era domingo. Vendían matras y flores en la calle. Esos colores alegres parecían festejar la proximidad de la boda. Tuvimos que esperar al peluquero, que fue a misa, mientras Roberta tenía la cabeza bajo el secador.

—Pareces un guerrero —le grité.

Ella no me oyó y siguió leyendo su libro de misa. Entonces se me ocurrió jugar con el rodete de Arminda, que estaba a mi alcance. Retiré las horquillas que sostenían el rodete compacto dentro de la preciosa redecilla. Se me antojó que Roberta me miraba, pero era tan distraída que veía sólo el vacío, mirando fijamente a alguien.

—¿Pongo la araña adentro? —interrogué mostrándole el rodete.

El ruido del secador eléctrico seguramente no dejaba oír mi voz. No me respondió, pero inclinó la cabeza como si asintiera. Abrí la caja, la volqué en el interior del rodete, donde cayó la araña. Rápidamente volví a enroscar el pelo y a colocar la fina redecilla que lo envolvía y las horquillas para que no me sorprendieran. Sin duda lo hice con habilidad, pues el peluquero no advirtió ninguna anomalía en aquella obra de arte, como él mismo denominaba el rodete de la novia.

—Todo esto será un secreto entre nosotras —dijo Roberta, al salir de la peluquería, torciendo mi brazo hasta que grité. Yo no recordaba qué secretos me había dicho aquel día y le respondí, como había oído hacerlo a las personas mayores.

—Seré una tumba.

Roberta se puso un vestido amarillo con volantes y yo un vestido blanco de *plumetis*, almidonado, con un entredós de broderie. En la iglesia no miré al novio porque Roberta me dijo que no había que mirarlo. La novia estaba muy bonita con un velo blanco lleno de flores de azahar. De pálida que estaba parecía un ángel. Luego cayó al suelo inanimada. De lejos parecía una cortina que se hubiera soltado. Muchas personas la socorrieron, la abanicaron, buscaron agua en el presbiterio, le palmotearon la cara. Durante un rato creyeron que había muerto; durante otro rato creyeron que estaba viva. La llevaron a la casa, helada como el mármol. No quisieron desvestirla ni quitarle el rodete para ponerla muerta en el ataúd. Tímidamente, turbada, avergonzada, durante el velorio que duró dos días, me acusé de haber sido la causante de su muerte.

—¿Con qué la mataste, mocosa? —me preguntaba un pariente lejano de Arminda, que bebía café sin cesar.

—Con una araña —yo respondía.

Mis padres sostuvieron un conciliábulo para decidir si tenían que llamar a un médico. Nadie jamás me creyó. Roberta me tomó antipatía, creo que le inspiré repulsión y jamás volvió a salir conmigo.

La paciente y el médico

(La paciente está acostada frente a un retrato.)

Hace cinco años que lo conozco y su verdadera naturaleza no me ha sido revelada. Alejandrina me llevó a su consultorio una tarde de invierno. En la sala de espera, durante tres horas, tuve que mirar las revistas que estaban sobre la mesa. No olvidaré nunca los hermosos claveles de papel que adornaban el florero, sobre la consola. Había mucha gente: dos niños que corrían de un lado a otro del cuarto y que comían bombones, y una vieja malísima, con una sombrilla negra y un sombrero de terciopelo. Hace cinco años que lo conozco. A veces pienso que es un ángel, otras veces un niño, otras veces un hombre. El día que fui a su consultorio no pensé que iba a tener tanta importancia en mi vida. Detrás de un biombo me desvestí para que me auscultara. Anotó mis datos personales y mi historia clínica sin mirarme. Cuando colocó su cabeza sobre mi pecho, es cierto que aspiré el perfume de su pelo y que aprecié el color castaño de sus rizos. Me dijo, mirando un lunar que tengo en el cuello, que mi enfermedad era larga de curar, pero benigna. Le obedecí en todo. Me habría tirado por la ventana, si me lo hubiese ordenado. Suspendí las verduras crudas, el vino, el café y el chocolate, que tanto me gusta. Me alimenté de papas cocidas y de carne asada; dormía después del almuerzo; aunque no durmiera, descansaba. Durante seis meses dejé de estudiar; fue en esos días cuando me dio su retrato para que lo colocara frente a mi cama.

—Cuando te sientas mal, mi hijita, le pedirás consejos al retrato. Él te los dará. Puedes rezarle, ¿acaso no rezas a los santos?

Este modo de proceder le pareció extraño a Alejandrina.

Mi vida transcurría monótonamente, pues tengo un testigo constante que me prohíbe la felicidad: mi dolencia. El doctor Edgardo es la única persona que lo sabe.

Hasta el momento de conocerlo viví ignorando que algo dentro de mi organismo me carcomía. Ahora conozco todo lo que sufro: el doctor Edgardo me lo ha explicado. Es mi naturaleza. Algunos nacen con ojos negros, otros con ojos azules.

Parece imposible que siendo tan joven sea tan sabio; sin embargo, me he enterado de que no se precisa ser un anciano para serlo. Su piel lisa, sus ojos de niño, su cabellera rubia, ensortijada, son para mí el emblema de la sabiduría.

Hubo épocas en que lo veía casi todos los días. Cuando yo estaba muy débil venía a mi casa a

verme. En el zaguán al despedirse me besó varias veces. Desde hace un tiempo me atiende sólo por teléfono.

—Qué necesidad tengo de verla si la conozco tanto: es como si tuviera su organismo en mi bolsillo, como el reloj. En el momento en que usted me habla puedo mirarlo y contestar a cualquier pregunta que me haga.

Le respondí:

—Si no necesita verme, yo necesito verlo a usted.

A lo que replicó:

—¿Mi retrato y mi voz no le bastan?

Tenía miedo de influir directamente sobre mi ánimo, pero yo he insistido mucho para verlo, demasiado, pues se ha encaprichado en no hacerme el gusto. Primeramente lo hice llamar por mis amigas para pedir hora en su consultorio; le mandé regalos, me las arreglé, sin perder mi virginidad, para conseguir dinero. La primera noche salí con Alberto, la segunda con Raúl, las otras con amigos que ellos me presentaron. Alberto me interpeló un día:

—Qué hacés con la plata, che. Siempre viniendo a llorar miserias.

Le contesté la verdad:

—Es para el médico.

No tenía por qué mentir a un atorrante. De ese modo pude mandar al doctor Edgardo una lapicera, una pipa, un anotador con tapa de cuero, un pisapapel de vidrio con flores pintadas, un frasco de agua de Colonia de la más fina; luego empecé a mandarle cartas escritas en diferentes colores de papel, según mi estado de ánimo. A veces, cuando estaba más alegre, en color rosado; cuando estaba tierna, en color celeste; cuando estaba celosa, en color amarillo; cuando estaba triste, en un color violeta precioso; un violeta tan precioso que a veces deseaba estar triste, para enviárselo. Mis mensajeros eran los niños del barrio, que me quieren mucho y que estaban siempre dispuestos a llevar las cartas a cualquier hora. Yo siempre introducía entre las hojas alguna ramita o alguna flor o alguna gotita de perfume o de lágrimas. En lugar de firmar mi nombre al pie de la hoja lo hacía con mis labios, de manera que la pintura quedara estampada. Después comencé a abusar de todos estos recursos; le mandaba, por ejemplo, tres regalos en un día, cuatro cartas, en otro; o bien lo llamaba cinco veces por teléfono. No puedo vivir sin él, la verdad sea dicha. Verlo otra vez sería para mí como llorar después de contenerme mucho tiempo. Es algo necesario, algo maravilloso. Nadie comprende, ni Alejandrina lo comprende. Ayer, resolví poner término a estas vanas insistencias. En la farmacia compré veronal. Voy a tomar el contenido de este frasco para que el doctor Edgardo venga a verme. Dormida no gozaría de esa visita y por lo tanto no lo tomaré todo: tomaré justo lo suficiente para estar calma y poder mantener mis párpados cerrados, inmóviles sobre mis ojos. El resto del frasco lo tiraré y cuando la dueña de la pensión, que todas las noches me trae una taza de tilo, entre en mi cuarto, creerá que me he suicidado. Junto al frasco de veronal vacío dejaré el número del teléfono del doctor

Edgardo con su nombre. Ella lo llamará, pues tomé ya mis precauciones: las otras mañanas le dije, como sin quererlo, cuando volvíamos del mercado:

—Si me sucediera algo, no es a mi familia a quien tiene que llamar, sino al doctor Edgardo, que es como un padre para mí.

Me echaré sobre la cama, con el vestido que me hice el mes pasado: el azul marino con cuello y puños blancos. El modelo era tan difícil que tardé más de quince días en copiarlo; sin embargo, esos quince días pasaron volando, pues sabía que el doctor Edgardo me vería muerta o viva con este vestido puesto. No soy vanidosa, pero me gusta que las personas que yo quiero me vean bien vestida; además, tengo conciencia de mi belleza y estoy persuadida de que si el doctor Edgardo me ha rehuido es porque tiene miedo de enamorarse demasiado de mí. Los hombres aman su libertad y el doctor Edgardo no sólo ama su libertad, sino su profesión. Aunque sé de buena fuente y porque él mismo lo ha confesado que de noche descuelga el tubo del teléfono para que sus pacientes no lo despierten y que sólo por un caso de gravedad sería capaz de molestarse, es un mártir de su profesión. ¡Si fuera tan bondadoso en su vida íntima, no tendría motivo para quejarme! Me echaré sobre la cama y colocaré a mis pies a Michín. Ayer le puse polvo contra las pulgas y le pasé el cepillo. Le pondré agua de Colonia, aunque me rasguñe. Será conmovedor verme muerta, con Michín velándome.

A veces he creído odiar a Edgardo: tanta frialdad no parece humana. Me trató como los niños tratan a sus juguetes: los primeros días los miran con avidez, les besan los ojos cuando son muñecos, los acarician cuando son automóviles, y luego, cuando ya saben cómo se les puede hacer gritar o chocar, los abandonan en un rincón. Yo no me resigné a ese abandono porque sospecho que Edgardo tuvo que librar una batalla consigo mismo para abandonarme. Estoy persuadida de que me ama y que su vida ha sido un páramo hasta el momento en que me conoció. Fui como él me dijo el encuentro de la primavera en su vida y si renunció a mis besos fue porque lo asediaba un deseo que no podía satisfacer por respeto a mi virginidad. Otras mujeres a quienes no ama, prostitutas que sacan plata a los hombres, gozarán de su compañía. No tengo motivos para celarlo ni para enfurecerme con él; sin embargo, cinco años de esperanza frustrada me llevan a una solución que tal vez sea la única que me queda.

(El médico piensa mientras camina por las calles de Buenos Aires.)

Iré caminando. Tal vez logrará lo que quería: verme. Me llamaron con urgencia. Yo sé lo que son esas cosas. Un simulacro de suicidio, seguramente. Llamar la atención de alguna manera. La conocí hace cinco años y un siglo me hubiera parecido menos largo. Cuando entró en mi consultorio y la vi por primera vez me interesó: era un día de pocos clientes, un día de tedio. La piel cobriza, el color del pelo, los ojos alargados y azules, la boca grande y golosa me agradaron. Atrevida y tímida, modesta y orgullosa, fría y apasionada me pareció que no me cansaría nunca

de estudiarla, pero ay... qué pronto conocemos el mecanismo de ciertas enfermas, a qué responden los ojos entornados y la boca entreabierta, a qué la modulación de la voz. La ausculté aquel día no pensando en el tipo de paciente que sería, sino en el tipo de mujer que era. Me demoré tal vez demasiado con mi cabeza sobre su pecho oyendo los latidos acelerados de su corazón. Olía a jabón y no a perfume como la generalidad de las mujeres. Me causó gracia el rubor de la cara y del cuello en el momento en que le ordené desvestirse. No pensé que aquel comienzo de nuestra relación pudiera terminar en algo tan fastidioso. Durante varios meses soporté sus visitas sin sacar ningún provecho de ellas, pero con la esperanza de llegar a alguna satisfacción. Ni el tiempo ni la intimidad modificaron las cosas; éramos una suerte de monstruosos novios, cuya sortija de matrimonio era la enfermedad que también es circular como un anillo. Yo sabía que jamás recibiría un buen regalo, ni cobraría mis honorarios. La señora de Berlusea, a quien jamás cobré un céntimo por mis atenciones de médico, me regaló un tintero importantísimo de bronce con un Mercurio en la tapa, un cortapapel de marfil con figuras chinas y un reloj de pie que tengo en mi consultorio. El señor Remigio Álvarez, a quien tampoco cobré un céntimo, me regaló un juego de fuentes y un centro de mesa de plata en forma de cisne. Todos mis pacientes mal que mal me pagaron en alguna forma. De ella qué puedo esperar sino un amor de virgen que me abruma, que me persigue. Subrepticamente me encontré metido en una trampa. No quise verla más, pero le di mi retrato por compasión. Le ordené que lo colocara frente a su cama: tal vez debido a las miradas que le prodigué desde ese marco día y noche comencé a imaginarla involuntariamente durante todas las horas del día: cuando se acostaba, cuando se levantaba, cuando se vestía, cuando recibía la visita de alguna amiga, cuando acariciaba al gato que saltaba sobre su cama. Fue una suerte de castigo cuyas consecuencias todavía estoy pagando. Esa mujer, que ahora tiene apenas veinte años, que no me atraía de ningún modo, día y noche perseguía y persigue mi pensamiento. Como si yo estuviese dentro del retrato, como si yo mismo fuera el retrato, veo las escenas que se desarrollan dentro de esa habitación. No le mentí al decirle que conocía su organismo como al reloj que llevo en el bolsillo. A la hora del desayuno oigo hasta los sorbos del café que toma, el ruido de la cucharita golpeteando el fondo de la taza para deshacer los terrones de azúcar. En la penumbra de la habitación veo los zapatos que se quita a la hora de la siesta para colocar los pies desnudos y alargados sobre la colcha floreada de la cama. Oigo el baño que se llena de agua en el cuarto contiguo, oigo sus abluciones y la veo en el vaho del cuarto de baño envuelta en la toalla felpuda con un hombro al aire, secarse las axilas, los brazos, las rodillas y el cuello. Aspiro el olor a jabón que aspiré en su pecho el primer día que la vi en mi consultorio, ese olor que en los primeros momentos me pareció afrodisíaco y después una mezcla intolerable de polvo de talco y sémola. Cuando dejé de verla, y fue difícilísimo lograrlo, pues no escatimó ningún subterfugio para seguir viéndome, comenzó a llamar por teléfono y a mandarme regalos. ¡Si a eso puede uno llamar regalos! Las chucherías pulularon sobre mi mesa. A veces tenían gracia, no digo que no,

pero eran poco prácticas y yo las guardaba para reírme o las regalaba a alguno de mis amigos. La mayoría de las veces escondía esos objetos heterogéneos en cajones relegados al olvido, pues nunca acertó en mandarme algo que realmente me agradara. Cuando vio que los regalitos no surtían efecto empezó a mandarme cartas con los niños del barrio. Por el color de los sobres reconocí en seguida de dónde provenían y a veces los dejaba sin abrir sobre mi mesa. En estos últimos tiempos usó un papel violeta repugnante que coincide con los acentos más patéticos. Escribió que estaba de luto y que el violeta era el color que expresaba mejor su estado de ánimo. A veces pensé que convendría hacerle un narcoanálisis, tal vez se liberaría de la obsesión que tiene conmigo; es natural que no se prestaría a ello ni siquiera por amor. Creí alejarla con un retrato y sucedió lo contrario: se acercó más íntimamente a mí. Iré caminando. Le daré tiempo para morir. Oigo sus quejidos, el maullido del gato, las gotas que caen del grifo dentro del baño vecino. Camino, voy hacia ella dentro de mi retrato maldito.

Voz en el teléfono

No, no me invites a casa de tus sobrinos. Las fiestas infantiles me entristecen. Te parecerá una macana. Ayer te enojaste porque no quise encender tu cigarrillo. Todo está relacionado. ¿Que estoy loco? Tal vez. Ya que nunca puedo verte, terminaré por explicar las cosas por teléfono. ¿Qué cosas? La historia de los fósforos. Detesto el teléfono. Sí. Ya sé que te encanta, pero a mí me hubiera gustado contarte todo en el auto, o saliendo del cine, o en la confitería. Tengo que remontarme a los días de mi infancia.

—Fernando, si jugás con fósforos, vas a quemar la casa —me decía mamá, o bien—: Toda la casa va a quedar reducida a un montoncito de cenizas —o bien—: Volaremos como fuegos de artificio.

¿Te parece natural? A mí también, pero todo eso me inducía a tocar fósforos, a acariciarlos, a tratar de encenderlos, a vivir por ellos. ¿Te sucedía lo mismo con las gomas de borrar? Pero no te prohibían tocarlas. Las gomas de borrar no queman. ¿Las comías? Ésa es otra cosa. Los recuerdos de mis cuatro años tiemblan como iluminados por fósforos. La casa donde pasé mi infancia, ya te dije que era enorme: se componía de cinco dormitorios, dos vestíbulos, dos salas con el cielo raso pintado, con nubes y angelitos. ¿Te parece que vivía como un rey? No creas. Siempre había líos entre los sirvientes.

Se habían dividido en dos bandos: los partidarios de mi madre y los partidarios de Nicolás Simonetti. ¿Quién era? Nicolás Simonetti era el cocinero: yo lo quería con locura. Me amenazaba, en broma, con un enorme cuchillo lustroso, me daba trocitos de carne y hojitas de lechuga para que me entretuviera, me daba caramelo que derramaba sobre el mármol. Él contribuyó tanto como mi madre a despertar mi pasión por los fósforos, que encendía para que yo los apagara soplando. Debido a los partidarios de mi madre, que eran infatigables, la comida nunca estaba lista, ni rica, ni a punto. Siempre había una mano que interceptaba los platos, que los dejaba enfriar, que agregaba talco a los tallarines, que espolvoreaba los huevos con ceniza. Todo esto culminó con la aparición de un pelo larguísimo en un budín de arroz.

—Este pelo es de Juanita —dijo mi padre.

—No —dijo mi tía—, no quiero «echar pelos en la leche», para mi gusto, es de Luisa.

Mi madre, que tenía mucho amor propio, se levantó de la mesa en medio de la comida y tomando de la punta de los dedos el pelo, lo llevó a la cocina. La cara absorta del cocinero que vio, en lugar de un pelo, una hebra de hilo negro, irritó a mi madre. No sé qué frase sarcástica o

hiriente hizo que Nicolás Simonetti se quitara el delantal que amasó como un bollo para tirarlo y anunciar que dejaba la casa. Yo lo seguí al cuarto de baño donde se vestía y se desvestía diariamente. Aquella vez, él que era tan atento conmigo, se vistió sin mirarme. Se peinó con un poquito de grasa que le quedaba en las manos. Nunca vi manos tan parecidas a peines. Luego, con dignidad juntó, en la cocina, los moldes, los cuchillos enormes, las espátulas y las metió en una valijita que siempre traía y se dirigió a la puerta con el sombrero puesto. Para que se dignara mirarme le di un puntapié en la pierna; entonces puso su mano, que olía a manteca, sobre mi cabeza y dijo:

—Adiós, pibe. Ahora muchos apreciarán las comidas de Nicolás. Que se chupen los dedos.

¿Te hace gracia? Sigo enumerando: dos escritorios. ¿Para qué tantos? Yo también me lo pregunto. Nadie escribía. Ocho corredores, tres cuartos de baño (uno con dos lavatorios). ¿Por qué dos? Se lavarían a cuatro manos. Dos cocinas (una económica y una eléctrica), dos cuartos para lavar y planchar la ropa (uno de ellos decía mi padre que estaba destinado a arrugarla), una antecocina, un antecomedor, cinco cuartos de servicio, un cuarto para los baúles. ¿Viajábamos mucho? No. Esos baúles se utilizaban para distintas cosas. Otro cuarto para los armarios, otro para los cachivaches donde dormía el perro y mi caballo de madera montado en un triciclo. ¿Si existe esa casa? Existe en mi recuerdo. Los objetos son como esos mojones que indican los kilómetros recorridos: la casa tenía tantos que mi memoria está cubierta de números. Podría decir en qué año comí la primera manzana o mordí la oreja del perro, o bien oriné en la dulcera. ¡Te parece que soy un cochino! Las alfombras, las arañas y las vitrinas de la casa me gustaban más que los juguetes. Para el día de mi cumpleaños mi madre organizó una fiesta. Invitó a veinte varones y veinte mujeres para que me trajeran regalos. Mi madre era previsora. ¡Tenés razón, era un amor! Para el día de la fiesta los sirvientes sacaron las alfombras, los objetos de las vitrinas que mi madre reemplazó por caballitos de cartón con sorpresas y automovilitos de material plástico, matracas, cornetas y flautines, dedicados a los varones; pulseras, anillos, monederos y corazoncitos a las mujeres. En el centro de la mesa del comedor colocaron la torta con cuatro velitas, los sándwiches, el chocolate servido. Algunos niños llegaron (no todos con regalos) con sus niñeras, otros con sus madres, otros con una tía o una abuela. Las madres, tías o abuelas se sentaron en un rincón para conversar. Yo las escuchaba de pie, soplando en una corneta que no sonaba.

—Qué bonita estás, Boquita —dijo mi madre a la madre de una de mis amigas—. ¿Venís del campo?

—Es la época en que uno quiere quemarse y es un monstruo —respondió Boquita.

Yo creí que se refería a los fósforos y no al sol. ¿Si me gustaba? ¿Qué cosa? ¿Boquita? No. Era horrible, con su boca diminuta, sin labios, pero mi madre aseguraba que nunca había que decir bonita a las bonitas, sino a las feas porque era más amable; que la belleza está en el alma y no en la cara; que Boquita era un esperpento, pero que «tenía algo». Además mi madre no

mentía: siempre se arreglaba para pronunciar las palabras de un modo equívoco, como si se le enredara la lengua, y así lograba decir «qué loquita estás, Boquita»; lo que también podía interpretarse como una alabanza a la fuerte personalidad de su amiga. Hablaron de política, de sombreros y de vestidos, hablaron de problemas económicos, de personas que no habían ido a la fiesta: lo advierto ahora recopilando las palabras que les oí decir. Después de la distribución de globos y de la representación de títeres (donde Caperucita Roja me aterró como el lobo a la abuela, donde la Bella me pareció horrorosa como la Bestia), después de apagar las velas de mi torta de cumpleaños, seguí a mi madre a la salita más íntima de la casa, donde se encerró con sus amigas, entre los almohadones bordados. Conseguí esconderme detrás de un sillón, pisotear el sombrero de una señora, sentado en cuclillas, apoyado contra la pared, para no perder el equilibrio. Ya sé que soy un bruto. Las señoras reían tanto que apenas comprendía yo las palabras que pronunciaban. Hablaban de corpiños, y una de ellas se desabotonó la blusa hasta la cintura para mostrar el que llevaba puesto: era transparente como una media de Navidad, pensé que tendría algún juguete y sentí deseos de meter la mano adentro. Hablaron de medidas: resultó que se trataba de un juego. Por turno se pusieron de pie. Elvira, que parecía una nena enorme, misteriosamente sacó de su cartera un centímetro.

—Siempre llevo en mi cartera una lima y un centímetro, por las dudas —dijo.

—Qué loca —exclamó Boquita estrepitosamente—, parecés una modista.

Se midieron la cintura, el pecho y las caderas.

—Te apuesto a que tengo cincuenta y ocho de cintura.

—Y yo te apuesto a que tengo menos.

Las voces resonaban como en un teatro.

—Quisiera ganar con las caderas —decía una.

—Yo me contento con la pechera —dijo otra—. A los hombres les interesa más el pecho, ¿no ves dónde miran?

—Si no me miran en los ojos no siento nada —dijo otra, con un suntuoso collar de perlas.

—No se trata de lo que sentís, sino de lo que ellos sienten —dijo la voz agresiva de una que no era madre de nadie.

—A mí me importa un bleo —respondió la otra, encogiéndose de hombros.

—Yo, no —dijo la Rosca Pérez, que era preciosa, cuando le tocó el turno de medirse; tropezó contra el sillón donde yo estaba escondido.

—Gané —dijo Chinche, que era puntiaguda como un alfiler de cabeza chica y que hacía sonar las nueve esclavas de oro que llevaba en el brazo.

—Cincuenta y uno —exclamó Elvira, examinando el centímetro que rodeaba la cintura diminuta de Chinche.

¿Que no podía tener cincuenta y un centímetros, a menos de ser una avispa? Pues entonces era una avispa. ¿Se puede hundiendo la barriga como un yogui? Yogui no era, pero encantadora de

serpientes, sí. Fascinaba a las mujeres perversas. A mi madre, no. Mi madre era un pan de Dios. Le tenía lástima. Cuando le hablaban mal de Chinche contestaba:

—Macana frita.

Cualquier día. Nunca le oí decir a un malevo «macana frita». Sería algo muy personal. Era muy ella misma. Seguiré contando. En ese momento sonó el teléfono que estaba colocado junto a uno de los sillones; Chinche y Elvira, repartiéndoselo, lo atendieron; luego, tapando el teléfono con un almohadón, dijeron a mi madre:

—Es para vos, che.

Las otras se codearon y Rosca tomó el teléfono para oír la voz.

—Apuesto a que es el barbudo —dijo una de las señoras.

—Apuesto a que es el duende —dijo otra, mordiendo sus collares.

Entonces comenzó un diálogo telefónico en que todas intervinieron pasándose el teléfono por turno. Olvidé que estaba escondido y me puse de pie para ver mejor el entusiasmo, con tintineo de pulseras y collares, de las señoras. Mi madre al verme cambió de voz y de rostro: como frente al espejo se alisó el pelo y se acomodó las medias; apagó con ahínco el cigarrillo en el cenicero, retorciéndolo dos o tres veces. Me tomó de la mano y yo, aprovechando su turbación, robé los fósforos largos y lujosos que estaban sobre la mesa, junto a los vasos de whisky. Salimos del cuarto.

—Tenés que atender a tus invitados —dijo mi madre con severidad—. Yo atiende a los míos.

Me dejó en la sala dismantelada, sin alfombra, sin los objetos habituales de las vitrinas, sin los muebles más valiosos, con los caballitos de cartón vacíos, con las cornetas y flautines en el suelo, con los automovilitos todos con dueños que eran impostores para mí. Cada uno de los niños tenía ya un globo que abrazaba, que estrujaba con audacia. Sobre el piano enfundado alguien había colocado los regalos que los amigos me habían traído. ¿Pobre piano? ¡Por qué no decís, más bien, pobre Fernando! Advertí que faltaban algunos regalos, pues yo atentamente los había contado y examinado en el momento de recibirlos. Pensé que estarían en otro lugar de la casa y ahí empezó mi peregrinación por los corredores que me llevaron al tacho de basura donde desenterré unas cajas de cartón y papeles de diario que triunfalmente llevé a la sala dismantelada. Descubrí que algunos de los niños habían aprovechado de mi ausencia para apoderarse de nuevo de los regalos que me habían traído. ¿Vivos? Sinvergüenzas. Después de muchas vacilaciones, muchas dificultades para entrar en relación con los niños nos sentamos en el suelo para jugar con los fósforos. Pasó una niñera y dijo a su compañera:

—Hay adornos muy finos en esta casa: hay cada florero que si se te cae en un pie te lo aplasta —y mirándonos como si hablaran del mismo florero, agregó—: Cada uno cuando está solo es un diablo, pero acompañado se te vuelve un Niño Dios.

Hicimos construcciones, planos, casas, puentes con los fósforos, les doblamos las puntas, durante un largo rato. No fue sino después, cuando llegó Cacho con los anteojos puestos y una

billetera en el bolsillo que tratamos de encender los fósforos. Primero quisimos encenderlos en la suela de los zapatos, después en la piedra de la chimenea. A la primera chispa nos quemamos los dedos. Cacho era muy sabio y dijo que sabía no sólo preparar, sino encender una fogata. Él tuvo la idea de cercar la antecocina, donde estaba su niñera, con fuego. Yo protesté. No teníamos que desperdiciar fósforos en niñeras. Esos fósforos lujosos estaban destinados para la salita íntima donde los había encontrado. Eran los fósforos de nuestras madres. En puntas de pie nos acercamos a la puerta del cuarto donde se oían las voces y las risas. Yo fui el que cerré la puerta con llave, yo fui el que saqué la llave y la guardé en el bolsillo. Apilamos los papeles en que venían envueltos los regalos, las cajas de cartón con paja; algunos diarios que habían quedado sobre una mesa, las basuras que había juntado, unos leños de la chimenea, donde nos sentamos un rato para mirar la futura hoguera. Oímos la voz de Margarita, su risa que no he olvidado, diciendo:

—Nos encerraron con llave.

Y la respuesta de no sé quién:

—Mejor, así nos dejan tranquilas.

Al principio el fuego chisporroteaba apenas, luego estalló, creció como un gigante, con lengua de gigante. Lamía el mueble más valioso de la casa, un mueble chino con muchos cajoncitos, decorado con millones de figuras que atravesaban puentes, que se asomaban a las puertas, que paseaban en la orilla de un río. Millones y millones de pesos le habían ofrecido a mi madre por ese mueble, y nunca lo quiso vender a ningún precio. ¡Te parece, una lástima! Mejor hubiera sido venderlo. Retrocedimos hasta la puerta de entrada donde acudieron las niñeras. Retumbaron las voces pidiendo auxilio en la larga escalera de servicio. El portero, que estaba conversando en la esquina, no llegó a tiempo para hacer funcionar el extinguidor de incendios. Nos hicieron bajar a la plaza. Agrupados debajo de un árbol vimos la casa en llamas, y la inútil llegada de los bomberos. ¿Ahora comprendés por qué no quise encender tu cigarrillo? ¿Por qué me impresionan tanto los fósforos? ¿No sabías que era tan sensible? Naturalmente, las señoras se asomaron a la ventana, pero estábamos tan interesados en el incendio que apenas las vimos. La última visión que tengo de mi madre es de su cara inclinada hacia abajo, apoyada sobre un balaustre del balcón. ¿Y el mueble chino? El mueble chino se salvó del incendio, felizmente. Algunas figuritas se estropearon: una de una señora que llevaba un niño en los brazos y que se asemejaba un poco a mi madre y a mí.

El castigo

Estábamos frente a un espejo que reflejaba nuestros rostros y las flores del cuarto.

—¿Qué te pasa? —le pregunté. Estaba pálida—. ¿Me ocultas algo?

—No te oculto nada. Ese espejo me recuerda mi desventura: somos dos y no una sola persona —dijo, tapándose la cara—. Al verte tan severo, me siento culpable. Todo me parece una infidelidad. Tengo veinte años. ¿Para qué me sirven? Por miedo de perderme no quieres que mire, ni que pruebe nada, no quieres que viva. Quieres que sea tuya definitivamente, como un objeto inanimado. Si te hiciera el gusto, terminaría por volver al punto inicial de mi vida o por morir, o tal vez por volverme loca —me dijo—. ¿No te da miedo?

—Me ocultas algo —insistí—. No trates de distraerme con lamentos.

—Si crees que te oculto algo, me remontaré a mis veinte años —me dijo— y te contaré toda mi vida. Haré un resumen.

—¿Como si no conociera tu vida! —le respondí.

—No la conoces. Déjame recostar mi cabeza sobre tus rodillas, porque tengo sueño.

Me acomodé en el sofá y dejé que se apoyara cómodamente sobre mí, meciéndola como a un recién nacido.

—El único pecado que existía para mí era la infidelidad. Mas ¿cómo ser fiel sin morir para el resto del mundo y para uno mismo? En un cuarto, con flores pintadas en la pared, Sergio me tuvo, desnuda, entre sus brazos. Sospeché que lo había engañado y quiso matarme. No lo había engañado, pues en mis infidelidades, si las había, lo buscaba a él.

—¿Por qué me nombras como si hablaras de otra persona?

—Porque Sergio era otra persona. Conocí el amor perfecto durante tres años. Todo nos unía: teníamos los mismos gustos, el mismo carácter, la misma sensibilidad. Me dominaba: me devoró como un tigre devora un cordero. Me quería como si me tuviese en sus entrañas, y yo lo quería como si hubiera salido de ellas. Al cabo de tres años de dicha y también de tormento, paulatinamente, y de un modo cada día más sentimental y pudoroso, aprendimos a no saber siquiera besarnos. La vergüenza, como un vestido demasiado abrigado y con demasiados broches y cintas, cubría mi cuerpo. No quise verlo más. Tuve asco de sus besos. Me escribió una carta proponiéndome cosas obscenas. Tiré la carta al fuego. «¿Qué contenido tendrá esta carta?», pensé al mirar el sobre, llena de esperanzas. Lo tuve un rato en mis manos antes de abrirlo.

»Nos dimos cita en una iglesia; apenas nos miramos. Después, furtivamente, en una plaza.

Viví un tiempo rodeada por una suerte de bruma inquietante, pero venturosa.

»Encontré a Sergio unos meses después en un teatro.

—No me nombres como si no me conocieras. Soy capaz de estrangularte —le dije. Ella prosiguió como si no me hubiera oído:

—¡Qué hermoso es un desconocido! Me conmoví al ver aquellos ojos que me miraban por primera vez. Temblé de emoción, como quien ve el principio de la primavera en una sola hoja imperceptible, cuando todo el resto de un jardín ha quedado sumido en el invierno, o como quien ve un precipicio, entre montañas azules y arbustos con flores deslumbrantes y lejanas. ¡Vértigo, sólo vértigo sentí! Seguramente, nos habíamos conocido en otra reencarnación: no nos saludamos y sin embargo me pareció natural. «Quisiera conocerlo en esta vida», pensé con vehemencia. Rápidamente Sergio entró en mi olvido.

—Te prohíbo jugar con nuestro amor —le dije, tratando de llamar su atención; no me escuchó.

—Fui feliz, con esa felicidad que da la expectativa. Bailaba frente al espejo. Tocaba el piano maravillosamente bien, por lo menos así lo creía yo. Esperaba, ¿qué? No sé. Un novio probablemente. Estaba cansada ya de estudiar. Ni la timidez me salvaba del tedio, de la nerviosidad de los exámenes. Mi profesora de filosofía fue mi mejor amiga. Le llevaba ramos de rosas, o frutas que traía del campo. Ella me invitaba a tomar té en su casa. Dejó de ser mi amiga. Me trató con desdén o con indiferencia.

»«Llévale un ramo de flores a tu maestra; si no tienes atenciones con ella, nunca te demostrará su simpatía», me dijo un día mi madre.

»«¿Hay que comprar la simpatía?»

»«¿Quién te enseñó esa palabra tan vulgar?», me dijo.

»«¿Cuál?», interrogué con evidente mala fe.

»«Comprar. Se compra fruta, alimentos, vestidos, ¡qué sé yo!, pero no sentimientos humanos», me respondió orgullosamente.

»«Todo se compra con o sin dinero», le dije.

»No sé por qué recuerdo con tanta precisión ese diálogo. Los días empezaron a ser muy largos, muy anchos, muy profundos. Había tiempo para todo, principalmente para olvidar. Tardé mucho en no saber bailar, ni tocar el piano. Mi cuerpo perdió el equilibrio; cuando trataba de ponerme de puntillas, vacilaba; los dedos de mi mano perdieron agilidad, se pegaban a las notas cuando recorrían escalas. Me sentí humillada. Intenté suicidarme una noche de invierno, desnuda, junto a la ventana abierta, sin moverme, tiritando de frío, hasta el alba; después, con un hipnótico, que conseguí de contrabando, en la farmacia; después, con un revólver, que descubrí en el cuarto de mi padre. Todo fracasó por culpa de mi indecisión, por culpa de mi nerviosidad, por culpa de mi buena salud, pero no por mi amor a la vida. Alicia me decepcionó con sus traiciones, con sus mentiras. Resolví no verla más y, antes de despedirme de ella, contar sus pecados en el seno de su familia, algún día que estuvieran todos reunidos, frente a esos cuadros místicos que estaban

tan bien iluminados, en la casa. Alicia y yo nos hacíamos confidencias. Era mi mejor amiga. Dormíamos juntas en verano, debajo de los mosquiteros que velaban nuestras caras. Nos enamorábamos siempre del mismo muchacho, que siempre me amaba a mí. Alicia creía que era de ella de quien se enamoraban. Nos aborrecimos sin aparente razón. Reíamos de todo y por todo: de la muerte, del amor, de la desventura y de la dicha. No sabíamos lo que nos gustaba, y aquello que más nos divertía, a veces resultaba tedioso y absurdo.

»“Estas mocosas se creen grandes —decía mi madre, o mi tía o alguien de la servidumbre—, les hace falta una buena paliza.”

»Leíamos libros pornográficos, que escondíamos debajo del colchón, fumábamos, íbamos al cinematógrafo en vez de estudiar.

»En la pileta municipal, todas las mañanas, nadábamos y conseguimos premios en cuatro o cinco concursos. Nadábamos también en el río, cuando nos invitaban a pasar el día en el Tigre, en algún recreo; o en el mar, aquel verano que nos alojamos en una casa, que alquiló mi tía, en Los Acantilados. ¡Vi por primera vez el mar! Allí aprendimos a flotar sobre el agua, con dificultad, porque teníamos miedo. Fuimos olvidando la natación. ¡Ah, cómo nos hundíamos en el agua! Un día casi nos ahogamos abrazadas, tratando de salvarnos o de hundirnos mutuamente.

»“Vas a ahogarte —me prevenía mi madre—. Cuando aprendas a nadar, perderás el miedo, y podrás ganar concursos.”

Atesoraba en mi armario tarjetas postales que recibía de Claudina. No dormía pensando en ir al colegio: vergüenza de los niños, temor a los mayores, curiosidad por los suplicios sexuales, todo me torturaba.

»Pasamos días y días de dicha en un jardín enorme, con dos esfinges de piedra que cuidaban la entrada del portón. Por las tardes bajábamos al río, a pasear. Del camino que nos conducía al Club Náutico, se divisaba la iglesia de San Isidro, donde me llevaban a misa los domingos. Fui mística, devota de la Virgen de Luján. En lugar de llevar en mi brazo una pulsera, llevaba un rosario. Claudina se fue a Europa. Comprábamos huevos frescos, en una casita escondida debajo de una gigantesca enredadera. A veces me permitían ir en bicicleta, con Claudina o sola. En una de mis incursiones, un hombre miró mis senos nacientes y me dijo obscenidades. Me asusté y se lo comuniqué a Claudina. No me habituaba a tener senos. Transcurrió el tiempo y la bicicleta fue altísima para mí. Me faltaba equilibrio para manejarla.

»“Miedosa”, me decía el jardinero, mirando mis rodillas y moviendo los bigotes.

»La cicatriz que tengo en la frente se debe a un golpe, que me di contra un poste bajando la barranca.

»Hice la primera comunión. Soñaba con mi vestido blanco. Yo tenía el cuerpo derecho; sin caderas, sin pechos, sin cintura, como un varón. Nos llevaron a la casa del fotógrafo, a Claudina y a mí, cubiertas de tules blancos, de libros de misa y de malos pensamientos. Conservo las fotografías.

»Recuerdo el día en que la bicicleta nueva, embalada, llegó a casa. Después, el día en que mi madre me la prometió en recompensa por las buenas notas que obtuve en el colegio.

»“¡Andar en triciclo me aburre! ¡Cuándo tendré una bicicleta!”, decía mi voz.

»Yo giraba y giraba alrededor de los muebles de la casa, en triciclo, pensando en aquella bicicleta. Estábamos en la ciudad.

»Con la cabeza rapada, como varón, me trepaba a los árboles. Convalecía con dificultad, pues mi madre no lograba que yo me quedara quieta. Tres médicos rodearon mi cama. Oí que hablaban de fiebre tífus. Temblaba en la cama y bebía agua y naranjada, continuamente. Mi madre se asustó: los ojos le brillaban como piedras preciosas.

»“Hay que llamar a un médico.”

»Esa misma mañana dijo:

»“Mi hija no tiene nada. Tiene una salud de fierro”, y me mandó al colegio con la niñera.

»Bebía agua de un pantano, donde se acumulaba la basura, el día que conocí a Claudina. Nadie habló de mi travesura.

»No sabía ya andar en triciclo. Los pedales me lastimaban las piernas.

»Hicimos un viaje a Francia: el mar, que vi por última vez, me fascinó. Y después, durante mucho tiempo, pregunté a mi madre:

»“¿Cómo será Francia? ¿Cómo será el mar?”

»Fingía leer el diario, como las personas mayores, sentada en una silla. Rosa, Magdalena y Ercilia eran mis amigas. Teníamos la misma edad, pero yo era más precoz. Reconocía cualquier música. En los columpios de Palermo, me mecía sin temor y subía al tobogán más alto, sin vacilar. Luego, poco a poco, no me dejaron subir sino al tobogán más bajo, porque el otro era peligroso. Peligro, peligro, ¿dónde estaba el peligro? Trataron de enseñármelo: en los cuchillos, en los alfileres, en los vidrios rotos, en los tomacorrientes, en la altura. No me dejaron comer chocolate, ni helados, ni subir a la calesita, sola.

»“¿Por qué no puedo comer chocolate?”, interrogaba yo.

»“Porque es indigesto”, me contestaban.

Adoré a mi madre: lloraba cuando no volvía temprano de la calle. Mis amigas me quitaban los juguetes.

»Alguien me asustó una noche, con un mono de trapo, y me regalaron al día siguiente el mismo mono, que no me gustó. Las personas me daban miedo o alegría. No supe escribir sino con letras de goma: rosa, casa, mamá. Los días se alargaban más y más. Cada día atesoraba pequeñas albas, pequeñas tardes, pequeñas noches, que se repetían al infinito. Lloraba en cuanto veía un perro o un gato que no fuera de juguete. No reconocía las letras: ni la o, ni la a, que eran tan fáciles; no reconocía los números, ni el cero que era como un huevo, ni el uno que era como un soldadito. Comencé a probar el gusto de algunas frutas, de algunas sopas; luego, el gusto dulce de la leche. Ésta es mi vida —me dijo, cerrando los ojos—. Recordar el pasado me mata.

—¿Te burlas de mí? —le pregunté.

No me respondió y apretó los labios: jamás volvió a abrirlos para decirme que me amaba. No pude llorar. Como si la contemplara desde la cima de una montaña, la miré, lejana, indefensa, inexpugnable. Su locura era mi único rival. La abracé por última vez y fue como una violación. Durante el relato, el tiempo, para mí, había transcurrido a la inversa: para ella, veinte años menos, significaron para mí veinte años más. Eché una mirada al espejo, esperando que reflejara seres menos afligidos, menos dementes que nosotros. Vi que mi pelo se había vuelto blanco.

La oración

Laura estaba en la iglesia, rezando:

Dios mío, ¿no recompensarás la buena acción de tu sierva? Comprendo que a veces no fui buena. Soy impaciente o mentirosa. Carezco de caridad, pero siempre trato de lograr tu perdón. ¿No he pasado horas arrodillada sobre el piso de mi cuarto, frente a la imagen de una de tus vírgenes? Este niño horrible que he escondido en mi casa, para salvarlo de la gente que quería lincharlo, ¿no me traerá satisfacción alguna? No tengo hijos, soy huérfana, no estoy enamorada de mi marido, bien lo sabes. No te lo oculto. Mis padres me llevaron al casamiento como se lleva a una niña al colegio o al médico. Yo les obedecí, porque creí que todo iba a andar bien. No te lo oculto: el amor no se manda, y si tú mismo me dieras la orden de amar a mi marido, no podría obedecerte, si no me inspiras el amor que necesito. Cuando él me abraza, quiero huir, esconderme en un bosque (siempre imagino, desde la infancia, un bosque enorme, con nieve, donde me escondo, en mi desdicha); él me dice:

—Qué fría estás... como de mármol.

Me agrada más el boletero feo que a veces me regala plateas para que vaya al cinematógrafo con mi hermanita, o el vendedor, un poco repugnante, de la zapatería, que acaricia mi pie, entre sus piernas, cuando me prueba zapatos, o el albañil rubio de la esquina de 9 de Julio y Corrientes, junto a la casa donde vive mi alumna predilecta, ese que me gusta, el de ojos negros, el que come pan, cebolla y uvas con carne en el suelo; el que me pregunta:

—¿Usted es casada? —y sin esperar mi respuesta dice—: qué lástima.

El que me hizo pasar entre los andamios para ver el departamento que iba a ocupar una pareja de recién casados.

Visité cuatro veces el piso que estaba en construcción. La primera vez fui de mañana; estaban poniendo ladrillos en una pared medianera. Me senté sobre maderas apiladas. ¡Era la casa de mis sueños! El albañil (que se llama Anselmo) me llevó a la parte más alta de la casa, para que viera la vista. Sabes que tu sierva no quiso demorarse en la casa en construcción hasta tan tarde y que al torcerse el tobillo tuvo que quedarse, disgustada, un rato largo entre hombres, esperando que el dolor pasara. La segunda vez llegué por la tarde. Estaban colocando vidrios y fui a buscar el monedero que había olvidado. Anselmo quiso que viera la terraza. Eran las seis de la tarde cuando bajamos y todos los otros obreros se habían retirado. Al pasar junto a una pared me ensució un brazo y la mejilla con cal. Anselmo con su pañuelo y sin pedirme permiso me sacó las

manchas. Vi que sus ojos eran azules y su boca muy rosada. Lo miré, tal vez demasiado, pues me dijo:

—¡Qué ojos tiene!

Bajamos de la mano entre los andamios. Me dijo que volviera a las ocho de la noche del día siguiente, que uno de sus camaradas tocaría el acordeón y que la mujer de otro traería vino. Sabes, Dios mío, que haciendo un gran sacrificio fui por no ofenderlo. El camarada de Anselmo tocaba el acordeón cuando llegué. A la luz de una linterna se agruparon los otros alrededor de unas botellas. La mujer trajo en una canasta vasos para que bebiéramos, y bebimos. Me retiré antes que terminara la fiesta.

Anselmo me condujo con una linterna hasta la salida. Quiso acompañarme unas cuadas. No lo dejé.

—¿Volverá? —me dijo al despedirse—. Todavía no vio los mosaicos.

—¿Qué mosaicos? —pregunté riendo.

—Los del baño —contestó como besándome—. Vuelva, mañana vienen ellos.

—¿Quiénes?

—Los novios. Podemos espiarlos.

—No acostumbro espiar.

—Le mostraré un aviso luminoso, unos zapatos con alas. ¿No los vio nunca?

—Nunca.

—Se lo mostraré mañana.

—Bueno.

—¿Vendrá?

—Sí —contesté y me fui.

La tercera vez no había nadie en el edificio. Detrás de un cerco de madera, ardía un fuego; sobre unas piedras había una olla.

—Esta noche reemplazo al sereno —me dijo al verme llegar.

—¿Y la pareja?

—La pareja se fue. ¿Subimos a ver el letrero luminoso? —me dijo.

—Bueno —contesté, disimulando mi nerviosidad.

Dios mío, no sabía lo que me esperaba en aquel séptimo piso. Subimos. Creí que mi corazón latía porque subía tantos pisos y no porque estaba sola en ese edificio con ese hombre. Cuando llegamos arriba, desde la terraza, vi con alegría el aviso luminoso. Los zapatos iluminados con alas revoloteaban en el aire. Tuve miedo. Faltaba la baranda y retrocedí hasta el dormitorio. Anselmo me tomó de la cintura.

—No se caiga —dijo, y agregó—: Aquí van a poner la cama. Lindo casarse, ¿no?, y tener un nido.

Al decir estas palabras se sentó en el suelo junto a una valijita y un atado de ropa.

—¿Quiere ver unas fotografías? Siéntese.

Colocó un diario en el suelo para que me sentara. Me senté. Abrió la valijita y de su interior, Dios mío, sacó un sobre y del sobre unas fotografías.

—Ésta era mi madre —dijo acercándose a mí—. Ves qué bonita era —comenzó a tutearme—. Y ésta es mi hermana —dijo soplando sobre mi cara.

Me acorraló y empezó a abrazarme sin dejarme respirar. Dios mío, sabes que intenté desasirme inútilmente de sus brazos. Sabes que fingí estar lastimada para hacerlo entrar en razón. Sabes que me alejé llorando. Yo no te escondo nada. Con el vestido roto llegué a mi casa, y a pesar de todo volví a verlo al día siguiente porque fui a buscar el monedero que siempre pierdo en alguna parte. Yo no te escondo nada. Comprendo que no soy virtuosa, pero ¿conoces a muchas mujeres virtuosas? No soy de esas que usan pantalones muy ajustados y la mitad del pecho afuera cuando van al río los domingos. Es claro que mi marido se opondría a esas cosas, pero a veces podría aprovecharme de su distracción para hacerlas. No tengo la culpa si me miran los hombres: me miran como a una chiquilina. Soy joven, es cierto, pero lo que les gusta no es eso. A Rosaura y a Clara ni las miran cuando van por la calle: no ligan ni un solo piropo durante las vacaciones, estoy segura. Ni siquiera indecencias, que son tan fáciles de conseguir. Soy buena moza, ¿acaso es un pecado? Peor es estar amargada. Desde que me casé con Alberto, vivo en esa calle oscura de Avellaneda. Sabes muy bien que no está pavimentada y que de noche me tuerzo los tobillos para llegar a casa, cuando llevo tacos muy altos. Los días de lluvia calzo botas de goma, que ya se han roto, y un impermeable que parece una bolsa, para ir a mi trabajo. Es claro que las bolsas están de moda ahora. Soy maestra de piano y hubiera sido una gran pianista si no fuera por mi marido, que se ha opuesto, y por mi carencia de vanidad. A veces, cuando invitamos gente a casa, insiste para que toque tangos o *jazz*. Humillada, me siento al piano y le obedezco con desgano, porque sé que le agrada a él. Mi vida no tiene halagos. Todos los días, salvo los de fiesta y los sábados, recorro la calle España, a la misma hora, para llegar a la casa de una de mis discípulas. En un trecho de camino de tierra, solitario, con zanjones, donde tantas veces pensé en ti, hará ya veinte días (que me parecen eternos), vi a cinco niños, jugando. Distraídamente los vi en el barro, en el borde del zanjón, como si se tratara de niños irreales. Dos de ellos reñían: uno le había arrancado al otro un barrilete amarillo y celeste, que apretaba contra su pecho. El otro lo tomó del cuello (lo hizo rodar por la zanja) y le metió la cabeza en el agua. Se debatieron un rato: uno por hundir la cabeza al otro, el otro por sacarla. Algunas burbujas aparecieron en el agua barrosa, como cuando sumergimos una botella vacía y hace glu glu glu. Sin soltar la cabeza, el niño seguía aferrado a su presa, que ya no tenía fuerza para defenderse. Los compañeros de juego aplaudían. Los minutos parecen a veces muy largos o muy cortos. Yo miraba la escena, como en el cinematógrafo, sin pensar que hubiera podido intervenir. Cuando el niño soltó la cabeza de su adversario, éste se hundió en el barro silencioso. Hubo entonces una desbandada. Los niños huyeron. Comprendí que había asistido a un crimen, a un crimen en medio de esos juegos que

parecían inocentes. Corriendo, los niños llegaron a sus casas y anunciaron que Amancio Aráoz había sido asesinado por Claudio Herrera. Saqué del zanjón a Amancio. Fue entonces cuando las mujeres y los hombres del barrio, armados de palos y fierros, quisieron linchar a Claudio Herrera. La madre de Claudio, que me quería mucho, me pidió llorando que lo escondiera en mi casa, lo que hice de buen grado, después de depositar al finadito en la cama donde lo amortajaron. Mi casa queda apartada del lugar donde viven los padres de Amancio Aráoz y eso facilitaba las cosas. Durante el entierro la gente no lloraba a Amancio, maldecía a Claudio. Caminando dieron la vuelta a la manzana con el ataúd. En cada puerta se detenían para gritar insultos a Claudio Herrera, para que la gente se enterase del crimen que había cometido. Estaban tan exaltados que parecían felices. Sobre el ataúd blanco de Amancio habían colocado flores muy vistosas, que las mujeres no se cansaban de alabar. Varios niños, que no estaban emparentados con el muerto, siguieron el cortejo, para entretenerse; hacían bulla y se reían, arrastrando los palos con que jugaban sobre el empedrado. Creo que nadie lloraba, porque la indignación no tiene lágrimas. Sólo una vieja, misia Carmen, sollozaba, porque no comprendía lo que había ocurrido. Dios mío, qué poca suntuosidad y qué poco lujo en ese entierro. Claudio Herrera tiene ocho años. No se puede saber hasta qué punto será consciente del crimen que ha cometido. Lo protejo como una madre. No me explico bien por qué motivo me siento tan feliz. Transformé mi salita en dormitorio, allí lo alojo: en los fondos de la casa, donde antiguamente estaba el gallinero, le hice poner un trapecio y una hamaca; le compré un balde y una pala para que haga un pequeño jardín y que se distraiga con las plantas. Claudio me quiere o por lo menos se conduce como si me quisiera. Me obedece más que a su madre. Le prohibí asomarse a los balcones y a la azotea de la casa. Le prohibí atender el teléfono. Nunca me desobedeció. Me ayuda a limpiar la vajilla, cuando terminamos de comer. Limpia y pela las verduras y barre el patio, por las mañanas. No tengo por qué quejarme; sin embargo, tal vez influida por la opinión de los vecinos, empiezo a ver en él al criminal. Estoy segura, Dios mío, que trató por diferentes métodos, de matar a Jazmín. Primero advertí que había colocado veneno para las cucarachas en el plato donde le poníamos la comida; después, que trató de ahogarlo debajo de la canilla o adentro del balde que usamos para lavar el patio. Durante unos días estoy persuadida de que no le dio agua, o si se la ofreció, fue mezclada con tinta, que Jazmín rechazó inmediatamente, después de ladrar. Atribuyo su diarrea a alguna mixtura diabólica que colocó en la carne que le damos. Consulté con la doctora, que siempre me aconseja. Sabe que tengo muchos remedios en el botiquín, entre ellos barbitúricos. Me dijo en la última visita que le hice:

—M'hijita, cierra el botiquín con llave. La criminalidad infantil es peligrosa. Los niños usan de cualquier medio para llegar a sus fines. Estudian los diccionarios. Nada se les escapa. Saben todo. Podría envenenar a tu marido, a quien, según me dijiste, lo tiene entre ojos.

Yo le respondí:

—Para que los seres vuelvan a ser buenos, hay que confiar en ellos. Si Claudio sospecha que

no tengo confianza en él, será capaz de hacer cosas horribles. Ya le expliqué el contenido de cada frasco y le mostré los que llevan, en una etiqueta roja, la palabra VENENO.

Dios mío, no cerré el botiquín con llave, y lo hago deliberadamente para que Claudio aprenda a reprimir sus instintos, si es verdad que es un criminal. Las otras noches, durante la cena, mi marido lo mandó al altillo a buscar una caja, donde tenía sus herramientas de carpintero. Mi marido tiene afición a la carpintería. Como el niño no volvía bastante pronto, subió al altillo para espiarlo. Claudio, según me dijo mi marido, estaba sentado en el suelo, entreteniéndose con las herramientas, horadando la tapa de la caja de madera lustrada, que él tanto apreciaba. Indignado, le dio una paliza allí mismo. Lo trajo, de una oreja, a la mesa. Mi marido no tiene imaginación. Tratándose de un niño que sospechamos anormal, ¿cómo se atrevió a infligirle un castigo que a mí misma me hubiera enloquecido de ira? Seguimos la cena en silencio. Claudio, como de costumbre, nos dio las «buenas noches» y cuando nos quedamos solos, mi marido me dijo:

—Si este monstruo no se va pronto de la casa, voy a morir.

—Qué impaciente —le contesté—. Estoy haciendo una obra de caridad. Tendrías que reconocerlo.

Y para impresionarlo más, invoqué tu nombre. Antes de acostarnos, del frasquito del botiquín tomamos píldoras para dormir, pues los dos sufrimos de insomnio, él porque no duerme y hace ruido con el libro o el diario que lee, con el cigarrillo que enciende, y yo porque lo escucho y espero que se duerma, temiendo no conciliar el sueño. Tuvo la misma idea que la doctora: que yo debía cerrar con llave el botiquín. No le hice caso, pues insisto que la confianza es el medio de conseguir el mejor resultado. Mi marido no lo cree. Desde hace unos días se ha puesto aprensivo. Dice que el café tiene un gusto raro y que después de beberlo siente mareos, cosa que jamás le ha sucedido. Para tranquilizarlo, en los momentos en que está en casa, cierro el botiquín con llave. Luego vuelvo a abrirlo. Muchos de mis amigos no vienen a mi casa: no puedo recibirlos, pues a nadie he dicho mi secreto, salvo a la doctora y a ti, que sabes todo. Sin embargo, no estoy triste. Yo sé que un día tendré mi recompensa y ese día volveré a sentirme feliz, como cuando era soltera y vivía junto a los jardines de Palermo, en una casita que ya no existe sino en mi recuerdo. Es extraño, Dios mío, lo que hoy me pasa. No me iría nunca de esta iglesia y casi podría decir que lo he previsto, pues en mi cartera tengo unos bombones que traje para no desfallecer de hambre. Ya pasó la hora del almuerzo y desde esta mañana a las siete no pruebo bocado. No te ofenderás, Dios mío, si como uno de estos bombones. No soy golosa; sabes que soy un poco anémica y que el chocolate me da coraje. No sé por qué temo que algo haya sucedido en mi casa: tengo premoniciones. Esas señoras harapientas, con sombreros negros, con plumas, y el cura que entró en el confesionario, me las auguran. ¿Alguien se habrá escondido alguna vez en uno de tus confesionarios? Es el lugar ideal para que se esconda un niño. ¿Y acaso no me parezco yo a un niño, en estos momentos? Cuando salgan el sacerdote y las señoras cubiertas de plumas, abriré la puertita del confesionario y penetraré en él. No me confesaré con

un sacerdote, sino contigo. Y toda la noche la pasaré en tu compañía. Dios mío, yo sé que recompensarás la buena acción de tu sierva.

La creación

(cuento autobiográfico)

Ningún instrumento de música: ni la cornamusa romana, ni la fuya japonesa, ni el nekeb hebreo, ni la travesera china, ni la fluira rumana, ni la floyera griega, ni todos ellos juntos resonarían de un modo tan extraño: llegaban del río, entre tambores, emitiendo ligeros y obstinados silbatos. La plaza adonde se dirigían estaba oscura, mojada por la lluvia que daba brillo a las estatuas y a las piedras del estanque. Debajo de los bancos no había los papeles ni las cáscaras ni los excrementos habituales. Los perros acudían husmeando algún hueso enterrado. Amparadas por la oscuridad, niñas sordomudas se habían demorado en las hamacas, meciéndose con frenesí; los delantales volaban en el viento: no se les veía caras ni manos; parecían fantasmas, Erinias de yeso. Mujeres enlutadas, con olor a naranja, llevaban las antorchas.

Paulatinamente se iluminó la plaza. Las niñas dejaron de mecerse. Las niñas y los perros se unieron a la procesión. El frío, la lluvia influían sobre la repercusión de los sonidos: resonaban, como dentro de una gruta que se multiplicara y que se dividiera para siempre.

Los primeros silbos, que oí como en un sueño, comenzaron a crecer, a adquirir ritmo e intensidad, cuando la procesión se congregó en la plaza. Aquella música, que duró hasta la mañana, se oía ya de todas las casas de Buenos Aires. Sin embargo, la persona que estaba a mi lado no la oía.

Aquella música que al principio podría haberse confundido con el silbato de un tren, de una usina, o del *trolley* que recorre un cable, ¿era un réquiem? Se prolongaba más que la eternidad. Sólo músicos heroicos podían prolongar ese concierto bajo la lluvia, durante tanto tiempo, sin desmayar en la noche. El delirio crecía. En algún momento creí distinguir voces, pero pronto advertí que los instrumentos se volvían humanos y que ninguna voz podía ser tan desgarradora. Como en las liturgias del Viernes Santo, ¿no serían improprios? Los mismos tambores latían como un corazón. A fuerza de ser humana, aquella música se volvía despiadada y bestial.

Las mujeres apagaron las antorchas sobre el pasto húmedo, pero la luz seguía iluminando árboles y estatuas.

¿Qué hacía esa gente en el jardín? ¿Qué hacían las niñas sordomudas? ¿Qué hacían los perros acostados como si formaran un monumento? Se dispersaban lentamente y tal vez aquella música no provenía ya de los instrumentos, sino de algunos discos que se habían distribuido anteriormente por la ciudad y que personas trasnochadoras escuchaban en sus fonógrafos.

Si esa música era tan conocida, ¿cómo yo no la había oído antes? Tal vez, en mi ofuscamiento, confundía la música de *jazz*, que tanto me seduce, con un réquiem. Sin embargo, aquellas frases musicales que estaba escuchando no eran de *jazz* ni de ninguna músicaailable. ¿Cómo era posible que siendo una obra tan excelente hubiera sido escrita por gente de esa calaña, dedicada sólo a cuestiones de índole política, para exaltar y engañar al pueblo?

El alba penetraba en los cuartos. En los patios húmedos se evaporaban las baldosas. Nunca Buenos Aires había estado tan limpio. Ya no se oían los fonógrafos, sino el silbido de un hombre solitario, que estaba en la azotea de una casa. El hombre no tenía oído o no recordaba bien la melodía; y se equivocaba en el ritmo, abreviando o prolongando angustiosamente las notas más importantes. Volvía a comenzar el mismo compás, con esfuerzo: el silbido terminaba en sonidos casi inaudibles y vacilantes, que se repetían lastimosamente. Las notas, las modulaciones, sugerían el color rosado pálido que reviste el cielo del alba. Pensé que en esos balbuceos musicales se advertía la belleza de la obra. Pero no sólo el hombre solitario silbaba aquella melodía; otras personas, más lejanas, más oscuras, sin sexo, asomadas a un balcón o en la acera, barriendo ya la calle, trataban de modularla. Se trataba de una canción popular como Mambrú se fue a la Guerra, el Himno Nacional o Mi Noche Triste. Las niñas sordomudas, cuyas voces y silbidos sonaban como el croar de los sapos, la ensayaron; la ensayaron también los vigilantes, con un silbato insistente, en las esquinas. La música iba disminuyendo, atravesó las vías del tren, los puentes, hasta volver al río donde se extinguió.

Aquella obra no fue compuesta ni escrita por nadie: lo supe al día siguiente. Ninguna orquesta la ejecutó, no fue grabada en ningún disco, ni silbada por nadie. Sin embargo, no me asombraría encontrarme con ella mañana, en cualquier momento, y en cualquier lugar. Tal vez (esta idea ahora me obceca) la obra más importante de la vida se produce en horas de inconsciencia (existe, aunque la conozca sólo el que la creó); sospecho que la mía estará perdida por el mundo, buscando asidero, con voluntad y vida propias. Sólo así se explica que yo no pueda olvidar esta música que compuse cuando estuve a punto de morir, como no podría olvidar, por cansada que estuviera de ellos, el Trío en A menor de Brahms, el Concierto para cuatro pianos de Vivaldi o la Sonata en D menor de Schumann.

El asco

Para cumplir con una promesa, durante la internación de Rosalía, se dejó crecer la barba. Gracias a esa circunstancia el fotógrafo Ersalis, sin cobrarle nada, para propaganda, lo fotografió y expuso en el escaparate de la tienda la fotografía cuya copia, en un marco de madera, está colgada sobre la cabecera de la cama matrimonial. Cuando Rosalía, de noche, se arrodillaba a rezar, la presencia de ese cuadro le parecía un sacrilegio; ahora, como si el marido fuera un santo, la aceptaba como algo natural. Es claro que al rato de mirar el retrato, a pesar de la barba sedosa y negra que llama la atención como un adorno religioso, la mujer más desprevenida o depravada advierte que el barbudo tiene cejas de demonio y probablemente olor a sapo o a culebra.

Jamás comprendí por qué ese hombre gusta a las mujeres. Tal vez su cara de demonio, su habilidad para ganar dinero o aquel retrato que ha modificado, a mi juicio, la forma de su verdadera cara, lo vuelve atrayente.

Antes de casarse, Rosalía le tenía asco, y después de casada, parece mentira, aun más asco. No me lo dijo, pero yo lo sé de buena fuente. Creyó que nunca llegaría a soportarlo y a quererlo, pero a veces uno se engaña sobre las cosas que son o que no son posibles. Bien se dice «sobre gustos no hay nada escrito» y otras tonterías, siempre las mismas.

La casa de Rosalía es preciosa; queda frente a la peluquería donde yo trabajo. Dos rosales rojos que en primavera, de lejos, parecen manojos de uñas pintadas, una bignonia cuyas flores me recuerdan mi carpeta de paño, un jazmín del cielo que no tiene que envidiar a ninguna cretona floreada, llaman la atención de cualquier indiferente que pasa por la calle.

Nosotras, empleadas de la peluquería, sabemos todo lo que sucede en el barrio, las idas y venidas de la gente, cualquier cosa turbia que pasa. Somos como los confesores o como los médicos: nada se nos escapa. Pocos hombres y pocas mujeres pueden vivir sin nosotros. Cuando teñimos, ondulamos o cortamos el cabello, la vida de la clienta se nos queda en las manos, como el polvillo de las alas de las mariposas. ¡Con razón nuestros abuelos hacían cuadros tan memorables con las cabelleras de todos los miembros de la familia! Nada es más elocuente, más efusivo ni más confidencial.

El hecho de que la casa de Rosalía fuera preciosa y envidiada por todo el barrio no le servía de consuelo, sino más bien de mortificación. Tal vez pensaba que en esa casa tan bonita hubiera sido feliz con otro hombre y que las comodidades eran superfluas, un derroche de la suerte, para

su vida de padecimientos.

Tenía una heladera donde cabían media docena de pollos, cualquier cantidad de frutas, manteca y botellas, una máquina de lavar importada, una máquina de coser eléctrica, con un mueble de madera clara, para adorno y entretenimiento tenía un televisor, una vajilla y una mantelería envidiable. En el patio, que en verano servía de comedor, por su frescura, había un sinfín de jaulas con pájaros como violinistas que cantaban en concierto. Pero todo esto no la satisfacía, porque una mujer debe amar a su marido por sobre todas las cosas, después de Dios, se entiende.

En los primeros tiempos de su vida de casada, Rosalía mantenía la casa como una casa de muñecas. Todo estaba ordenado y limpio. Para su marido, preparaba comidas muy complicadas. En la puerta de calle, ahí no más, se tomaba olor a frituras apetitosas. Que una mujer tan delicada como ella, sin mayor conocimiento de lo que es manejar una casa, supiera desenvolverse, causaba admiración. El marido, embobado, no sabía qué regalos hacerle. Le regaló un collar de oro, una bicicleta, un abrigo de piel y finalmente, como si no fuera bastante, un reloj, engarzado con pequeños brillantes, muy costoso.

Rosalía sólo pensaba en una cosa: en cómo perder el asco y la repulsión por el hombre. Durante días imaginó maneras de volverlo más simpático. Trataba de que sus amigas se enamoraran de él, para poder de algún modo llegar al cariño, a través de los celos, pero dispuesta a abandonarlo, eso sí, a la menor traición.

A veces cerraba los ojos para no verle la cara, pero su voz no era menos odiosa. Se tapaba las orejas, como alisándose el pelo, para no oírlo: su aspecto le daba náuseas. Como una enferma que no puede vencer su mal, pensó que no tenía cura. Durante mucho tiempo, como pan que no se vende, anduvo perdida, con los ojos extraviados. Para sufrir menos, la pobrecita comía siempre caramelos, como esas criaturas que se consuelan con pavadas. Mi socia me decía:

—¿Qué le pasa a esa señora? El marido anda loco por ella, ¿qué más quiere?

—Ser amada no da felicidad, lo que da felicidad es amar, señora —yo le respondía.

Pero todo se logra cuando hay voluntad. A fuerza de proponérselo, Rosalía llegó a amar de verdad a su marido, más que la mayoría de las mujeres que pretenden ser fieles o virtuosas.

En el primer momento me pareció imposible verla libre de esa pesadilla que nos entristecía. Hasta el color de su cara cambió. Adiós píldoras para el hígado, adiós tisanas. Pero el alivio duró poco. Simultáneamente aquel barbudo que en verdad era un demonio, empezó a abandonar a Rosalía. Varias personas, principalmente nosotras, las empleadas de la peluquería, lo vieron en la calle, abrazado a una chica, que todos los días no era la misma. Algún mal intencionado, de los que no faltan, dijo que la chica era yo, pues suelo cambiar de peinado y de anteojos y que para algo me sirve ser peinadora y miope. ¡Qué desgraciados! No soy miope: tengo una pequeña desviación en un ojo.

El hombre entraba como un ladrón en su casa, a las horas más indebidas, con zapatos

embarrados, oliendo a tabaco y a alcohol como un marinero. No regalaba ni un alfiler a Rosalía. ¡Qué abandono! Ella, a su vez, empezó a descuidar la casa. Murieron los canarios y las plantas. Los celos la trabajaban todo el día, como ella a su costura, con puntadas largas y cortas, con pespuntos torcidos, pues era mala costurera.

Cada uno de los cabellos de mi clienta y amiga llevaba una etiqueta con estas interrogaciones: ¿dónde estará mi esposo? ¿Cuándo volverá? ¿En qué lugar de Buenos Aires citará a aquellas chicas?

La heladera dejó de funcionar. En los cuartos se amontonaban los trastos viejos, por los cuales Rosalía ya no se interesaba. Algo malo tenía que suceder.

Un día me enseñó un cuchillo que usaba en la cocina para deshuesar los pollos; blandiéndolo me dijo:

—Se lo clavaré, si seguimos así, con grasa y todo.

Creí que tenía fiebre, pero hablaba por amor. Le aconsejé que se acostara, pero no hubo forma de que lo hiciera. Durante todo el día, con los ojos clavados en la casa de enfrente, cumplí con mis tareas, esperando, de un momento a otro, que el desastre ocurriera. Las persianas estaban cerradas y parecía que alguien había muerto en la casa; no ocurrió nada.

—Tanto trabajo me dio amar a este hombre, para que ahora me cueste tanto dejar de amarlo — me dijo Rosalía al día siguiente.

Estaba cambiada. Como quien deshace un tejido o descose una costura comenzó a deshacer, a descoser su amor. Descubrir que le había repugnado en él aquello que más la seducía, la desanimó. Era difícil, casi imposible, verse libre de un sentimiento logrado a costa de tanta pena, pero todo se consigue con voluntad y tiempo.

Durante las comidas, la pareja no se hablaba. Dormían casi todo el tiempo los días de fiesta, cuando el sinvergüenza no salía a pasear o no pretendía salir conmigo. El colchón de la cama de bronce se había deformado por causa de los bruscos movimientos de odio de los cónyuges, que dormían dándose la espalda.

Tardó un tiempo, pero de nuevo la repulsión se apoderó de Rosalía. De nuevo la casa parecía una casa de muñecas, porque Rosalía no tenía preocupaciones; volvió a ordenarla y a limpiarla. Para conquistar de nuevo a Rosalía, el marido le regaló un anillo.

¡Qué anillo! Cualquier apretón de mano hacía sangrar el dedo que llevaba el anillo puesto. Hay que decir la verdad: el hombre era dadivoso y volvió a ser puntual para las horas de las comidas. No trasnochaba y nadie lo veía, en la calle, con chicas. Rosalía usa el anillo, que es de oro, con una aguamarina, cuando sale a pasear o cuando la invitan a una fiesta. Yo lo usaría siempre. Ella es parca en sus gustos. Ahora tiño el cabello de Rosalía: le salieron hebras blancas, a fuerza de querer amar, de no querer amar y de querer amar de nuevo. El barbudo, después de todo, no es tan malo. Es como todos los hombres.

El goce y la penitencia

Todos los lunes a las cuatro y media en punto de la tarde, yo llevaba a mi hijo Santiago al taller de Armindo Talas, para que lo retratara: yo no hacía sino obedecer a mi marido. Siguiendo el ejemplo de nuestros antepasados, bajo sus órdenes, grandes pintores hacían retratos de todos los vástagos de nuestra familia, ya que en el comedor de la casa teníamos los de sus bisabuelos pintados por Prilidiano Pueyrredón; los míos por Fabre, en mi dormitorio; y el de mi padre disfrazado de indio, por Bermúdez, en el vestíbulo; y el de una hermana de mi abuela vestida de amazona, por V. Dupit, en el rellano oscuro de la escalera.

—¡Qué bien quedaría un retrato tuyo, mío, de Santiago, de los tres, en esta casa! —repetía, cuando se habían ido las visitas o cuando las esperábamos.

Yo lo oía como quien oye llover. En la época de las fotografías no me parecía urgente adquirir retratos, por valiosos que fueran. Las instantáneas, con sus ampliaciones, me gustaban más.

Dejamos pasar el tiempo, pero hay antojos duraderos. Mi marido eligió el pintor: resolvimos que empezaría por el retrato de Santiago, porque tenía cinco años que no volvería a tener, mientras que nosotros ya empezábamos a cumplir siempre la misma edad. Mi marido sostenía que los retratos tenían que parecerse al modelo: si la nariz original era aguileña y horrible, o si era respingada y atroz, la copia tenía que serlo. Había que dejar de lado la belleza. En una palabra, le gustaban los mamarrachos. Yo sostenía que la expresión de una cara no dependía, en modo alguno, de sus líneas ni de sus proporciones, y que el parecido no se manifestaba en meros detalles.

El taller de Armindo Talas quedaba en la calle Lavalle, a dos cuadras de Callao: era misterioso, pobre y enorme, con ventanales por donde se entreveían infinitas azoteas y patios con plantas casi negras. Sobre la repisa del caballete, sucia de pintura, a veces había pan, restos quizá del desayuno. En los rincones, entre papeles, aparecían tarros de miel y de café y alguna cuchara pringosa. En un altillo se amontonaban toda suerte de objetos polvorientos, hasta un caballo de calesita y la cabeza de una vaca que estuvo, según me aseguró el pintor, durante años sobre la puerta de una carnicería de Avellaneda. Pocas veces en mi vida, salvo en un jardín o en un museo, había visto a un pintor seriamente entregado a su tarea. Me fascinaba ver a Armindo Talas preparar la paleta con todos los colores, como pastas dentífricas, que iba sacando de los pomos, los pinceles que tenía en un cacharro y que secaba cuidadosamente con un trapo. En lugar de mirar cómo pintaba Armindo Talas, poco a poco, insensiblemente, le miré las manos,

luego el mentón, luego la boca. No me gustó. Yo llevaba un libro, que nunca pude leer, porque él y yo conversábamos continuamente. ¿De qué? A veces quisiera reproducir esos diálogos que eran el fruto de mi aburrimiento; no puedo. Hablábamos tal vez de las noticias de los diarios o tal vez de lugares pintorescos de Buenos Aires, de los veraneos, de eso hablábamos mucho, ahora lo recuerdo, pero jamás de cosas íntimas.

Un día Santiago se portó mal: la voz de un vendedor de helados que iba pregonando por la calle, creo que lo perturbó. Hacía gestos, no quería sentarse y a cada instante abría la boca y miraba el techo con cara de idiota. Como única penitencia le infligí la penitencia más divertida del mundo: lo encerré con llave en el altillo. Oí su jubiloso paso, su alegría mientras Armindo aprovechaba la oportunidad para mostrarme cuadros, libros, fotografías. Nos miramos en los ojos por primera vez. Él me pidió que me levantara el pelo para admirar mi perfil con la oreja descubierta. Fue como si me ordenara quitarme la ropa. No quise. Insistió. No sé cómo, terminamos sentados en el diván azul, debajo del ventanal, él con un lápiz y un papel en las manos, yo, mostrándole mi perfil con la oreja descubierta. Hablábamos sin cesar. ¿Quién era el charlatán? Ninguno de los dos. Estábamos nerviosos. Me confesó que el hecho de retratar a mi hijo lo asustaba un poco, porque era la primera vez que retrataba a un niño. Para él, cada cuadro que pintaba, era el primero. Yo protesté diciéndole que era modesto. Me respondió:

—Al contrario. En eso consiste ser un gran pintor. Cada cuadro es un problema nuevo, un problema inesperado.

Al verlo afligido lo consolé lo mejor que pude. Le tomé la mano y miré el dibujo que había hecho de mi perfil. Se me antojó que en una lámina para estudiantes de anatomía, esa oreja era una parte muy vergonzosa del cuerpo humano. Me pareció indecente, se lo dije y lo rompí. Sonrió complacido. Estudiamos el retrato de Santiago, lo retiramos del caballete y le colocamos un marco. Nadie hubiera conocido a mi hijo. Prometí a Armindo fotografías que podrían servirle de ayuda.

En el altillo no se oía ningún ruido. Comencé a inquietarme por Santiago.

—No se habrá suicidado —dije—, podría tirarse por la ventana.

—La ventana queda muy arriba —me contestó Armindo.

—Puede comer pintura. Es un niño violento.

—No hay pintura.

Corrí a abrirle la puerta. Santiago estaba jugando con unos muñecos articulados y no quiso salir del altillo. Me arañó un brazo. Volví a encerrarlo.

Entonces sin saber qué hacer nos abrazamos como si nos despidiésemos, desesperadamente. Todo fue natural mientras mirábamos el malogrado retrato de Santiago.

Cada vez que llevaba a Santiago al taller, para infligirle la consabida penitencia, involuntariamente yo conseguía que se portara mal. No había otro pretexto para encerrarlo con llave. Armindo y yo sabíamos que nuestro goce duraría el tiempo de la penitencia. De ese modo

eché a perder la educación de Santiago, que terminó por pedirme que lo pusiera en penitencia a cada rato.

El retrato se parecía cada vez menos al modelo. En vano indiqué a Armino ciertas características de la cara de mi hijo: la boca de labios anchos, los ojos un poco oblicuos, el mentón prominente. Armino no podía corregir esa cara. Tenía una vida propia, ineludible. Una vez concluido el cuadro, pensamos que nuestra dicha también había concluido.

Volví a mi casa, aquel día, en taxímetro, con Santiago, con el retrato y con una espina clavada en el hígado. Mi marido al ver el cuadro declaró que no lo pagaría. Sugerí que podía cambiarlo por una naturaleza muerta o un león parecido a los de Delos. Durante una semana el cuadro anduvo de silla en silla, para que lo vieran las visitas y la servidumbre. Nadie reconocía a Santiago, por más que Santiago se colocara junto al retrato. El cuadro terminó detrás de un ropero. Entonces quedé encinta. No fui víctima de malestares ni de fealdades, como la vez anterior. Comer, dormir, pasear al sol fueron mis únicas ocupaciones y algún furtivo encuentro con Armino, que me abrazaba como a un almohadón. No podíamos amarnos sin Santiago en penitencia, en el altílo.

Di a luz sin dolor.

Cuando mi hijo menor tuvo cinco años, durante una mudanza mi marido comprobó que era idéntico al retrato de Santiago. Colgó el cuadro en la sala.

Nunca sabré si ese retrato que tanto miré formó la imagen de aquel hijo futuro en mi familia o si Armino pintó esa imagen a semejanza de su hijo, en mí.

Los amigos

Sucedieron muchas desventuras en nuestro pueblo. Una inundación nos incomunicó con el centro de la ciudad. Recuerdo que durante dos meses no pudimos ir al colegio ni a la farmacia. Con las correntadas del río que desbordó, algunas de las paredes de la escuela se derrumbaron. Al año siguiente, una epidemia de fiebre tifoidea mató a mi tía, que era una mujer piadosa pero severa, a la maestra y al cura de la parroquia, que mis padres estimaban tanto. En tres semanas ocurrieron treinta casos mortales. Casi todo el pueblo estaba de luto y el cementerio parecía una exposición de flores y las calles un concierto de campanas.

Mi amigo Cornelio vivía en el segundo piso de nuestra casa. Teníamos siete años. Éramos como hermanos, porque nuestras familias eran muy unidas. Compartíamos nuestros juegos, nuestros padres, nuestras tías, nuestras comidas. Íbamos juntos al colegio. Cornelio aprendía fácilmente cualquier lección, pero no le gustaba estudiar. Yo aprendía con dificultad, pero me gustaba estudiar. Cornelio detestaba a la maestra; yo la quería.

—Va a ser un santo —decía tía Fermina tristemente.

—Ya se le pasará —decía tía Claudia, que se asemejaba a un ñandú—. No hay que afligirse.

Como un ñandú sacude sus alas, ella sacudía sus hombros al hablar.

—¿Qué mal hay en ser un santo? —decía bruscamente mi madre.

—Si fuera tu hijo, no te haría gracia —respondía la madre de Cornelio.

—¿Por qué? ¿Acaso no conviene estar bien con Dios?

—El cilicio, el ayuno, el retiro —pronunciaba la madre de Cornelio, pausadamente, con terror y asimismo con deleite.

—¿Te agradan más el alcohol, las mujeres, la política? ¿Tienes miedo que te roben a tu hijo? Dios o el mundo te lo quitará.

—¿Dios? Es más serio.

Nuestras madres sonreían melancólicamente, como si hubieran llegado a un acuerdo. Yo escuchaba en silencio. Había visto a Cornelio con su delantal blanco, con un misal en la mano, arrodillado frente a la ventana, rezando, a horas inverosímiles. Cuando yo entraba en el cuarto, fingía, ruborizado, estudiar un libro de gramática o de historia y rápidamente ocultaba el misal, debajo del asiento o en un cajón, para que yo no lo viera. Yo me preguntaba ¿por qué se avergüenza de su piedad? ¿Rezar era para él como jugar a las muñecas? Jamás me demostraba su confianza ni me hablaba de cuestiones religiosas. A pesar de nuestros pocos años, éramos como

hombres y con desparpajo hablábamos de noviazgos, de casamientos, del acto sexual. Esto desdeñaba la actitud mística y recatada de Cornelio.

—Cuando rezo para pedir una gracia, me la conceden —me dijo un día, canturriando con orgullo.

Repetí la frase a mis tías, que la comentaron durante mucho tiempo. Atribuían la devoción de Cornelio a las profundas impresiones que recibió durante las catástrofes que habían asolado al pueblo. Que un niño de nuestra edad hubiera visto, en un lapso de tiempo tan corto, tantos muertos, tenía que dejar huellas en su alma. Si estos acontecimientos no habían influido en mi carácter, era por mi natural insensible y un poco perverso. El misticismo de Cornelio se había iniciado antes de que ocurrieran la inundación y la epidemia; era absurdo, por lo tanto, atribuirlo a tales hechos. Oscuramente yo advertía el error en que incurrían todas estas personas mayores, pero mi costumbre fue siempre callar y aceptar. Acepté, pues, mi papel de niño perverso, en oposición a Cornelio, que era la sensibilidad y la bondad personificadas. No dejé de sentir celos y admiración por el involuntario culpable de mi inferioridad. Frecuentemente, encerrado en el cuarto, lloré por mis pecados, pidiendo a Dios que me otorgara el favor de volverme parecido a mi amigo.

La dominación que ejercía Cornelio sobre mí era grande: jamás quise contrariarlo, ni disgustarlo ni herirlo, pero él exigía que lo contrariara, que lo disgustara, que lo hiriera.

Un día se disgustó conmigo porque le quité el cortaplumas. Para que no me desdeñara yo tenía que recurrir a tales estratagemas. Otro día que le quité la caja de útiles, me golpeó y me arañó.

—Si volvés a tocar otra cosa mía, pediré que te mueras —me dijo. Me reí—. ¿No me creés? ¿Acaso no hubo una inundación y una epidemia hace un tiempo? ¿Creés que fue por casualidad?

—¿La inundación? —interrogué.

—Yo la obtuve. Fue obra mía.

No dijo, quizá, esas palabras; pero habló como un hombre y sus palabras fueron precisas.

—¿Y para qué?

—Para no ir al colegio. ¿Para qué va a ser? ¿Para qué se reza?

—¿Y la epidemia? —susurré, conteniendo la respiración.

—También. Ésa me dio menos trabajo todavía.

—¿Y para qué?

—Para que matara a la señorita y a mi tía. Puedo conseguir que mueras vos, si me da la gana.

Reí, porque sabía que iba a despreciarme si no lo hacía. En el espejo del armario, frente a nosotros, vi que yo estaba haciendo una mueca. Se me heló la sangre y en cuanto pude fui a contar a las tías el diálogo que tuve con mi amigo. Las tías rieron de mi aflicción.

—Es una broma —dijeron—. El niño es un santo.

Pero Rita, mi prima, que parecía una viejita y que escuchaba siempre las conversaciones, dijo:

—No es un santo. Ni reza a Dios. Tiene un demonio. ¿No vieron su libro de misa? La tapa es

igual a todas las tapas de los libros de misa, pero lo que lleva escrito adentro es diferente. No se entiende nada de lo impreso en esas páginas horribles. ¿Quieren verlo? Trae el libro —me ordenó—. Está en el cajón de la cómoda, envuelto en un pañuelo.

Vací. ¿Cómo iba a traicionar a Cornelio? Los secretos son sagrados, pero la debilidad venció. Fui al dormitorio de Cornelio y, temblando, traje el libro de misa, envuelto en el pañuelo. Mi tía Claudia desanudó las puntas del pañuelo y sacó el libro. Una hoja superpuesta estaba pegada sobre la hoja original. Alcané a ver los signos indescifrables y los dibujos demoníacos que Rita había descrito.

—¿Qué hacemos? —dijeron mis tías.

La madre de Cornelio me devolvió el libro y me ordenó:

—Puedes guardarlo donde lo encontraste —y dirigiéndose a Rita, le dijo—: Merecerías que te denuncie por calumnias. ¡Ah, si estuviésemos en Inglaterra!

Mis tías hicieron un chistido como de lechuza ofendida.

—El niño es un santo. Él tendrá su idioma para comunicarse con Dios —declaró mi madre, observando con severidad a Rita, que se atragantó con una pastilla de menta.

—¿Y si consigue hacerme morir? —pregunté tartamudeando.

Todas las mujeres rieron, hasta la misma Rita, que hacía unos instantes aseguraba que existía un pacto entre el demonio y Cornelio.

¿Qué seriedad había en las palabras de las personas mayores? ¿Quién podía creerme o tomarme en serio?

Rita se había burlado de mí. Entonces, para probar la veracidad de mis palabras, subí al cuarto de Cornelio y en lugar de guardar en el cajón el misal que tenía en mis manos, lo guardé en el bolsillo y saqué el objeto que él más apreciaba: un reloj de material plástico, con agujas móviles.

Recuerdo que era tarde y que nos reunimos a comer, con toda la familia. Como era verano, después de comer, salí al jardín, con mi tía. Seguramente Cornelio no había entrado en su cuarto ni advertido aún que algo le faltaba.

¿Qué poder tenía Cornelio para que sus oraciones fueran escuchadas? ¿Qué muerte pediría para mí? ¿El fuego, el agua, la sangre? Todas estas palabras cruzaron por mi mente, cuando oí pasos en la escalera y en su cuarto. Confundía los golpes secos del taconeo con los de mi corazón. Estuve a punto de huir, de enterrar el reloj y el misal en el jardín; pero sabía que no podía engañar a Cornelio porque se había aliado a un ser superior a nosotros. Oí que me llamaba: su grito era un rugido que desentrañaba mi nombre. Subí la escalera que conducía a su cuarto. Me detuve unos instantes en el rellano, atisbando sus movimientos, por la puerta entreabierta; luego me aventuré por la escalera enclenque, con algunos escalones rotos, que lleva al altillo. Cornelio, desde el rellano de la otra escalera, me interpeló y yo, en lugar de contestarle, le arrojé a la cara el libro y el reloj. No dijo nada. Los recogió. Se arrodilló y ávidamente leyó las páginas.

Por primera vez Cornelio no tenía vergüenza de que lo vieran rezando. El escalón en donde me detuve crujía y de pronto cedió: al caer me golpeé la nuca contra los barrotes de hierro del balaustre.

Cuando recuperé el conocimiento, toda la familia me rodeaba; Cornelio, en un rincón del cuarto, estaba inmóvil, con los brazos cruzados.

Yo iba a morir, sin duda, pues veía, como desde el fondo de un brocal con agua, los rostros asomados sobre mi cara.

—¿Por qué no pedís a Dios que salve a tu amiguito? ¿No decís que Dios te otorga todo lo que le pedís? —se atrevió a murmurar mi tía Fermina.

Cornelio se prosternó, como un musulmán, en el suelo. Golpeó su cabeza contra el piso y respondió con voz de niño mimado:

—Sólo consigo la enfermedad o la muerte.

Mi madre lo miró con horror y arrodillándose a su lado, tironeándole del pelo como si hubiera sido un perro, le dijo:

—Haz la prueba, m'hijito. Nada se pierde con rezar. Dios tendrá que oírte.

Durante días floté en un limbo rosado y azul, entre vida y muerte. Las voces se habían alejado. No reconocía las caras, seguían temblando en el fondo del agua. Cuando me salvé, dos meses después, agradecieron mi buena suerte a Cornelio: según mis tías y nuestras madres, me había salvado. De nuevo oí cantos de loa a la santidad de Cornelio. Ya no se acordaban de las lágrimas que habían derramado por mí, ni del cariño que les había inspirado mi gravedad. De nuevo yo era el niño insensible y un poco perverso, tan inferior a su amigo.

A través de mis tías, de la costurera y de las amigas de la casa, contradictorios pormenores de lo que había ocurrido llegaron al pueblo. No faltó quien comentara la inclinación mística de Cornelio. Algunas personas dijeron que mi amigo era un santo, otras dijeron que era un brujo y que no convenía frecuentar nuestra casa, por sus maleficios. Cuando mi tía Claudia se casó, nadie vino a la fiesta.

¿Cornelio era brujo o era santo? Durante noches, dando vueltas mi almohada en busca de un lugar fresco donde poner la afiebrada cabeza, pensaba en la santidad o en la brujería de Cornelio. ¿Hasta la misma Rita había olvidado su sospecha?

Fuimos un día al arroyo del Sauce, a pescar. Llevábamos una canastita con alimentos, para pasar el día allí. Andrés, nuestro vecino, que era aficionado a la pesca, estaba ya instalado en la orilla, con la caña preparada. Un perro se nos acercó y anduvo haciendo monerías, como suelen hacer los perros perdidos. Andrés declaró que lo llevaría a su casa; Cornelio, que él lo llevaría; por esta causa, empezaron a discutir. Se agarraron a puñetazos y Cornelio cayó al suelo, vencido. Andrés, muy orondo, arregló el aparejo, tomó el perro en brazos y partió. Desde el suelo, Cornelio comenzó sus imprecaciones: el ruido que hacían sus labios era semejante al de los líquidos cuando van a hervir en una olla. Andrés no alcanzó a caminar veinte metros; cayó al

suelo; le salía espuma de la boca. El perro, libre, corrió a nuestro encuentro. Supimos después que Andrés se había vuelto epiléptico.

Cuando Cornelio y yo paseábamos por la calle, la gente secreteaba: sabían que era brujo, que no era santo como creía nuestra familia. Un Viernes Santo los niños no nos dejaron entrar en la iglesia: nos apedrearón.

¿Cómo haría yo para castigar a Cornelio? ¿Lo lograría con mi muerte, como testimonio de mi veracidad y de sus perversiones? En un instante imaginé su vida arruinada para siempre, perseguido por mi recuerdo, como Caín por Abel. Busqué el modo de enfurecerlo. Tenía que conseguir que sus imprecaciones de nuevo cayeran sobre mí. Lamentaba que la muerte me impidiera ser testigo de su arrepentimiento, cuando su voluntad se cumpliera. ¿Le impediría el arrepentimiento repetir esos ruegos malvados?

Estábamos en la orilla del arroyo del Sauce. Mirábamos un martín pescador, que se zambullía continuamente en el agua, con rapidez vertiginosa. Cada uno tenía su honda. Apuntamos: Cornelio, al martín pescador; yo al azar, para perder el tiro. Cornelio, que era un buen tirador, dio en la cabeza del pájaro, que cayó herido. Nos metimos en la laguna, para sacarlo del agua. Luego, ya en la orilla, empezó la discusión sobre quién había matado al martín pescador. Sostuve firmemente que la presa era mía.

Había un lugar muy profundo en el arroyo, donde no hacíamos pie. Yo lo conocía, porque se veía una suerte de remolino. Mi padre me lo había mostrado. Recogí el pájaro, corrí por la orilla hasta que llegué frente al lugar en que se veía aquel misterioso movimiento del agua. Por ahí estaba Andrés, pescando como de costumbre. Me detuve y arrojé el pájaro al remolino. Cornelio, que me perseguía, se echó al suelo de rodillas. Oí el aterrador murmullo de sus labios; repetía mi nombre. Una transpiración fría me humedeció la nuca, los brazos, el pelo. El campo, los árboles, las barrancas, el arroyo, Andrés empezaron a temblar, a girar. Vi la muerte con su guadaña. Luego oí que Cornelio pronunciaba su propio nombre. No advertí, tan grande era mi estupor, que Cornelio se había arrojado al agua; no trataba de alcanzar el pájaro; se debatía en el agua, se hundía, pues no sabía nadar. Andrés le gritó sin inmutarse, con voz agria, de loro:

—Atorrante. ¿De qué te sirve ser brujo?

Comprendí, después de muchos años, que a último momento, Cornelio cambió el contenido de su último ruego: para salvarme, a cambio de la mía, que tal vez ya estaba otorgada, pidió su propia muerte.

Informe del Cielo y del Infierno

A ejemplo de las grandes casas de remate, el Cielo y el Infierno contienen en sus galerías hacinamientos de objetos que no asombrarán a nadie, porque son los que habitualmente hay en las casas del mundo. Pero no es bastante claro hablar sólo de objetos: en esas galerías también hay ciudades, pueblos, jardines, montañas, valles, soles, lunas, vientos, mares, estrellas, reflejos, temperaturas, sabores, perfumes, sonidos, pues toda suerte de sensaciones y de espectáculos nos depara la eternidad.

Si el viento ruge, para ti, como un tigre y la paloma angelical tiene, al mirar, ojos de hiena, si el hombre acicalado que cruza por la calle, está vestido de andrajos lascivos; si la rosa con títulos honoríficos, que te regalan, es un trapo desteñido y menos interesante que un gorrión; si la cara de tu mujer es un leño descascarado y furioso: tus ojos, y no Dios, los creó así.

Cuando mueras, los demonios y los ángeles, que son parejamente ávidos, sabiendo que estás adormecido, un poco en este mundo y un poco en cualquier otro, llegarán disfrazados a tu lecho y, acariciando tu cabeza, te darán a elegir las cosas que preferiste a lo largo de la vida. En una suerte de muestrario, al principio, te enseñarán las cosas elementales. Si te enseñan el sol, la luna o las estrellas, los verás en una esfera de cristal pintada, y creerás que esa esfera de cristal es el mundo; si te muestran el mar o las montañas, los verás en una piedra y creerás que esa piedra es el mar y las montañas; si te muestran un caballo, será una miniatura, pero creerás que ese caballo es un verdadero caballo. Los ángeles y los demonios distraerán tu ánimo con retratos de flores, de frutas brillantadas y de bombones; haciéndote creer que eres todavía niño, te sentarán en una silla de manos, llamada también silla de la reina o sillita de oro, y de ese modo te llevarán, con las manos entrelazadas, por aquellos corredores al centro de tu vida, donde moran tus preferencias. Ten cuidado. Si eliges más cosas del Infierno que del Cielo, irás tal vez al Cielo; de lo contrario, si eliges más cosas del Cielo que del Infierno, corres el riesgo de ir al Infierno, pues tu amor a las cosas celestiales denotará mera concupiscencia.

Las leyes del Cielo y del Infierno son versátiles. Que vayas a un lugar o a otro depende de un ínfimo detalle. Conozco personas que por una llave rota o una jaula de mimbre fueron al Infierno y otras que por un papel de diario o una taza de leche, al Cielo.

La raza inextinguible

En aquella ciudad todo era perfecto y pequeño: las casas, los muebles, los útiles de trabajo, las tiendas, los jardines. Traté de averiguar qué raza tan evolucionada de pigmeos la habitaban. Un niño ojeroso me dio el informe:

Somos los que trabajamos: nuestros padres, un poco por egoísmo, otro poco por darnos el gusto, implantaron esta manera de vivir económica y agradable. Mientras ellos están sentados en sus casas, jugando a los naipes, tocando música, leyendo o conversando, amando, odiando (pues son apasionados), nosotros jugamos a edificar, a limpiar, a hacer trabajos de carpintería, a cosechar, a vender. Usamos instrumentos de trabajo proporcionados a nuestro tamaño. Con sorprendente facilidad cumplimos las obligaciones cotidianas. Debo confesar que al principio algunos animales, sobre todo los amaestrados, no nos respetaban, porque sabían que éramos niños. Pero paulatinamente, con algunos engaños, nos respetaron. Los trabajos que hacemos no son difíciles: son fatigosos. A menudo sudamos como caballos lanzados en una carrera. A veces nos arrojamus al suelo y no queremos seguir jugando (comemos pasto o terroncitos de tierra o nos contentamos con lamer las baldosas), pero ese capricho dura un instante, «lo que dura una tormenta de verano», como dice mi prima. Es claro que no todo es ventaja para nuestros padres. Ellos también tienen algunos inconvenientes; por ejemplo: deben entrar en sus casas agachándose, casi en cuclillas, porque las puertas y las habitaciones son diminutas. La palabra *diminuta* está siempre en sus labios. La cantidad de alimentos que consiguen, según las quejas de mis tías, que son glotonas, es reducidísima. Las jarras y los vasos en que toman agua no los satisfacen y tal vez esto explica que haya habido últimamente tantos robos de baldes y de otras quincallas. La ropa les queda ajustada, pues nuestras máquinas no sirven, ni servirán para hacerlas en medidas tan grandes. La mayoría, que no disponen de varias camas, duermen encogidos. De noche tiritan de frío si no se cubren con una enormidad de colchas que, de acuerdo con las palabras de mi pobre padre, parecen más bien pañuelos. Actualmente mucha gente protesta por las tortas de boda que nadie prueba por cortesía; por las pelucas que no tapan las calvicies más moderadas; por las jaulas donde entran sólo los picaflors embalsamados. Sospecho que para demostrar su malevolencia esa misma gente no concurre casi nunca a nuestras ceremonias ni a nuestras representaciones teatrales o cinematográficas. Debo decir que no caben en las butacas y que la idea de sentarse en el suelo, en un lugar público, los horroriza. Sin embargo, algunas personas de estatura mediocre, inescrupulosas (cada día hay más), ocupan

nuestros lugares, sin que lo advirtamos. Somos confiados pero no distraídos. Hemos tardado mucho en descubrir a los impostores. Las personas grandes, cuando son pequeñas, muy pequeñas, se parecen a nosotros; a nosotros, se entiende, cuando estamos cansados: tienen líneas en la cara, hinchazones bajo los ojos, hablan de un modo vago, mezclando varios idiomas. Un día me confundieron con una de esas criaturas: no quiero recordarlo. Ahora descubrimos con más facilidad a los impostores. Nos hemos puesto en guardia, para echarlos de nuestro círculo. Somos felices. Creo que somos felices.

Nos abruma, es cierto, algunas inquietudes: corre el rumor de que por culpa nuestra la gente no alcanza, cuando es adulta, las proporciones normales, vale decir, las proporciones desorbitadas que la caracteriza. Hay quien tiene la estatura de un niño de diez años, otros, más afortunados, la de un niño de siete años. Pretenden ser niños y no saben que cualquiera no lo es por una mera deficiencia de centímetros. Nosotros, en cambio, según las estadísticas, disminuimos de estatura sin debilitarnos, sin dejar de ser lo que somos, sin pretender engañar a nadie.

Esto nos halaga, pero también nos inquieta. Mi hermano ya me dijo que sus herramientas de carpintería le pesan. Una amiga me dijo que su aguja de bordar le parece grande como una espada. Yo mismo encuentro cierta dificultad en manejar el hacha.

No nos preocupa tanto el peligro de que nuestros padres ocupen el lugar que nos han concedido, cosa que nunca les permitiremos, pues antes de entregárselas, romperemos nuestras máquinas, destruiremos las usinas eléctricas y las instalaciones de agua corriente; nos preocupa la posteridad, el porvenir de la raza.

Es verdad que algunos, entre nosotros, afirman que al reducirnos, a lo largo del tiempo, nuestra visión del mundo será más íntima y más humana.

NOTA AL TEXTO

En octubre de 1959, Editorial Sur publicó en Buenos Aires la primera edición de *La furia y otros cuentos*. Fue el único de los libros de Silvina Ocampo que mereció una segunda edición casi inmediata, en noviembre de 1960, bajo el mismo pie de imprenta de Editorial Sur. Fue también el que conoció mayor fortuna editorial a lo largo de los años: Ediciones Orión publicó en Buenos Aires la tercera edición en agosto de 1976, y Alianza Editorial la cuarta, en Madrid, en 1982. Las variantes entre estas ediciones y la primera se reducen a leves alteraciones sintácticas o de puntuación. Para fijar el texto de la presente edición hemos seguido la cuarta de Alianza, la última aprobada por la autora. Hemos omitido el prólogo de Enrique Pezzoni («Silvina Ocampo: la nostalgia del orden»), que su autor desarrollaría con mayor amplitud en «Silvina Ocampo: orden fantástico, orden social» (incluido en *El texto y sus voces*, Buenos Aires: Sudamericana, 1986).

Antes de adoptar el definitivo, Silvina Ocampo consideró varios títulos posibles para el volumen. Fiel a su costumbre, compartió la elección final con Borges y con Bioy Casares:

Sábado, 1º de agosto [de 1959]. Comen en casa Borges y Peyrou. [...] Hablamos de títulos de libros. Para el de Silvina, Borges prefiere *La furia y otros cuentos* a *En Buenos Aires*. PEYROU: «Yo prefiero *La liebre dorada*». BORGES: «Es un título decorativo. *La furia y otros cuentos* es mejor que *La furia* solo. *La furia*, a secas, tiene algo de falsamente tremendo; Sartre, *La nausée*, etcétera. El agregado y *otros cuentos* parece indicar que el autor no le da tanta importancia a *La furia*, no quiere ser tremendo... Pero, ahora que pienso, me gusta bastante *La liebre dorada*; tal vez es el que prefiero. En una lista de libros no queda mal *La liebre dorada*. Además, da ganas de leer. El lector quiere saber qué es esa liebre dorada. En cambio, uno no quiere saber qué es la furia». BIOY: «*La furia y otros cuentos* provenía de *La sibila y otros cuentos*, que debió desecharse porque no quedaría bien en la tapa “Silvina Ocampo, *La sibila y otros cuentos*”. *La sibila y otros cuentos* sugería un dibujo, acaso un dibujo del siglo XIX, acaso uno como los de las tapas de Maucci: uno lindo, que fuera el recuerdo, la estilización de aquellos, que eran feos. ¿O una de las sibilas de Miguel Ángel?». [Adolfo Bioy Casares, *Borges*, edición al cuidado de Daniel Martino, Barcelona: Ediciones Destino, 2006.]

Todo parece indicar que el cambio de título se hizo ya iniciado el proceso de impresión del libro, como lo prueban los cabeceras de las páginas 81 y 147 de la primera edición de Sur, donde

erróneamente figura el título preliminar (*En Buenos Aires*).

Los relatos más antiguos de *La furia y otros cuentos* fueron escritos entre 1937 y 1940. Algunos de ellos fueron editados por publicaciones periódicas, sobre todo por la revista *Sur*. En las notas que siguen señalamos las variantes significativas registradas entre esas primeras versiones publicadas y el texto de los cuentos en el libro. Cabe aclarar que no hemos considerado las variantes halladas en los borradores, manuscritos y dactiloescritos conservados en el archivo de Silvina Ocampo, donde también se encuentran el original de imprenta entregado a Editorial *Sur* y las primeras pruebas de galera. Sin embargo, en algunos casos se han incorporado datos adicionales provenientes del archivo, como los títulos preliminares desechados, o bien de otras fuentes, como entrevistas o testimonios, que acaso contribuyan a iluminar el proceso creativo de la autora.

LA LIEBRE DORADA

Publicado por primera vez, con este título, en el semanario *Mundo Argentino*, entre noviembre de 1955 y septiembre de 1956, período en que Ernesto Sabato dirigió la revista.

Entre la versión de *Mundo Argentino* y la edición en volumen, se registran las siguientes variantes (la referencias remiten al número de página de la presente edición): p. 9, mordiéndose meticulosamente una pata > *mordiéndose minuciosamente una pata*; p. 9, Dios o algo parecido a Dios la llamaba, y para que no creyéramos que era inmortal, para engañarnos un poquito, cayó muerta. > *Dios o algo parecido a Dios la llamaba, y la liebre acaso revelando su inmortalidad, de un salto huyó.*

La autora refiere el origen del cuento en conversación con Noemí Ulla: «[“La liebre dorada”] Es sacado de la realidad. En Pardo teníamos nueve perros [...] y todos andaban con nosotros, por la tarde yo estaba generalmente en el patio [...] Entonces, un día de enero de mucho calor, yo tenía mucho orgullo por algunas flores, hortensias... y de pronto pasa una exhalación que no distinguimos qué era, parecía algo como una jauría ridícula, todos cada vez más cansados. Y vimos a los perros que corrían detrás de una liebre, varias veces. Todas las plantas saludaban a la jauría, y se quedaron caídas...» (*Encuentros con Silvina Ocampo*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1982, pp. 72-73). Pueden asimismo detectarse en el cuento ciertas reminiscencias de *Le Roman du Lièvre* (1903), del escritor católico francés Francis Jammes (1868-1938). Esta diáfana novela corta narra la historia de una liebre que, tras huir de un cazador y su jauría, deambula por el campo hasta unirse al séquito de animales que acompaña a San Francisco de Asís en sus peregrinaciones. Con la llegada del invierno todos los animales —un lobo, un perro, una oveja, un gavilán y algunas palomas— se dejan morir de hambre por fidelidad al santo, salvo la liebre, que resiste a las privaciones. San Francisco pide a la liebre que guíe a sus compañeros

muertos hasta el Paraíso de los animales; una vez cumplida su misión, la liebre rechaza el ofrecimiento del santo a permanecer entre los bienaventurados y pide un deseo: volver a la Tierra. El santo se lo concede no sin antes anunciarle que, para encontrar a Dios, deberá morir al igual que sus amigos: «Si mueres —agrega San Francisco—, te convertirás en tu propio Paraíso». Al regresar al campo es herida de muerte por un cazador y se vuelve al fin «igual a la vida, igual a la muerte, igual a ella misma, igual a su Paraíso». Silvina Ocampo frecuentaba las obras del escritor francés: un retrato a lápiz dibujado por Norah Borges en los años treinta, actualmente en poder de los herederos de Ocampo, la muestra con un libro de Jammes en las manos. La novela de Jammes era, además, una lectura que pudo haber compartido con Borges y con Bioy Casares, que incluyeron *El señor cura de Ozerón* en La Puerta de Marfil, la colección que dirigieron para Emecé a fines de los años cuarenta, y con otros amigos escritores, como Arturo Jacinto Álvarez (1921-2003), a quien podría aludir el vocativo Jacinto empleado en el cuento. Álvarez, director de las ediciones La Perdiz, donde se publicaron *Sonetos del jardín* (1948) de Ocampo y *Las vísperas de Fausto* de Bioy Casares (1949), había leído *Le Roman du Lièvre* en 1945 y se propuso publicarla en español a comienzos de los años cincuenta. Según Álvarez: «[E]n esa ciudad maravillosa para mí [París] conocí a Jean Hugo, quien demostró un vívido interés por ilustrar *La novela de la liebre*, que por mi negligencia no se editó» [Citado en Albino Diéguez Videla, «Arturito», *La Prensa*, 1º de junio de 1986]. De acuerdo con el testimonio de Eduardo Paz Leston, la novela no llegó a publicarse porque Álvarez extravió el manuscrito de la traducción, que había encargado a José Bianco.

En cuanto a la otra persona mencionada en el texto, Jorge Alberto Orellana, era hijo de miembros del personal de servicio de Rincón Viejo, la estancia de los Bioy en Pardo: «El primer cuento [para niños] que escribí, me lo inspiró un niño de cinco años, Jorge Alberto Orellana, que vivía en el campo. Como tendrían que empezar todos los cuentos, empecé: “Había una vez un elefante...”. “¿Qué es un elefante?”, me preguntó. Empecé de nuevo: “Había una vez una sirena...”. Respondió Orellana: “¿Qué es una sirena?”. Terminé por elegir un perro lanudo. Caminábamos por el campo mirando el vuelo de los pájaros y según las reacciones de Orellana yo iba cambiando el argumento de mi cuento. Cuando volvíamos a encontrarnos me pedía que le contara el improvisado cuento hasta que un día le dije: “Contámelo vos —lo que hizo con mucho desparpajo y gusto”» [De una entrevista inédita sobre literatura para niños, c. 1972].

«La liebre dorada» es el único de los relatos de *La furia* que, convenientemente reescrito, fue incorporado por la autora en el volumen de cuentos para niños *La naranja maravillosa* (Buenos Aires: Ediciones Orión, 1977).

LA CONTINUACIÓN

Publicado por primera vez, con este título, en *Sur*, 217-218 (noviembre-diciembre de 1952).

Entre la versión de *Sur* y la edición en volumen, se registran las siguientes variantes: p. 11, Me acusabas de ser exigente > *Me acusas de ser exigente*; p. 12, Nunca llegaba, es claro, a un resultado satisfactorio, mientras veía tu satisfacción ante el deber cumplido, que te daba a veces cierta dignidad envidiable y efímera. > *Nunca llegaba, desde luego, a un resultado satisfactorio; veía, en cambio, tu satisfacción ante el deber cumplido, lo que te daba a veces cierta dignidad envidiable y efímera.*; p. 13, con desdén forzado. Querías humillarme y sólo conseguías entristecerme un poco. No comprendo qué era lo que nos unía. > *con desdén forzado. No comprendo qué era lo que nos unía.*; p. 13, Usabas las palabras sin discriminación > *Usabas las palabras sin discernimiento*; p. 17, Frecuentemente, con la esperanza de parecer más aguda, > *Frecuentemente, con la esperanza de parecer más cruel*; p. 20, Si no he muerto, no me busques; si he muerto, que es lo más improbable, tampoco me busques: nunca me gustó que miraras mi cara mientras dormía. > *Si no he muerto, no me busques y si muero tampoco: nunca me gustó que miraras mi cara mientras dormía.*

LA CASA DE AZÚCAR

El título descartado fue «Las supersticiones».

Este cuento fue recogido en la antología *Veintidós cuentistas* (selección y prólogo de César Magrini, Buenos Aires: Ediciones Centurión, 1962), precedido de un breve cuestionario a la autora:

—¿*Por qué son crueles tus cuentos?*

—Porque la vida es cruel.

—¿*Es que no creés en la felicidad? ¿Al menos en la literaria?*

—Creo en todas las felicidades, hasta en la del dolor.

—*Tus personajes, tus situaciones, ¿cómo llegan a vos?*

—Llegan de mil maneras.

—¿*Son ficción pura? ¿O no?*

—Nunca son ficciones ni realidades puras.

—¿*Cuál es tu técnica de escribir?*

—La técnica de los tejidos: punto tonto, punto mosaico, punto peligroso, punto inevitable, punto perezoso, punto laberinto.

—¿*Nunca te has sentido acorralada por tus personajes?*

—Sí, cuando son importantes.

—*Si algún día vieses, al pasar por una calle de Buenos Aires, «la casa de azúcar», ¿qué harías?*

—Llamaría a la puerta.

MIMOSO

El título descartado fue «El perro embalsamado».

EL CUADERNO

Junto con «La última tarde», es el cuento más antiguo del volumen. Se publicó por primera vez, con este título, en *Sur*, 38 (noviembre de 1937).

Entre la versión de *Sur* y la edición en volumen, se registran las siguientes variantes: p. 53, Su marido había ido a ver desfilan los soldados > *Su marido había ido a ver el desfile.*; p. 53, de todas las casas se oían > *en todas las casas se oían*; p. 53, Habían almorzado a las once y media para no perder el desfile > *Para no perder el espectáculo habían almorzado a las once y media*; p. 53, tener que desfilan > *tener que marchar*; p. 53, Pero esta vez > *Esta vez*; p. 53, se entrelazaba con los barrotes por medio de una cinta > *entrelazaba los barrotes con una cinta*; p. 53, Mlle. Elise > *Paula Hödl*; pp. 53-54, Las alas de los sombreros se plegaban debajo de sus manos como por encanto; las cintas, las plumas, los moños y las flores obedecían a sus manos, complacientes. Lo mismo el sombrero de fieltro o el de paja de Italia, el panamá de papel, el verdadero panamá se formaban mágicamente bajo sus manos. > *Las alas de los sombreros bajo sus manos se plegaban mágicamente; las cintas, las plumas, los moños y las flores eran dóciles a sus dedos, que formaban, con idéntica facilidad, el sombrero de fieltro, el panamá de papel, el verdadero panamá o el sombrero de paja de Italia*; p. 54, Cuando algún admirador le mandaba flores no había vez que Mlle. Elise no le diera a ella dos o tres de las más lindas en el momento en que Ermelina se iba del taller > *Cuando algún admirador mandaba flores para Paula, ésta, infaliblemente, le daba dos o tres de las más lindas*; p. 54, sombreros que salían de entre sus manos > *sombreros que salían de sus manos*; p. 54, que parecía más bien una carraspera > *que parecía una carraspera*; p. 54, Ermelina se quedaba muda, era su manera de contestar > *Ermelina sabía que el sombrero era un cachivache, pero quedaba en silencio (era su manera de contestar).*; p. 54, la frescura liviana de las cintas > *la frescura de las cintas*; p. 54, se estiraba caprichosamente dentro de ella > *que se estiraba caprichosamente*; p. 54, la forma de los piecitos > *la forma de los pies*; p. 54, las largas conversaciones con su hijo > *las largas conversaciones que tenía con su hijo*; p. 55, Siempre lo veía vestido de hombre, de niño o de bebe pero nunca tenía rostro > *Veía al hombre, al niño, al bebé; no el rostro.*; p. 55, La hizo sentar en la silla preferida de hamaca > *Le pidió que se sentara en la mecedora que era su*

preferida; p. 55, volvió a sentarse en la pequeña silla > *volvió a la pequeña silla*; p. 55, mejillas muy paspadas > *mejillas paspadas*; p. 55, Ermelina daba vuelta las páginas del cuaderno > *Ermelina hojeaba el cuaderno*.; p. 55, repetía en cada página, hasta que se detuvo en una, donde había la carita de un chico muy rosado, pegado entre un ramo de lilas > *repetía dando vuelta las páginas, hasta que se detuvo frente a una, donde había la cara de un chico muy rosado, pegada entre un ramo de lilas*; p. 55 y agregó con una pequeña sonrisa > *y agregó—*; p. 55, agarró el cuaderno > *tomó el cuaderno*; p. 56, consintió sonriendo > *consintió*; p. 56, los dos chicos > *los dos niños*; p. 56, no había cosido ni cuatro puntadas > *no había cosido cuatro puntadas*; p. 56, Agarró un lápiz > *Tomó un lápiz*; p. 56, letras muy temblorosas > *letras temblorosas*; p. 57, prendida de la baranda > *se aferraba a la baranda*.; p. 57, tan fuerte seguía golpeando > *tan fuerte seguían los golpes*; p. 57, El tráfico > *El tránsito*; p. 57, los dolores se seguían como cuentas de un rosario interminable > *los dolores se sucedían como cuentas de un rosario interminable*; p. 57, Ermelina se bajó con dificultad; caminaba ligero y en el esfuerzo que hacía para no separar demasiado las piernas llevaba una extraña cadencia de baile > *Ermelina se bajó trabajosamente; caminaba con rapidez y, por el esfuerzo que hacía para no separar demasiado las piernas, con una extraña cadencia de baile*; p. 57, con una luz constante de amanecer > *había una luz constante, de amanecer*; p. 57, adornando gigantescos sombreros en lo de Mlle. Elise; con los dientes rompió cintas de seda; eran ásperas sábanas de algodón que le hicieron sangrar los dientes. > *adornando gigantescos sombreros; rompió con los dientes cintas de seda que eran ásperas sábanas de algodón, que le hicieron sangrar las encías*.; p. 57, no tuvo más conciencia > *perdió la conciencia*.; p. 57, ver el cielo > *ver el mundo*; p. 57, camitas blancas todas alineadas > *camitas blancas alineadas*; p. 57, la enfermera se asomó sobre su cama > *La enfermera se inclinó sobre la cama*.; p. 58, Y entre envoltorios > *Entre envoltorios*; p. 58, la carita rosada > *la cara rosada*; p. 58, para que duren mucho tiempo de mano en mano > *para que no se decoloren de mano en mano*.

LA SIBILA

La adivina y corsetera Clotilde Ifrán reaparece en el cuento que lleva su nombre, incluido en *Los días de la noche* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1970), donde regresa de la muerte para coser un disfraz de diablo a una niña en su cumpleaños.

LAS FOTOGRAFÍAS

Publicado por primera vez, con este título, en *Sur*, 255, (noviembre-diciembre de 1958). El

título descartado fue «La séptima fotografía».

Entre la versión de *Sur* y la edición en volumen, se registran las siguientes variantes: p. 73, y Humberta. > y *la desgraciada de Humberta.*; p. 74, La desgraciada Humberta > *La desgraciada de Humberta*; p. 76, junto a su abuelo maniático > *junto a su abuelo*; p. 76, la desgraciada Humberta > *la desgraciada de Humberta*; p. 77, la desgraciada Humberta > *la desgraciada de Humberta*; p. 77, La desgraciada Humberta > *La desgraciada de Humberta*; p. 77, La desgraciada Humberta > *La desgraciada de Humberta*; p. 77, ¡hubiera podido morir la desgraciada Humberta! > ¡[...] *hubiera podido morir la desgraciada de Humberta!*

En el archivo de la autora se conservan los originales de un cuestionario sobre este cuento. Probablemente inédito, fue respondido entre 1980 y 1985. A continuación lo reproducimos en su totalidad:

Cuestionario sobre el cuento «Las fotografías»

—¿En qué se inspiró para escribirlo?

—En la crueldad de la vida, cuando es aparentemente alegre. En una fiesta a la que asistí, parte realidad, parte invención, un grupo de personas que aman a una niña lisiada quieren festejar su cumpleaños efusiva y suntuosamente. Para fijar el recuerdo de ese día, consiguen que un fotógrafo la fotografíe. El dolor moral y el dolor físico matan a la niña.

—¿Se basó en un hecho real?

—Ya lo dije: en parte me basé en la realidad y en parte en situaciones parecidas, en que el sufrimiento de un ser querido no tolera tantos agasajos.

—¿Qué mensaje se propuso dejar al lector?

—El único mensaje, si lo hay, es que la ternura, la bondad y el cariño mal impuestos pueden ser crueles.

—¿Por qué se dedicó a la literatura?

—Por no dedicarme a lo que más admiré: la música, la pintura y la escultura.

—¿Qué hay de usted en cada personaje?

—Poco, salvo la angustia de la lisiada tantas veces fotografiada por un atareado fotógrafo.

—¿Cuáles son sus próximos pasos?

—Una novela a cuyo final le faltan algunos retoques y un libro de cuentos que no se parece a nada de lo que he escrito hasta ahora. El artista evoluciona a lo largo de la vida. Pongo mi vida en lo que escribo.

LA PROPIEDAD

En el original de imprenta del volumen, la autora cambió el sexo de Ismael Gómez, que hasta

entonces era mujer (Ismaela Gómez).

LOS OBJETOS

Los títulos descartados fueron «La sortija»; «Las cosas perdidas»; «Los objetos perdidos».

LA FURIA

El título descartado fue «La hiena».

CARTA PERDIDA EN UN CAJÓN

El título descartado fue «Las amigas».

EL VERDUGO

Se publicó por primera vez, con el título «El verdugo invisible», en la revista cubana *Ciclón*, III, 1 (enero-marzo de 1959).

Entre la versión de *Ciclón* y la edición en volumen, se registra la siguiente variante: p. 114, las casas de las jirafas del Jardín Zoológico > *las casas de los elefantes del Jardín Zoológico*.

AZABACHE

El hundimiento del caballo en el cangrejal evoca episodios similares en *Los que aman, odian* (Buenos Aires: Emecé Editores [El Séptimo Círculo], 1946), novela policial escrita en colaboración con Bioy Casares, cuya acción transcurre en un hotel de la costa, cerca de «una playa de cangrejos, negra, viscosa, interminable», donde uno de los personajes refiere haber visto desaparecer un caballo y donde el protagonista se interna en busca del asesino.

LA ÚLTIMA TARDE

Del examen de los borradores autógrafos y de las primeras versiones dactilografiadas, se

desprende que este cuento fue escrito entre 1937 y 1940. El título descartado fue «El nacimiento de un fantasma».

La autora resume así su argumento: «[E]n “La última tarde”, que es un cuento que sucede en el campo, está durmiendo un hombre que vive solo en su rancho y su hermano lo va a matar porque quiere heredarlo. El hermano asesino vive en un rancho bastante apartado del otro hermano, el que duerme. Llega una noche para matarlo y entra en el sueño del otro y lo mata, pero en el momento de matarlo el asesino entra en el sueño que está teniendo su hermano y tiene la particularidad de que se le duerme un dedo de la mano y eso se lo transmite. Hay como un doble sueño, como un encuentro en el sueño» [Noemí Ulla, *Encuentros con Silvina Ocampo*, pp. 24-25]. Asimismo, agrega: «“La última tarde” lo saqué de la realidad, y es cruel. Me encontré con personas que me contaron un hecho y yo lo interpreté. Era un crimen, un hermano que mata al otro para robarle. Yo imaginé a ese hombre solo, sólo el campo que lo rodeaba, llega su hermano y entra en el sueño de él» [*op. cit.*, p. 32]. Este crimen pudo haber sido el que relata Adolfo Bioy Casares, ocurrido en un campo vecino a la estancia Rincón Viejo a mediados de la década de 1930: «En el último potrero del campo [...] poco tiempo atrás encontraron asesinado, no lejos del rancho donde vivía, a Juan P. Pees. Este hombre había olvidado el bearnés natal y no había aprendido el español. Tenía barba, se vestía con la ropa que tiraba su hermano (del mismo nombre, Juan P. Pees), y todos los meses cobraba una suma bastante considerable por el arrendamiento de unas hectáreas de campo de su propiedad. Cuando lo asesinaron había recibido esa mensualidad y todavía no se la había dado a su hermano, como era su costumbre, para que la trabajara. La policía de Las Flores desconfió de los vecinos, los interrogó, sin llegar a esclarecer el hecho. A Cipriano Cross [...] le sumergieron la cabeza reiteradamente en agua con carne podrida y lo tuvieron toda una noche colgando de las muñecas de la viga de la comisaría. Él me dejó entrever que sospechaba de Chorén, alias Anchorena, y sobre todo, de Juan P. Pees, el hermano del difunto» [*Memorias*, Barcelona: Tusquets Editores, 1994, p. 139].

LA BODA

Existe un cuento homónimo recogido en *Las invitadas* (1961).

«Una vez capturé una araña pollito en Córdoba y la quise conservar. La metimos en una caja de remedios, luego la trajimos y la caja se instaló entre los libros. Un día bajamos un gran diccionario y la araña saltó. Se había conservado en toda su forma, barrigona y con cinturita. A mí me impresiona tanto la noche de amor de las arañas. El macho va en busca de su novia. Pobre, le llega ese día; está en la telaraña de su amada [...] le trae un pétalo, una flor, una semillita, no sé qué presente que le agrade más [...] Si hay un acto de amor muere, ella se lo come [...] Es más potente la hembra que el macho en los insectos, ella se lo come al macho

durante el acto [...] y como los ahorcados, en el último momento de vida tienen un orgasmo [...] N. U.—*De pronto pensé en tu cuento “La boda”* (La furia). S. O.—Los actos más crueles que hay en mis cuentos están sacados de la realidad. Lo de “La boda” me lo habían contado. También “La casa de los relojes”, el jorobado que le planchan la joroba» [*Encuentros con Silvina Ocampo*, pp. 30-31].

VOZ EN EL TELÉFONO

El título descartado fue «Diálogo telefónico».

EL GOCE Y LA PENITENCIA

El título descartado fue «El retrato».

En uno de los cuadernos de la autora, hay un sintético esbozo del argumento: «El retrato. Un muchacho hace el retrato de un niño. La madre del niño, que lo acompaña a casa del pintor para posar, se enamora del pintor. Todo el diálogo gira alrededor del dibujo. Cuando termina el cuadro, sabemos que no ha pintado al niño».

INFORME DEL CIELO Y DEL INFIERNO

El título descartado fue «Informe póstumo del Cielo y del Infierno».

LA RAZA INEXTINGUIBLE

Se publicó por primera vez, con este título, en *Sur*, 224 (septiembre-octubre de 1953).

Entre la versión en *Sur* y la edición en volumen, se registran las siguientes variantes: p. 213, En aquella ciudad todo era pequeño > *En aquella ciudad todo era perfecto y pequeño*; p. 213, leyendo o conversando, entregados a actividades no siempre misteriosas > *leyendo o conversando, amando, odiando (pues son apasionados)*; p. 213, Nuestros instrumentos de trabajo son de un tamaño proporcionado al nuestro. > *Usamos instrumentos de trabajo proporcionados a nuestro tamaño.*; p. 213, algunos animales, en especial los amaestrados > *algunos animales, sobre todo los amaestrados*; p. 213, (para distraernos comemos pasto o terroncitos de tierra o nos contentamos con lamer las baldosas) > *(comemos pasto o terroncitos*

de tierra o nos contentamos con lamer las baldosas); p. 214, por las jaulas donde sólo caben picaflores embalsamados > *por las jaulas donde entran sólo los picaflores embalsamados*; p. 215, Algunos tienen la estatura de un niño de diez años > *Hay quien tiene la estatura de un niño de diez años*; p. 215, Yo encuentro cierta dificultad en manejar el hacha > *Yo mismo encuentro cierta dificultad en manejar el hacha*.

Por último, agregamos un breve repertorio de reseñas bibliográficas de la primera edición y de las sucesivas:

ANÓNIMO; «La furia y otros cuentos», *Clarín*, 27 de diciembre de 1959.

CASTILLO, Abelardo; «La furia y otros cuentos», *El Grillo de Papel*, 4, 1960.

GHIANO, Juan Carlos; «Silvina Ocampo y su realidad», *Ficción*, 22, noviembre-diciembre de 1959.

GUASTA, Eugenio; «La furia y otros cuentos», *Sur*, 264, mayo-junio de 1960.

LANCELOTTI, Mario A.; «La furia y otros cuentos», *Sur*, 264, mayo-junio de 1960.

MARTÍNEZ, Tomás Eloy; «Silvina Ocampo: la crueldad, la pasión», *La Nación*, 10 de enero de 1960.

NOEL, Martín Alberto; «Persistente fantasía», *La Nación*, 16 de mayo de 1982.

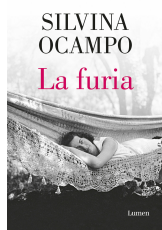
PAGÉS LARRAYA, Antonio; «Extrañas y vívidas ficciones», *La Prensa*, 27 de diciembre de 1959.

PELTZER, Federico; «La furia y otros cuentos», *Señales*, 116, diciembre de 1959.

SOLA, Graciela [Maturo] de; «Silvina Ocampo: La furia y otros cuentos», *Revista de Literaturas Modernas* (Mendoza), 2 de mayo de 1960.

VILLORDO, Oscar H.; «Con la furia de haber perdido la inocencia», *La Gaceta de Tucumán*, 25 de abril de 1982.

E. M.



No es exagerado afirmar que *La furia*, publicado por primera vez en 1959, es el libro más *ocampesco* de su autora, el que inaugura ferozmente su voz narrativa y su universo alucinado. Y esa cualidad se revela desde sus primeras páginas, donde la elegancia casi mitológica de «La liebre dorada» es seguida de un laberíntico monólogo sobre los celos («La continuación»), y se prolonga en el éxtasis de un enfermo que agoniza en una cama de hospital, feliz de haber escapado de las preocupaciones de la vida cotidiana («El mal»). Esa variedad de temas y de tonos alcanza uno de sus puntos más altos en «Las fotografías», donde parientes y amigos atormentan con distraída crueldad a una niña lisiada durante su cumpleaños. En estos treinta y cuatro relatos, Silvina Ocampo nos revela la fragilidad de los elementos que componen la realidad o, más modestamente, las apariencias. Lo hace con la precisión visionaria de su prosa, que ilumina con destellos de sabiduría y de humor el oscuro mundo de las pasiones humanas.

«*La furia* es uno de los libros de cuentos más intensos de la literatura argentina.»

Tomás Eloy Martínez

SILVINA OCAMPO

Nació en Buenos Aires el 28 de julio de 1903. En su juventud estudió dibujo y pintura en París con Giorgio De Chirico y con Fernand Léger. A partir de 1935, luego de conocer a Adolfo Bioy Casares, con quien se casó en 1940, se dedicó por entero a la literatura. Vivió rodeada de figuras imponentes —su marido, su hermana Victoria, su amigo Jorge Luis Borges—, pero eso no le impidió cultivar una desafiante singularidad. Publicó, entre otros, *Viaje olvidado* (cuentos, 1937), *Enumeración de la patria* (poesía, 1942), *Autobiografía de Irene* (cuentos, 1948), *Los traidores* (teatro, en colaboración con J. R. Wilcock, 1956), *Las invitadas* (cuentos, 1961), *Lo amargo por dulce* (poesía, 1963), *Los días de la noche* (cuentos, 1970), *Árboles de Buenos Aires* (poesía, 1979) y *Cornelia frente al espejo* (cuentos, 1988). Murió en Buenos Aires el 14 de diciembre de 1993.

El enorme conjunto de textos inéditos que dejó al morir añadió una dimensión adicional a su obra, donde confluyen límpidamente lo cotidiano y lo fantástico. Sus libros han sido traducidos al inglés, francés, italiano, portugués, danés, chino y árabe. Hoy es reconocida como una de las escritoras más originales de las letras hispanoamericanas.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Fotografía de tapa: Herederos de Silvina Ocampo

© 1959, Herederos de Silvina Ocampo

Edición en formato digital: julio de 2023

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-84-264-8163-4

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: [penguinlibrosar](https://www.facebook.com/penguinlibrosar)

Twitter: [penguinlibrosar](https://twitter.com/penguinlibrosar)

Instagram: [penguinlibrosar](https://www.instagram.com/penguinlibrosar)

Índice

La furia y otros cuentos
La liebre dorada
La continuación
El mal
El vástago
La casa de azúcar
La casa de los relojes
Mimoso
El cuaderno
La sibila
El sótano
Las fotografías
Magush
La propiedad
Los objetos
Nosotros
La furia
Carta perdida en un cajón
El verdugo
Azabache
La última tarde
El vestido de terciopelo
Los sueños de Leopoldina
Las ondas
La boda
La paciente y el médico

Voz en el teléfono

El castigo

La oración

La creación (cuento autobiográfico)

El asco

El goce y la penitencia

Los amigos

Informe del Cielo y del Infierno

La raza inextinguible

Nota al texto

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos